

**A** mediados del mes de agosto de 1941 falleció en la Clínica Marly de Bogotá el profesor Justus Wolfram Schottelius. Había llegado de Alemania tres años antes con su esposa para escapar de la persecución nazi, siguiendo el consejo de doña Cecilia Quijano Caballero, hija del cónsul colombiano en Berlín. Un año después de su llegada, cuando ya podía expresarse en la lengua castellana, fue incorporado como catedrático de Arqueología a la Escuela Normal Superior, donde encontró a su más notable discípulo colombiano: Luis Duque Gómez.

En la improvisada cámara ardiente que fue dispuesta en el Aula Máxima de la Escuela Normal Superior, el profesor Paul Rivet expuso “el retrato fiel y sincero de las virtudes morales y de las dotes intelectuales de este científico alemán, dedicado por entero a los estudios etnológicos colombianos en los últimos años de su vida, sentando así las bases para lo que fuera después el Instituto Etnológico Nacional”, origen del actual Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Al cumplirse el sexto aniversario de su deceso, el discurso fúnebre del profesor Rivet fue publicado en el *Boletín de Arqueología* (Vol. 2, No. 3, julio-septiembre de 1947), la revista que sus discípulos editaban en el Instituto, con la intención de rendir “culto reverente a su memoria y presentar su fecunda y abnegada existencia de investigador incansable como ejemplo para los futuros etnólogos colombianos”.

Según algunas noticias, el 6 de agosto de 1939 los hermanos José Antonio y Adolfo Bárcenas, hijos de un finquero de la Mesa de los Santos, encontraron un conjunto de momias aborígenes en la que desde entonces fue llamada Cueva de los Indios. Durante los meses siguientes, un nutrido grupo de bumangueses y piedecuestanos ascendieron a la Mesa para saquear los paquetes funerarios y los utensilios que se encontraban en la cueva. La noticia se filtró a la prensa bumanguesa y al director de Educación de Santander, quien solicitó la intervención del Ministerio de Educación. Como ya el profesor Schottelius ocupaba el cargo de curador del Museo Arqueológico Nacional y ejercía la cátedra de Arqueología en la Escuela Normal Superior, fue comisionado para intentar un salvamento de los objetos hallados en la Mesa de los Santos con destino a las colecciones del Museo. Así fue como, el 26 de enero de 1940, se puso en camino hacia Bucaramanga. Favorecido por el secretario de Educación de Santander y por el alcalde municipal de Los Santos, y guiado por los propios descubridores, ingresó a la Cueva de los Indios en dos ocasiones, el 29 y el 31 de enero siguientes. El cuadro dejado por el saqueo era desolador, pero pudo rescatar algunos fragmentos que completó con otros que recolectó entre algunas personas que le habían precedido. Pero lo importante de este momento histórico fue que pudo exponer ante un pequeño auditorio los principios de la ética de la conservación del patrimonio arqueológico nacional y comprobar la resistencia que los intereses particulares le oponen, así como ejercitar la técnica científica de recolección de los datos arqueológicos. La asociación de estas reliquias con la memoria de los guanés, refundida en los libros de los cronistas indianos, hizo nacer la conciencia de la existencia histórica de los guanés, “raíz histórica del pueblo de Santander”, como dijo uno de sus más devotos conservadores.

El ministro de la Educación Nacional fue el primer destinatario de los informes del trabajo de campo preparados por el profesor Schottelius. Copias mecanografiadas de estos informes originales, datados en febrero de 1940, permanecen en el Centro

de Documentación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, bajo las firmas ARQ 0281 y ARQ 321. Fueron recuperados y puestos a circular en versión fotocopiada por la arqueóloga Marianne Cardale, y aquí se publican tal como los leyó el ministro y los estudiantes de la Escuela Normal Superior. La primera publicación del informe de campo, en su versión revisada y preparada para edición, apareció en la entrega 2-3 (diciembre de 1941) de la revista de esta Escuela, nombrada *Educación*, cuando ya el profesor Schottelius había fallecido. Bajo el título de “Arqueología de la Mesa de los Santos”, el informe fue presentado como una guía especial del Museo Arqueológico Nacional, en su colección arqueológica de Los Santos. En 1947 fue publicado de nuevo esta versión por sus alumnos en el *Boletín de Arqueología* (vol. 2, no. 3) y otra vez más en 1955, en las *Hojas de Cultura Popular Colombiana* (vol. 49, pp. 517-524).

La colección de Schottelius, unida a la del doctor Martín Carvajal, le dio carta de ciudadanía arqueológica a la Mesa de los Santos y actualizó a los guanes en la conciencia histórica santandereana. En la versión para publicación, el profesor Schottelius aventuró en sus conclusiones la idea de que los antiguos habitantes de la Mesa de los Santos pertenecían a dos tribus principales: los Guanes y los Yariguíes. Pero las momias habrían pertenecido a los Guanes, parte del “grupo cultural que formaron las tribus de la familia lingüística chibcha”. Esta deducción, probablemente inducida por la influencia de Paul Rivet en la Escuela Normal, no se fundaba en estudio alguno de la lengua de los guanes, sino en la práctica de enterrar los cadáveres en posición extendida, “una costumbre funeraria comprobada también en Panamá y Sopó por investigaciones arqueológicas”. Esta “civilización reciente, representada por los entierros de cuerpos momificados”, situaba a los Guanes no solamente como parte de los grupos de la familia lingüística chibcha, sino como los actores que habían enterrado a sus momias en la cueva de los Indios. Esta extraña deducción se acompañó de la

determinación gratuita, sin previa exploración arqueológica, del territorio ocupado por los Guanes: “el norte del río Chicamocha o Sogamoso, la Mesa de los Santos o de Jéridas y parte del territorio del municipio de Piedecuesta, y el sur del mismo río; la región comprendida por los municipios de Barichara, San Gil, Socorro, Charalá y Oiba, y tal vez una zona más al sur; en general, una región de clima templado”.

Leyendo a los cronistas indianos, Schottelius comprobó que la técnica de las telas pintadas correspondía a los Muiscas. Dado el parentesco “lingüístico” de éstos con los Guanes, era posible deducir que las momias de la cueva de los Indios pertenecían a éstos, por ser “una derivación del gran grupo cultural de los Chibchas”. Esta creencia fue expuesta a R. León Amaya, reportero de la revista bogotana *Estampa*, quien la publicó en la entrega 67 del año 1940. Por su interés regional, esta entrevista fue reproducida por don Justiniano J. Paéz en la revista *Hacaritama*, publicación del Centro de Historia de Ocaña, en su volumen 6 (febrero de 1942).

Un año después de su expedición a la Mesa de los Santos, el profesor Schottelius volvió a Bucaramanga para inspeccionar los hallazgos arqueológicos supuestamente encontrados en el cerro que preside esta ciudad por el oriente, llamado Morrórico, según informó la prensa local. Su diario de campo, datado entre el primero y el cuatro de marzo de 1941, también permaneció inédito en el Centro de Documentación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Este periplo fue fallido, y el anexo secreto de su diario de campo ilustra muy bien las resistencias que los “gentleman-guaqueros” oponían a la aplicación de la ley de protección del patrimonio arqueológico nacional y, en general, a la difusión de la ética de conservación del archivo de la tierra.

Durante el primer semestre del año 1941, y con el propósito de orientar a sus estudiantes del seminario de etnología en la Escuela Normal Superior, el profesor Schottelius redactó sus

observaciones sobre el estado de la arqueología colombiana y sobre las tareas que deberían realizarse en adelante. Sus hallazgos de enero de 1940 en la cueva de los Indios ya eran entonces el testimonio de la antigua existencia de “la civilización Guane”. Para entonces, ya las técnicas arqueológicas modernas estaban representadas por los trabajos de campo realizados en algunos sitios del país por Bolindre, Pérez de Barradas, Gregorio Hernández de Alba y Bürg. La estrategia de combinar el estudio y clasificación de las colecciones museológicas con la recolección de noticias etnográficas en las crónicas indianas, seguida por su discípulo Duque Gómez, tendría que acompañarse de excavaciones sistemáticas de campo, la fuente de la “verdadera arqueología”. Pese a su contaminación por las ideologías de su tiempo, sus alumnos publicaron estas observaciones en el *Boletín de Arqueología* del año 1947 (vol. 2, no. 3) bajo el título de “Estado actual de la Arqueología colombiana”.

El inesperado deceso del profesor Schottelius, cuando ya había encontrado un lugar en la Escuela Normal Superior y en las investigaciones arqueológicas nacionales, puso en aprietos a una línea de investigaciones que algunos de sus discípulos tuvieron que esforzarse por conservar. Muy tarde comprendió el país las privaciones que había soportado, con espíritu estoico, este distinguido profesor alemán. Es por ello que introducimos en esta compilación una escalofriante entrevista concedida en Bogotá por la señora Lucrecia Maldonado de Dussán, quien conoció de cerca el drama personal del profesor y de su esposa Karla durante los tres primeros años de su permanencia en Colombia. Se trata de un testimonio sobre las difíciles condiciones de vida que afrontaron los primeros científicos sociales que se congregaron en la Escuela Normal Superior, una institución que, como se sabe, fue una especie de incubadora de la recepción de las ciencias sociales en nuestro país. Su cierre, al final de la década de los años cuarenta del siglo XX, también fue fuente de dramas personales para la primera generación de estos científicos.

El primer esfuerzo de invención del antecedente guane de la actual sociedad santandereana recibió el decisivo aporte de los recuerdos arqueológicos del doctor Martín Carvajal (Chitagá, 1878 – Bucaramanga, 1960), dueño de una colección de piezas extraídas de varios lugares que el profesor Schottelius no dejó de admirar. Estos recuerdos fueron publicados en la entrega 105-107 de la revista *Estudio*, órgano del Centro de Historia de Santander, a finales de 1940. Se trata de la versión final del texto preliminar que el doctor Carvajal había preparado para presentar ante el Congreso Grancolombiano de Historia que se reunió en Bogotá durante el mes de julio de 1938, finalmente publicado en la misma revista *Estudio* de este año (Nos. 83-84).

La exploración del profesor Schottelius a la cueva de los Indios, realizada en enero de 1940, y la que practicó un año después<sup>1</sup> Gabriel Giraldo Jaramillo en compañía del gobernador Benjamín García Cadena y del secretario de Educación, Horacio Rodríguez Plata, unidas a la exploración de Miguel Such Martín en Oiba y Guapotá, dieron carta de naturaleza a los Guanes en la conciencia histórica de los santandereanos. Esta compilación de los informes del profesor Schottelius y del doctor Carvajal quiere poner al alcance de la nueva generación de investigadores el derrotero marcado por las primeras investigaciones arqueológicas realizadas en el Departamento de Santander.

*Lucrecia Dussán de Reichell Dolmatoff*  
*Armando Martínez Garnica*

---

<sup>1</sup> Gabriel Giraldo Jaramillo. Informe sobre la visita al cementerio indígena de Los Santos. En: *Estudio*, nos. 108-111 (1941), p. 42-57.

*Paul Rivet*

**J**ustus Wolfram Schottelius nació el 25 de enero de 1892 en Armsberg, en Westfalia. Era hijo del consejero del imperio Justus Carl Schottelius y de la señora Emilie Reinecke. Descendía del famoso lingüista y filólogo Justus Georgius Shottelius, quien vivió en el siglo XVII y publicó un trabajo clásico sobre la lengua alemana. Por su madre, Schottelius tenía vínculos con el poeta alemán Wilhelm Raabe. El recién nacido tenía, pues, en sus venas doble herencia: por el lado de su madre heredaba el gusto de la belleza literaria, de la poesía, del arte; de su padre, el gusto por los estudios minuciosos, precisos, que son la base misma de nuestra ciencia etnológica. Schottelius obedeció a esta doble corriente, como lo prueba toda su vida, y sostenido por el recuerdo de la obra fecunda de sus antepasados quiso no desmerecer de ellos y seguir con energía sus huellas.

Pasó su juventud en Sohleswig, Hannover y Goslar. Se recibió de bachiller en Hameln. Luego realizó estudios de Derecho y de Filosofía en Berlín, donde fue alumno del gran americanista Seler. En Munich se graduó de doctor en Filosofía.

A la edad de 19 años, el demonio literario se manifestó en él por primera vez. Escribió y publicó un drama, “Marina”, cuyo tema fue después acogido por Gerhardt Hauptmann en su obra “El Salvador Blanco”. Esta obra de juventud fue representada en algunos teatros de Cassel, Hamein, etc. Schottelius escribió después una serie de dramas: “Enrique, el León”, “Federico II”, “Amalasintha”. Otra obra suya, “La piedra de los blancos”, fue también representada. A esta época de su juventud pertenece todavía un artículo intitulado “Renaissance de Gobineau” como obra teatral. Durante la guerra mundial, Schottelius fue, por tres años, de 1916 a 1919, profesor en la Alta Escuela alemana de Lodz, en Polonia, donde dictó conferencias de filosofía, lingüística y fonética. Al fin de la contienda tuvo que aceptar, a consecuencia de la grave crisis económica, la dirección escénica del Teatro Municipal de Flensburg, donde se representaron obras clásicas, dramas, comedias modernas y antiguos misterios. El 12 de enero de 1921 se casó con la señorita Carla Marcus, hija del consejero médico doctor Segismund Marcus.

Paralelamente a esta tendencia literaria, desde la niñez apareció en Schottelius otra afición a la cual debía ser fiel toda su vida: el gusto por el estudio de la antigua América. De regreso a Berlín, en 1924, trabajó en el Museo Etnográfico de esta ciudad bajo la dirección de los grandes etnólogos Preuss y Krickeberg. Emprendió en toda Alemania una gira de conferencias dedicadas a la poesía en el Alto Méjico, dictó conferencias en los liceos y sociedades científicas de Berlín sobre las civilizaciones maya y mejicana, publicó numerosos artículos en la *Berliner Illustrierte Zeitung* y en *Korralle*. De 1929 a 1932 fue colaborador de la casa editorial Ullstein para la redacción de la parte etnológica de la gran enciclopedia editada por esta casa. En 1934 entró en el Instituto Iberoamericano de Berlín, donde trabajó hasta que tuvo que salir de su país en 1938. Su obra en este gran centro cultural fue a las vez modesta y eficiente. Se consagró a la tarea sumamente útil y a la vez ingrata de dar cuenta de una cantidad de obras publicadas en Alemania o en el extranjero sobre la



América Ibérica. Además, dio a la revista del Instituto una serie de artículos valiosos sobre las calzadas que unían a Méjico-Tenochtitlán con tierra firme, la fundación de Quito, Pedro de Alvarado y el viaje al Mar del Sur de los españoles, la historia de los franciscanos en Méjico, las fiestas del cuatricentenario de las ciudades hispanoamericanas en el espejo de la literatura, la fundación de Santa Fé de Bogotá. Al mismo tiempo publicaba importantes estudios en la revista *Lander und Wolker* sobre la cultura amerasiática, los alemanes en el descubrimiento de América, el cuento de los tres perros en el infierno. En 1928 había dado a la luz un importante libro: “*Himnos del Antiguo Méjico*”.

Obligado en 1938 a dejar su país, Schottelius vino a buscar la hospitalidad de la libre Colombia. A pesar de las dificultades de la vida, sostenido por su valiente esposa, no se apartó un solo instante de su camino científico. Los alumnos de la Escuela Normal Superior, donde fue llamado a dictar cursos, guardarán el recuerdo de este profesor bondadoso, siempre listo a entregarles el tesoro de su enseñanza y de sus consejos. En el Museo Nacional de Arqueología, donde fue nombrado conservador, su actividad y su ciencia hicieron milagros con la colaboración del señor Sánchez. A pesar de este doble peso, Schottelius no abandonó la investigación. Hizo viajes provechosos a San Agustín, Tierradentro, Bucaramanga y Los Santos, salvando en este último viaje colecciones únicas que constituyen ahora una de las joyas del museo. Fruto de estas investigaciones en el terreno fueron artículos publicados en la *Revista de las Indias* sobre analogías de las ideas representadas en las estatuas de San Agustín con las de Centro y Sur América, en la *Revista Geográfica Americana* sobre la prehistoria de Colombia, en *Educación* sobre el estado actual de la arqueología colombiana. Enviaba, además, contribuciones a la revista argentina *Das Lasso*, intituladas *De Flandes al Dorado* y *Cantos de Amor a la Virgen María*, en la lengua de los incas. Últimamente organizó con su colega Pablo Vila un grupo de alumnos de la Escuela Normal Superior para

un viaje de estudio al Socorro, Los Santos, Bucaramanga, Soatá, Pamplona y Tunja. Pocos días después una terrible infección le acometía y luego le mataba.

Desde hacía mucho tiempo la salud de Schottelius, agotado por los sufrimientos morales, las privaciones materiales y un trabajo excesivo, se hallaba muy quebrantada. Él lo sabía y su admirable esposa le suplicaba tomar algún descanso. Nunca quiso acceder a esta súplica. Su contestación es el reflejo de su alta conciencia: *“Descansaré cuando vengan las vacaciones de fin de año, ahora me necesitan los alumnos, no puedo abandonarlos y si la fatalidad me hace caer antes de diciembre, que se cumpla mi destino”*.

En su lecho de muerte escribió en caracteres de una mano temblorosa, para el doctor Socarrás, un último mensaje que quiero leer a ustedes porque es la expresión admirable de su espíritu y de su corazón y porque es un testamento científico que tenemos que cumplir:

“Marly, 10 de agosto de 1941.

Mi querido doctor Socarrás:

No temo que se pierdan los muchos trabajos empezados por mí. Mis discípulos los terminarán bajo la dirección de Rivet y usted.

Decido que mi biblioteca americanista y mis apuntes personales, muy escasos aquí, se regalen al alumno que al fin del año presente mejor trabajo, hecho ya sin mi ayuda. Usted designará la comisión de archivo de los trabajos, en la cual naturalmente estarán Rivet y usted.

Por fin, una última súplica: ayude a mi pobre esposa para que pueda reunirse de todas maneras con nuestra hija en Buenos Aires.

Mil gracias mi querido doctor.  
Seguro servidor y amigo,

J. W. Schottelius.

P. D. – Mucho agradezco tanto la ayuda suya como la que cordialmente me dio Rivet. Es muy trabajoso escribir”.

“A los alumnos del 4° año.

Mi querido amigo Duque:

Tenga usted la bondad de decir a todos sus compañeros mis cordiales saludos de despedida. Sé que todos sienten el deber de completar la obra en la cual en Colombia gasté mis últimas reservas corporales.

La obra vale.

J. W. Schottelius”.

Tal fue el hombre de ciencia que Colombia ha perdido. Del sabio, Schottelius tenía todas las dotes: cultura general, humanismo, fe, entusiasmo y honradez del espíritu.

Pero el retrato que quise hacer de Schottelius quedaría incompleto si no hablara del carácter, de la sensibilidad, de la fortaleza del hombre. Jamás se podrá aplicar como en el caso de Schottelius el famoso dicho: “*Ciencia sin conciencia no vale*”. Antes de mi llegada a Colombia no conocía a Schottelius sino por sus trabajos científicos. Él fue uno de los tres amigos que vinieron a acogerme en Techo. Había como un símbolo patético en esta acogida de un desterrado francés por un desterrado alemán, un símbolo del vínculo que une, a pesar de todos los acontecimientos trágicos, a los que guardan el culto de la libertad y de la humanidad. Desde entonces un pacto de amistad se había firmado entre nosotros. Una tarea común nos dio muchas ocasiones de cambiar ideas y me ofreció la oportunidad de conocer al hombre en el excelente colega que la suerte me había proporcionado. El hombre igualaba al sabio. Los rasgos dominantes de su carácter eran la modestia, el entusiasmo y la

indulgencia. Este ser injustamente atormentado no conocía el odio; este ser ilustrado no conocía el orgullo; este ser perseguido por la vida no conocía el desaliento. Profundamente alemán por su origen y por su educación, sin esfuerzo, su pensamiento acogía la idea de la gran solidaridad humana. Sin que un instante le abandonase el culto para su patria, podía pensar y sentir como un miembro de la comunidad humana. Los vínculos que le unían a sus paisanos no aflojaban los que le unían a todos sus hermanos de la tierra. Socialista impenitente como yo, permanecía convencido, aun en nuestros desalentadores tiempos, que algún día los egoísmos nacionales desaparecerán para que se pueda construir un mundo nuevo en un ambiente de libertad y de comprensión mutua.

El sentido social de Schottelius se reflejaba en su enseñanza, en su modo de ser con sus alumnos. Para él, instruir no era un oficio sino un sacerdocio. Transmitir sus conocimientos no era para él una función sino un apostolado. Alumnos de la Escuela Normal Superior, futuros maestros que tendréis el deber de derramar en vuestro país la ciencia adquirida aquí: nunca deberéis olvidar el ejemplo de un maestro que os dio sin contar todas sus fuerzas y tal vez su vida.

También debéis guardar imperecedero otro recuerdo de Schottelius: el de su modestia. A pesar de su ciencia, Schottelius dudaba de su propio mérito; lo que él sabía le parecía muy poco comparándolo con lo que ignoraba. Siempre vacilaba antes de tomar la pluma para publicar sus observaciones, sus descubrimientos. Siempre le parecía incompleta la tarea cumplida, imperfecto el resultado de sus estudios. No creáis que este sentimiento constituye una debilidad. Al contrario. La ciencia verdadera, la ciencia constructiva, no se hace por los obreros vanidosos que creen siempre tener la verdad e ignoran la duda. El progreso del conocimiento no es más que una serie de aproximaciones al absoluto, sin que nadie pueda jamás decir y creer que lo ha alcanzado. Solamente los semi-sabios o los

ignorantes tienen el valor, o, más bien dicho, la inconciencia de proclamar que poseen la verdad.

Señora: todos los que han conocido a su marido, colegas y alumnos, participan de su pena y se inclinan respetuosamente delante de su dolor. Colombia entera, que debe tanto y que esperaba tanto de la labor de Schottelius, ha contraído hacia su gran servidor, entusiasta y modesto, una deuda sagrada que no olvidará y que tendrá a honor transferir a la valiente compañera del hombre que lloramos.

Un día vendrá en que nuestra querida Europa renacerá a la libertad y rechazará como horrible pesadilla una era de locura y de persecución racial y política. Alemania como Francia, la Alemania de Goethe, de Wagner y de Einstein, la Francia de Rabelais, de Víctor Hugo y de Pasteur, volverán, juntas, unidas y fraternales, a sus destinos eternos y no aceptarán otra competencia que la de trabajar con todas sus fuerzas al progreso de la humanidad, al mejoramiento de sus condiciones sociales, al adelanto de la civilización.

Este día el gran sueño de Schottelius será una realidad.





*Profesores y estudiantes de la Escuela Normal Superior, 1941. Se destacan el profesor Schotteluis (círculo), Amelia Bochel Manrique, Paul Rivet, Eliécer Silva Célis, Graciliano Arcila Vélez, Luis Alfonso Sánchez y José Francisco Socarrás.*









Bogotá, febrero de 1940.  
Señor Ministro de Educación Pública  
Presente.

Señor Ministro:

Tengo el honor de presentar a Ud. el informe acerca de mi comisión, practicada en el sitio arqueológico recientemente descubierto en la cueva “de los Indios” en las tierras del municipio de Los Santos, Santander del Sur, de conformidad con el contrato celebrado al respecto.

Extracto del diario.

El viernes, 26 de enero viajé vía Barbosa a Bucaramanga, a donde llegué a las nueve de la noche.

El sábado por la mañana fui a la Gobernación para entregar al señor gobernador y al director de la Educación Pública mis cartas de recomendación. El señor gobernador estaba ausente

de la ciudad; el doctor Mario Galán Gómez, director de la Educación Pública, me aseguró amablemente su ayuda. De igual modo el subdirector, señor Rafael Quijano, estuvo siempre dispuesto para aconsejarme y prestarme su apoyo.

Explicué al señor Galán Gómez mi deseo de estudiar por la tarde las antigüedades procedentes de la cueva de los Santos, actualmente en posesión de varios aficionados, y el doctor Galán me informó que los objetos más importantes se encuentran actualmente en casa del señor Gustavo Ordoñez Cornejo o del señor Luis Sánchez Puyana. Acordó con ambos señores una cita e invitó a esta cita al historiador santandereano don José Fulgencio Gutiérrez y otros interesados. Por causa de varias equivocaciones, esta cita deplorablemente no resultó. Nos fuimos 2 veces en vano a la casa del señor Ordoñez. Entre tanto, los aficionados que habían entrado a la cueva me dieron informaciones importantes. Sobre todo me interesó mucho oír las ideas de don José Fulgencio Gutiérrez sobre la cueva, así como la prehistoria y protohistoria de Santander en general.

Entre los aficionados que entraron a la cueva se encuentra también el dueño del Hotel Savoy, donde me hospedé: él cumplió inmediatamente mi deseo de permitir contemplar algunos objetos que trajo de su visita al interesante lugar arqueológico. Tiene dos fragmentos de telas, uno con motivos tejidos, otro con decoraciones geométricas, pintadas con dos tintas; una pequeña olla con motivos grabados, típicos –como después pude observar- en una clase de cerámica; una mano momificada, hilo y fragmentos de huesos y collares. El estudio superficial de estas reliquias me proporcionó una idea de la civilización representada en los hallazgos de la cueva y comprobó la gran importancia de este sitio arqueológico.

Considerando la imposibilidad de encontrar los señores Ordoñez y Sánchez Puyana antes del principio de la próxima semana, me resolví partir a Los Santos sin pérdida de tiempo.

En un automóvil de la Policía Departamental, amablemente

cedido por orden del Dr. Galán, llegué a Los Santos a medio día del domingo, 28 de enero, muy bien recibido por el alcalde, don Estanislao Moreno C., quien informado de mi llegada por el Ministerio y la Gobernación arregló todo lo necesario para la primera inspección de la cueva en la madrugada del lunes.

Don Estanislao fue un colaborador ideal en todos los días de mi estancia en Los Santos. No sólo me alivió en todas las maneras posibles el trabajoso descenso, sino que reclamó también varios objetos de importancia a los habitantes del pueblo que los sacaron de la cueva y guardaron todavía para la colección del Museo.

Los Santos, un antiguo municipio con origen colonial, en donde existe todavía la casa del color español de la región, está situada a una altura de 1.200 metros sobre el nivel del mar, cerca del realce meridional de la gran mesa de Los Santos, el cual está en un declive muy inclinado hacía el valle del río Chicamocha. La distancia de Bucaramanga es de 40 kilómetros en línea directa, o 60 más o menos por la carretera. Es un pueblo de 4.400 habitantes, pintoresco y bien administrado. Hay una planta eléctrica de un motor diesel. La carretera de Piedecuesta, construida hace 20 años, es rica en bellas vistas y, a pesar de las dificultades técnicas, bien arreglada. Se cultivan en las tierras del municipio tabaco, yuca, maíz; en los potreros de la Mesa se ven grandes hatos de ganado vacuno y muchas cabras, todo en buen estado. Pero la ocupación predominante es el cultivo del tabaco. Como dice el alcalde, en buenos años hay cosechas hasta de 10.000 cargas. En este año, el tiempo exageradamente seco dañó mucho las cosechas que sólo llegaron a 1.000 cargas. La carencia de agua forma un grave problema; hay un solo pozo en un circuito de muchos kilómetros. El clima es sumamente agradable, la población parece muy sana y honrada.

La cueva de los Indios, el objeto de mi comisión, se encuentra al suroeste del pueblo, entre las rocas sobre el río Chicamocha. La altura de la entrada es de 800 metros sobre el nivel del mar,

aproximadamente. Los 2 primeros kilómetros, de la plaza hasta la finca del señor Luis Bárcenas y un corto trecho detrás, son relativamente cómodos, pero luego la senda es quebrada y rápida. Muy trabajoso es el descenso y la subida. La entrada a la cueva es difícil y un tanto peligrosa: hay pasos muy malos, angostos y verticales, los cuales no se pueden conocer sino únicamente por lazos.

Por esto me fue muy difícil el transporte de los instrumentos y lámparas, y de los objetos sacados de la cueva. Y me fue imposible delinear un croquis de todas las partes visitadas.

La cueva consiste en un sistema amplio de hendiduras, corredores, galerías y fosos naturales que se extienden en la roca en diferentes direcciones y niveles. En un punto donde se ramifican varias galerías se observa una grieta que deja entrar el aire, porque la ventilación en la mayor parte es buena

Entré dos ocasiones a la cueva: el lunes 29 de enero y el miércoles 31 de enero. Ambas veces me acompañaron el alcalde, el joven José Antonio Bárcenas, descubridor de la cueva, su hermano Adolfo, hijos del dueño de la finca mencionada, obligados antes por el alcalde para prestarme sus servicios durante mi permanencia en Los Santos. Los hermanos Bárcenas fueron guías perfectos en las ramificaciones subterráneas, ayudándome con mucho cuidado en los malos pasos y tomando a su cargo el transporte difícilísimo de todos los utensilios necesarios y de las reliquias sacadas por mí. En este trabajo participaron voluntariamente y con gran entusiasmo los agentes de la policía departamental, estacionada ahora en Los Santos para custodiar el acceso a la cueva. Fueron en la semana de mis trabajos: el sargento José D. Chacón Ortiz y los agentes Carlos J. Duarte, Luis A. Blanco Gómez, Abelardo Calvete Gómez y Nicolás Rodríguez Sepúlveda. Todos se presentaron como jóvenes bien educados, muy atentos y vivamente interesados por los problemas culturales del país.

Durante la segunda excursión ocurrió un accidente, que en el primer momento parecía muy peligroso, pero afortunadamente no hubo graves consecuencias: al señor alcalde le cayó una piedra en la cabeza, e hiriéndole una vena le causó una hemorragia. A pesar de esto, don Estanislao no perdió nunca su buen humor, quedando siempre el amable compañero y entusiasta colaborador.

En mi primera entrada me dediqué sólo al reconocimiento del terreno y del estado actual de los restos dispersos en la superficie, constatando la deplorable destrucción. Sin embargo, obtuve en esta ocasión la impresión de que hay en algunos lugares por lo menos dos estratos, claramente distinguibles. Permanecí en la cueva 5 horas. Cuando descendí la segunda vez, tomé fotos de puntos característicos, extraje pruebas de cada clase de las reliquias de 5 diferentes lugares de sepulturas, examiné el cimientado y practiqué una pequeña excavación sistemática en donde la capa superficial estaba destruida por completo. Aquí encontré, a la profundidad de 40 cms., más o menos, un entierro de restos quemados bajo un plato de barro y saqué todo el contenido. Además delineé un croquis de los lugares investigados en este día, excepto el último, donde a causa de la herida que sufrió el alcalde se interrumpió el trabajo. Estuve esta ocasión 7 horas en la cueva. Considerando que mis exploraciones preliminares me proporcionaban un concepto bastante claro del sitio pero que en una exploración perfecta de la multitud de restos y excavaciones sistemáticas en la capa inferior gastaría mucho tiempo y existía el peligro de dañar huellas importantes del estado original, resolví terminar mi trabajo.

Necesité 2 días para ordenar y empacar mi colección de objetos adquiridos en ambas excursiones y de algunos habitantes del pueblo y pedí el carro para mi regreso y el transporte de la colección a Bucaramanga para el sábado.

Como el Dr. Galán no pudo poner a mis órdenes el auto antes del martes, aproveché el tiempo para examinar otra cueva pequeña,

llamada de la Loma, muy cerca del cementerio del municipio, situada en la pendiente de la Mesa sobre el camino de herradura que conduce a Jordán. Conseguí de esta cueva una vasija de forma muy particular, huesos, fragmentos de cráneos y botones de collares.

Durante el tiempo que permanecí en Los Santos hablé continuamente con los habitantes, acumulando datos interesantes sobre otros cementerios indígenas de la región, relaciones sobre el estado de la cueva de los Indios en el tiempo del descubrimiento, así como de la bárbara explotación de los visitantes durante los meses pasados, hasta que el gobierno prohibió la entrada a la cueva, por la policía. Los objetos sacados por los visitantes y la posibilidad de localizar algunos de aquellos objetos es parte muy importante.

El martes 6 de febrero me despedí cordialmente del alcalde y mis otros amigos, abandoné Los Santos a las 8 de la mañana y llegué a Bucaramanga a las 10. Inmediatamente después de mi regreso a esa ciudad pude observar el interés vivo y general que despertaban mis investigaciones y todo lo que se refiere al descubrimiento de la cueva de Los Santos.

Para aclarar algunos problemas fue necesario estudiar los objetos que tienen en posesión los señores Ordoñez y Sánchez Puyana, pero, a pesar de la intervención enérgica del Dr. Galán Gómez, no se logró encontrar estos señores hasta el 11 de febrero. Este día me permitió el señor Ordoñez observar los objetos apenas 10 minutos y me aseguró que al día siguiente todos estarían a mis órdenes para practicar un estudio exacto y tomar una copia del dibujo de la tela. El próximo día se excusó el señor Ordoñez que no podía cumplir su palabra, mientras tanto el señor Sánchez Puyana los había sacado de la oficina. El domingo 11 de febrero pude tomar una sola foto, que no salió bien por la circunstancias poco favorables.

Para arreglar este asunto solicitó el Dr. Galán Gómez al Ministerio una prórroga a mi comisión, la cual éste concedió.



Con esto gané 8 días más para lograr otros objetos sacados de la cueva y logré conseguir 2 pequeñas colecciones particulares, en total 22 números. Además la prórroga de mi permanencia en Bucaramanga me fue muy útil para profundizar mi concepto histórico obtenido en las investigaciones en Los Santos, por estudios extendidos en colecciones particulares. El profesor Julio Vitervo Cáceres me mostró las antigüedades santandereanas del pequeño museo del Colegio de Santander, confiado a su cuidado. Me presentó al Dr. Martín Carvajal, fundador del Centro de Historia de Santander, quien me recibió 2 veces con mucha cortesía y me permitió generosamente trabajar varias horas en su maravillosa colección, siempre dispuesto a comunicarme sus ideas y vastos conocimientos en este ramo. Pude tomar fotos, copias de mano y medidas de mucho ejemplares de toda la región. La clara clasificación de muchos fenómenos de las civilizaciones, representados por los objetos hallados en la cueva, se hicieron posibles por estos estudios.

El sábado 10 de febrero regresó el señor gobernador a la ciudad. El lunes 12, d.m., me dio el Dr. Gómez Gómez una cita para referirle detalladamente el curso de mis investigaciones y el concepto que me formé de esto durante mi trabajo. El Dr. Gómez Gómez me manifestó amablemente su vivo interés en el asunto.

Por fin esperé 2 días más en vano, esperando una oportunidad de estudiar los objetos guardados por los señores Ordoñez y Sánchez Puyana. Entretanto estudié una momia, actualmente en posesión del señor Simón Cornejo en Floridablanca, la única que hoy todavía esta intacta.

El miércoles regresé en auto expreso por Barbosa y por Tunja a esta ciudad.

Encontré la cueva en estado de destrucción deplorable, lo cual lo atestigua una foto, tomada de un callejón, denominado por mí “lugar de entierros” 2 II (véase plancha VI).

En un lugar en donde según las informaciones de los Bárcenas se halló un telar, observé nada más que una aglomeración de palos y armas quebradas que se cayeron de galerías superiores, cuando éstas fueron explotadas por manos imperitas (véase plancha VI).

Toda la capa superficial está revocada. Por la primera vista me convencí que la mayor parte de restos humanos y del ajuar de los muertos ya no se encuentra en el lugar primitivo. Hay trechos donde los restos, trapos y fragmentos de objetos de madera cubren tan densamente el piso que al paso de los visitantes apenas se destruyen. Según mis investigaciones parece que originariamente los cadáveres y las ofrendas de la capa superior estaban colocados en parte sobre la roca virgen, en parte sobre pequeñas elevaciones de piedra y tierra, o naturales o artificiales.

En estos lugares se observa una capa inferior, llena de huesos y restos quemados. La destrucción alcanzó en parte también esta capa, probablemente en busca de oro, pero mi excavación mencionada resultó en un lugar de la mayor devastación de la superficie un entierro intacto en la capa inferior.

La observación superficial me enseñó que el mencionado estado de destrucción no es la consecuencia del paso de los años, ni cualquiera descomposición natural. Tampoco está producido por animales. Noté sólo excrementos y esqueletos de murciélagos en la cueva. Únicamente la fuerza humana es capaz de una destrucción tan bárbara.

Los relatos de los descubridores, de algunos hombres serios que entraron a la cueva desde octubre hasta enero, y de los habitantes de Los Santos coinciden con esta teoría deducida de la inspección ocular.

Como cuenta José Antonio Bárcenas, el primero que penetró fue un perro y regresó con un trapo en el hocico; luego siguió José Antonio las huellas del perro y observó momias “por montones” envueltas en grandes mantas, atadas con nudos en la cabeza y los pies; una momia encima de la otra, colocada en posición tendida “como pescado en lata”. Junto con las momias vieron los hermanos Bárcenas mucha cerámica, armas, utensilios de ocupaciones femeninas como huesos y, según su relato, un telar.

Tal vez esta relación es exagerada –tengo duda por ejemplo en aquello que se refiere al telar- pero las noticias más importantes fueron comprobadas por mis investigaciones. La posición tendida en las momias la observé en la momia completa que estudié en Floridablanca, en un tronco de momia en el mismo lugar, en la momia de un niño que conseguí para mi colección y en todos los fragmentos por mí examinados.

La descripción de la envoltura también coincide con mis observaciones pues descubrí un fragmento de tela pintada con el nudo descrito.

La cuestión si existió un telar debe ser el objeto de estudios detallados. En verdad se encontraron fragmentos de telares, por ejemplo un cuchillo de telar.

Parece que las telas llegaron a ser la causa principal de la destrucción. Todos los que visitaron las cuevas aspiraron adquirirlas, los aficionados así como los hombres de intereses comerciales.

Algunas grandes mantas pintadas fueron cortadas por tijeras y vendidas por pedazos. Supongo que una parte fue enviada al

exterior. Por lo menos debí constatar durante mi estancia en Bucaramanga que los americanos buscan mucho las telas.

En cuanto a la fecha del descubrimiento vacilan las informaciones. Los Bárcenas no recuerdan e indican los principios de octubre como el tiempo de su primera entrada. El alcalde afirma que el descubrimiento se sucedió el 6 de agosto. Todos los relatos están de acuerdo que en octubre, noviembre y diciembre era un verdadero deporte de los bumangueses hacer una excursión y sacar algunos “recuerdos”. Participaron en este “deporte” hombres serios y verdaderos aficionados a la prehistoria, curiosos y de intereses comerciales.

### *Corpus antropológico.*

#### Momias:

- I. Sólo una momia escapó a la destrucción. Un señor Simón Cornejo la sacó de la cueva y la guardó en su casa en Floridablanca. Falta en esta momia sólo una parte del pie izquierdo. Todas las medidas antropológicas pueden ser estudiadas en ella (Plancha VIII-1 y 2).
- II. Momia de un niño que pude conseguir para el Museo, bien conservada, aunque se rompieron los brazos y las piernas (Plancha VIII-4-3).
- III. Momia no perfectamente conservada; se observa una descomposición antigua de las extremidades. La conserva también el mencionado señor Cornejo en Floridablanca.

- IV. Tronco de una momia; se conservó sólo la parte superior del cuerpo con la cabeza y las partes superiores de los brazos. Se nota la lengua muy bien conservada; además están conservados el corazón y parte de los pulmones, dice el Sr. Gustavo Ordoñez, que guarda esta reliquia importante.
- V. Cabeza momificada con restos de la columna vertebral. Colección del Museo Arqueológico (Plancha VIII-5)
- VI. Cabeza momificada en posesión de Simón Cornejo, Floridablanca.
- VII. Cabeza con residuos de momificación, más o menos considerables (Colección del Museo Arqueológico).
- VIII. Fragmento de momias (partes de cuerpos y miembros aislados) (Colección del M. A.)
- IX. Mano momificada, en posesión del dueño del hotel Savoy, en Bucaramanga
- X. Fragmentos de momias que quedaron en la cueva.

#### Cráneos:

Se encuentran cráneos de dos tipos que varían entre sí.

- 1) Cráneo dolicocefalo, con deformaciones muy particulares. La mayor parte aparentemente de tipo masculino.
- 2) Cráneos braquicefalos, en parte muy altos; este tipo predomina en las momias; se ven entre los cráneos de esta clase formas típicas de los cráneos chibchas.

De ambas clases de cráneos conseguí un número considerable para la colección del Museo Arqueológico; algunos con la mandíbula inferior, algunos están todavía en la cueva; otros se dispersaron entre particulares.

El desarrollo del problema racial y cronológico que está colocado por el descubrimiento de estos cráneos depende de estudios profundos. Tengo la idea que los discípulos de mis clases de antropología y etnología primero analicen y miren los cráneos bajo la dirección del señor Socarrás.

Huesos:

De todas clases, en diferentes estados de conservación, coleccioné para el Museo y todavía se encuentran más en la cueva.

Huesos quemados:

Toda la tierra que se encuentra en varias partes sobre el suelo rocoso de la cueva está lleno de restos quemados.

Un entierro entero de cremación recogimos para el Museo. Además saqué pruebas de restos quemados y de la tierra en la cual se encuentran éstos, de diferentes lugares.

La cerámica de Los Santos, tal como la conocemos de mis estudios superficiales, puede dividirse según la decoración en las siguientes categorías:

- A. Vasos con decoración pintada, con color rojo sobre fondo amarillo. El color del fondo y en parte de la decoración se perdió generalmente. Tal es que la superficie muestra hoy el color natural del material o una capa carbonizada.
- B. Vasos negros con decoración geométrica grabada.
- C. Vasos, de los cuales la decoración B esta rellena por una pasta blanca.
- D. Vasos no decorados.

Bajo el aspecto de la forma podemos clasificar la cerámica de esta manera:

- 1) Ollas globulares o esferoides con amplia abertura y bordes salientes con dos asas.
- 2) Vasijas con cuerpo globular, cuello de corte ovaloide y borde saliente.
- 3) Vasija cuyo recipiente está formado por un casquete cónico y un cono truncado. El cuello tiene la figura de embudo.
- 4) Vasija de forma muy particular. El recipiente se compone de dos partes: una pequeña copa con corte semi-elíptico y un esferoide más grande. El cuello tiene la forma de un cono truncado en posición inversa.
- 5) Platón con dos pequeños picos en el borde.

En la colección que adquirí para el Museo predomina el tipo 1A, y están representados los tipos 2B, 3D y 5A. De cada una por un ejemplar. Del tipo 4A posee el Museo una vasija completa y de otra los tiestos. En la colección del doctor Carvajal, en Bucaramanga, predominan los tipos 2A y 1B.

### **Las telas.**

Las telas que significan la sensación del descubrimiento de la cueva se dividen en dos clases principales con muchas variedades en toda clase.

- A. Telas pintadas. Los trapos de esta clase, que saqué de la cueva y vi en las colecciones particulares, son fragmentos de grandes mantas, en parte de color blanco o crema, en

parte rojas, con motivos pintados en diferentes estilos y tintas. En diciembre todavía se vio una manta entera de esta clase, “del tamaño de una cubierta de dos camas”, en Los Santos. Ahora puedo localizar sólo restos de 5 mantas distintas. Los fragmentos de más extensión y mejor conservadas que conozco las guarda el Dr. Carvajal y Gustavo Ordoñez. La colección del Museo tiene únicamente tres pedazos, bien que dos con dibujos muy finos y otro con el nudo característico que observaron los Bárcenas en las momias. Éste afirma, con plena seguridad, que las mantas pintadas sirvieron para envolverse las momias. Las telas, su técnica, su uso y el significativo de los dibujos de las mantas pintadas, forman el objeto de un trabajo especial. Los dibujos se encuentran en el lado interior (Plancha XI-1).

- B. Telas con decoraciones en parte muy finas, de tejido. De esta clase posee la colección del Museo suficientes fragmentos y muchos se encuentran aún en la cueva.

Además de las telas se encuentran en el Museo tejidos de otras clases, probablemente de fique y mucho hilo.

Si podemos reconocer en las telas de la clase 3 parte de la vestidura de los indígenas sepultados en la cueva de Los Santos, como creí primero, depende de extensos estudios y nuevos descubrimientos. El gorro de una momia guarda el Dr. Carvajal en su colección (Plancha XI-3).

### **Los objetos de madera.**

Fragmento de un cuchillo de telar.

Lo más interesante de todo el ajuar de utensilios que los antiguos Guanés, sepultados en la cueva de Los Santos, usaban en los tiempos de su vida y los parientes depusieron al lado de sus momias, debe haber sido sin duda el telar, si existió y dichos muchachos Bárcenas no se equivocaron.



Tengo que afirmar que un solo pedazo de madera que conseguí en Bucaramanga perteneció a un telar. Sí hay en la colección del Museo Arqueológico varios planos y grandes huesos que tal vez formaron parte de un telar, pero esto es dudoso. Me parece más probable que se trate de fragmentos de telares, en algunos objetos guardados por el Sr. Gustavo Ordoñez.

**Husos:**

Además del cuchillo del telar están representados en la colección del Museo y en las colecciones particulares de Bucaramanga muchos husos.

**Tortero de madera:**

Muy interesante es un fragmento de huso con tortero de madera, procedente de la pequeña pero valiosa colección que el Sr. Miguel Ordoñez me entregó amablemente para el Museo Arqueológico.

**Madera tallada:**

De la misma colección, hoy en posesión del Museo, procede un pedazo de madera con ornamento tallado. Otro pedazo de otra clase de madera, con ornamentos tallados y con dibujos distintos conseguí en Los Santos.

**Armas:**

Mientras las cosas mencionadas pertenecen casi en total a las mujeres, pude conseguir 2 armas largas de macana y 3 tiraderas sumamente interesantes.

**Cestería.**

La cestería está representada por 2 cestos cuadrangulares en la colección del Dr. Carvajal. (Plancha XI-3).

**Instrumentos de música.**

Los pedazos de una flauta de pan guarda el Dr. Carvajal en su colección. Entre los objetos en posesión del Sr. Gustavo Ordoñez

observé una trompeta muy interesante, hecha de la tibia de un animal, pintada con color rojo. Al tocar produce la trompeta un tono sonoro, muy fuerte. No pude practicar una análisis anatómico ni acústico.

Además tiene Ordoñez una zampoña que ya no produce tono. En Los Santos, contó la gente hay una trompeta de un caracol del mar con una boquilla de hueso. Este instrumento interesantísimo, según las informaciones de Los Santos, debe tenerlo guardado también el Sr. Ordoñez. Como le pregunté negó haber visto jamás tal objeto. En la caja en la cual guarda sus reliquias observé los tiestos de un gran caracol. Se guarda en la colección del Museo un pedazo de hueso hueco, que según la opinión de los Bárcenas, asemeja a la boquilla del instrumento.

### **Adorno.**

Cuentas, discos y otros pedazos de collares de varias formas y materiales encontré en gran número, en todas las partes de la cueva de los Indios, así como en la cueva de la loma (Plancha VIII-1).

También en las colecciones particulares se encontraron muchos.

### **Metalurgia.**

Hubo algunos objetos de oro en la cueva, pero seguramente muy pocos. Vi una nariguera de tumbago y 2 de oro que logré adquirir.

En una de las vasijas que conseguí en Bucaramanga se encontró un pedazo de metal (cobre) de origen dudoso. Si se trata de un objeto de valor depende del análisis.

## **Industria lítica.**

La industria lítica falta casi por completo entre los hallazgos hasta hoy coleccionados. Los únicos ejemplares de esta categoría son algunas cabezas de tiraderas (Plancha XVI-1).

## **Inventario de la colección adquirida en la cueva de los Indios y de la Loma, en Los Santos y en Bucaramanga, para el Museo Arqueológico de Bogotá.**

El inventario comprende 89 números ordenados ya no en el aspecto sistemático, sino como acaeció su adquisición.

1. Vasija de barro.
2. Vasija de barro.
3. Vasija de barro.
4. Vasija de barro.
5. Vasija de barro con ornamentos grabados y restos de una pasta blanca.
6. Tiestas de alfarería. Plancha XIII-3
7. Cráneo.
8. Cráneo.
9. Cráneo.
10. Cráneo con restos considerables de pelo y tela.
11. Cuatro fragmentos de tela.
12. Ocho fragmentos de tela.
13. Hilo.
14. Prueba de la tierra del lugar del entierro II.
15. Diez fragmentos de tela.
16. Tiestos de cerámica.
17. Hilo.
18. Pelo.
19. Telas mejor conservadas.
20. Tejido.
21. "Veneno".
22. Hilo y telas.

23. Restos de un collar.
24. Restos de un collar.
25. Fragmentos de un huso.
26. Restos de una pequeña cueva cerca de la grande
27. Momia de un niño - 3 tiraderas – 2 husos – totuma pequeña.
28. Fragmentos de varios objetos, lugar del entierro II.
29. Seis fragmentos de telas.
- 29.a. Dos fragmentos de telas pintadas. Plancha XI-1-2.
30. Diez fragmentos de una momia; lugar del entierro III.
30. b. Fragmentos de telas de hilo.
31. Fragmentos encontrados cerca del lugar de entierro III.
32. Fragmentos de una momia y otros objetos del lugar del entierro IV.
33. Restos quemados.
34. Platón con restos quemados. Plancha XV.
35. Restos quemados.
36. Varios objetos de la parte alta por arriba del lugar de entierros IV.
37. Cráneo. Plancha IX.
38. Restos del lugar de entierros IV.
39. Mandíbula.
40. Husos.
41. Fragmentos del lugar de entierros IV.
42. Cabeza de tiradera.
43. Cráneo.
44. Cráneo.
45. Cráneo.
46. “Veneno”.
47. Mandíbula inferior.
48. Vasija. Plancha XIII, 5.
49. Mandíbula inferior.
50. Palos de lugar de entierros IV.
51. Arma.
52. “Veneno”.
53. Madera tallada.
54. Lanza larga.

55. Cabeza momificada.
56. Pie momificado de niño.
57. Prueba de la tierra encontrada en una urna de la cueva de Mojarra.
58. Vasija grande de la cueva de la Loma. Plancha XIII-6.
59. Fragmento de collares del mismo lugar.
60. Fragmento de cerámica del mismo lugar.
61. Pruebas de la roca, d. m. l.
62. Mandíbula inferior (rota) d. m. l.
63. Fragmento de un cráneo.
64. Fragmentos de cráneos, d. m. l.
65. Huesos, d. m. l.
66. Materia desconocida, d. m. l.
67. Huesos quemados (?)d. m. l.

### **Objetos conseguidos en Bucaramanga.**

68. Cráneo
69. Cráneo.
70. Cráneo.
71. Cráneo.
72. Cráneo.
73. Cráneo.
74. Fragmento de una momia.
75. Fragmento de tela
76. Fragmento de tejido e hilo.
77. Cinco fragmentos de tela.
78. Fragmento de tela pintada.
79. Fragmento de huso.
80. Pedazo de madera.
81. Vasija, rota, nueve pedazos.
82. Vasija. Plancha XIII-4.
83. Pedazo de metal.
84. Vasija. Plancha XIII-1a.
85. Vasija.
86. Fragmento de un huso con tortero de madera.

87. Dos husos.
88. Collar. Plancha XIII-1.
89. Pedazo de madera tallada.

### **Objetos de la cueva en posesión de particulares.**

En manos particulares pude localizar los siguientes objetos:

Los Santos:

1. Una vasija negra (Hotel Mantilla)
2. Una nariguera de oro.

Bucaramanga., Hotel Savoy:

3. Fragmento de tela.
4. Fragmento de tela pintada. Plancha XI-4.
5. Dos husos.
6. Vasija negra.
7. Mano momificada.
8. Botones de collares.

Bucaramanga, Colegio de Santander:

9. Vasija.

Bucaramanga, colección Dr. Carvajal:

10. Vasija. Plancha XIII-2.
11. Vasija. Plancha XIII-2.
12. Vasija. Plancha XIII-2
13. Vasija. Plancha XIII-1
14. Vasija. Plancha XIII-1
15. Fragmento de telas pintadas. Plancha XI-3.
16. Varios fragmentos de telas e hilo.
17. Un bolsillo de fique.
18. Una flauta de pan.
19. Dos partes de cestos. Plancha XI-3.
20. Gorro de una momia.
21. Dos agujas de madera.

Bucaramanga, Gustavo Ordoñez Cornejo:

22. Tronco de una momia.
23. Mano momificada.
24. Una gran tela pintada.
25. Trompeta de un hueso.
26. Fragmento de un telar (?)
27. Fragmento de un telar (?)
28. Varios husos.
29. Una flauta.

Floridablanca - Simón Cornejo:

30. Momia.
31. Tronco de una momia.
32. Cabeza momificada.
33. Varias lanzas.
34. Pedazo de tela.

San Gil, Vicente Parra:

Telas ?

Por falta de tiempo no me fue posible buscar al Sr. Parra y mirar su colección.

Según una información de Los Santos, adquirió en diciembre un señor Rodolfo Mantilla, a la sazón empleado de la estación, hoy empleado de la Unidad Sanitaria, en Bucaramanga, una tela pintada, del tamaño de un cobertor para dos camas, y vendió esta valiosa reliquia a cualquier particular de Bogotá. Busqué al Sr. Mantilla en Bucaramanga y encontré un individuo del nombre Rodolfo en la unidad sanitaria, vecino de Los Santos. Pero el señor negó tener conocimiento de este asunto, opinando que hay tal vez entre los empleados del estación otra persona de su nombre y apellido. Entre los empleados de la estación no se encontró un Rodolfo Mantilla.

Basándome en mis observaciones en el terreno y en estudios rápidos y superficial de la colección por mí adquirida y de las colecciones de Bucaramanga, abrevio mi juicio del carácter y valor del descubrimiento en la cueva de los Indios, cerca de Los Santos, a las conclusiones siguientes:

- 1) La cueva se compone de numerosas ramificaciones, de hendiduras, corredores, galerías, callejones y pozos naturales. Supongo que aún hay ramificaciones no descubiertas. Por esto existe la esperanza que se descubran en el futuro sepulturas de momias intactas. Cierto es que el acceso primitivo que usaron los indígenas no se conoce hasta hoy. Es imposible que se transportaran los cadáveres momificados en posición extendida por aquella entrada actual.
- 2) En muchas partes de la cueva se encuentra un cementerio protohistórico y prehistórico indígena. No se trata de “una ciudad hundida” o de habitaciones de cualquier carácter.
- 3) En algunos lugares hay estratos claros. En éstos se distinguen, con absoluta claridad, los restos de las diferentes épocas y civilizaciones. Es un problema si los objetos hallados en la capa superficial representan una sola capa o períodos distintos y han sido depositados por tribus diferentes. Supongo un período intermedio de entierros de cuerpos enteros, sin momificación, o una momificación deficiente, pero las pruebas de esta hipótesis, otro tipo de cráneo, variaciones en la tipología de la cerámica y de las telas pueden ser interpretadas también en otro sentido.

Por esto debo aplazar mi decisión hasta que pueda practicar estudios pertenecientes verosíblemente a los Guanes y con esto al grupo corporal.



- 4) La civilización más reciente representada por entierros momificados que formaron las tribus de la familia lingüística Chibcha. El tiempo de su florecimiento debió haber sido el período de la conquista, el siglo anterior y tal vez los primeros lustros de la Colonia. Las telas pintadas nos demuestran una técnica descrita por los primeros cronistas de la Nueva Granada. Otra clase de tejidos muestran analogías tecnológicas con los de los inca-peruanos.
- 5) En el corpus tipológico de la civilización mencionada se observan características locales muy interesantes; sin embargo, la civilización debe clasificarse en un conjunto cultural mas amplio que alcanzó por lo menos Piedecuesta en el norte y Oiba en el sur. Una clase de la cerámica de Los Santos se encuentra también cerca de Piedecuesta. Motivos de las telas pintadas se repiten en las pinturas de los cráneos de Oiba.
- 6) En la capa inferior se documenta una civilización de costumbres completamente distintas con cremación y sepultura secundaria, bajo vasijas de barro. Parece emparentada esta civilización con otras cuyos representantes practicaban semejantes costumbres funerarias, como lo observamos por ejemplo cerca de Ocaña en las urnas con figuras humanas en la tapa (cultura de Mosquito). Por casualidad pude constatar que esta civilización se extendió hasta Lebrija (Plancha XIV-1).
- 7) En un ejemplar de Los Santos se observa una técnica conocida de Panamá, Tierradentro y del Ecuador. Este hecho prueba la importancia de los sitios arqueológicos de Santander para el desarrollo de los problemas generales de la Prehistoria Americana.
- 8) Pruebas para la importancia especial de Santander, hasta hoy tierra incógnita en los mapas arqueológicos, bajo el

aspecto de la prehistoria y etnología de Colombia, presentan las numerosas informaciones de otras cuevas y cementerios en campos abiertos, observados en toda la región, que recibí en Los Santos y Bucaramanga y además, el descubrimiento casi simultáneo de momias envueltas en telas cerca de Pamplona (véase el apéndice).

Resultan dos cuestiones prácticas.

- 1) ¿Si algunos objetos secuestrados en los tres meses después del descubrimiento de la cueva pueden ser recuperados para el Museo Arqueológico Nacional y reclamados según la ley No. 301 de 1931, artículo 1 ?
- 2) ¿Si es oportuna una investigación y exploración sistemática de interés ante sitio arqueológico de la Mesa de Los Santos?

La contestación a la primera pregunta debo dejarla a la decisión del Ministerio. Pero creo estar obligado a comunicarle mis observaciones personales, obtenidas en las negociaciones con los señores respectivos muy distintos, según carácter y posición social. Observé en general que todo el mundo ignora la ley 103 de 1931 y si alguien la conoce la aplica sólo al sitio arqueológico de San Agustín. Falta la comprensión para el derecho del Estado en este asunto. Los gUAQUEROS, así como los aficionados, que muchas veces con gran trabajo y paciencia, sin apoyo del Gobierno buscaron y hallaron reliquias de los tiempos prehistóricos y las guardaron cuidadosamente, tienen la conciencia de adquirir una propiedad legal en los objetos, hasta el derecho de venderlos a compatriotas o extranjeros.

Este último concepto se encuentra sobre todo entre los hombres humildes. Hay excepciones: el joven Miguel Ordoñez, por ejemplo, que poseyó una pequeña colección de antigüedades de Los Santos y me la entregó espontáneamente, después que charlamos una media hora sobre la cuestión. Comprendió que

estos objetos se guardaban mejor en los museos bajo el cuidado de los peritos que en su casa; se hizo aficionado y recolector por casualidad, entusiasmado por el descubrimiento sorprendente de la cueva de los Indios. Me prometió su colaboración en lo sucesivo como aficionado leal; dijo que desea darme todos los datos correspondientes que llegue a su conocimiento e hizo espontáneamente de sugerir a su pariente Gustavo Ordoñez, que ponga su colección a la orden de los peritos del Museo Nacional.

Me comunicó más tarde que su proposición desgraciadamente no tuvo éxito. Hay que considerar que los señores Gustavo Ordoñez y Sánchez Puyana indudablemente demostraron mala voluntad o por lo menos una resistencia pasiva muy dura, y que ellos poseen objetos cuyo estudio profundo es muy importante, por ejemplo el estudio de la momia con corazón y pulmones, la tela única de su clase, la trompeta y pedazos de madera muy particular, que tal vez pertenecían al afamado telar. Hablé sobre el caso con el Sr. Gobernador, quien sugirió que el Ministerio reclame la colección correspondiente a mi informe.

Otro carácter tiene el caso del dueño del Hotel Savoy, también aficionado por casualidad. Sus recuerdos de la cueva, con excepción de la tela pintada, no son únicos. Los conserva con mucho cuidado y apenas técnicamente, pero se manifiesta reacio a una devolución voluntaria. Parece que el peligro de venta o pérdida no existe. Pude averiguar que el señor negó la venta a una señora estadounidense que le hizo una propuesta.

Algo problemático parece el asunto de la momia del Sr. Simón Cornejo en Floridablanca. Se trata de un campesino humilde y honrado. La momia es su orgullo y la conserva en una despensa cerrada. Seguramente el cuidado y la habilidad con que logró sacar la momia, sin daño, de la cueva, merece reconocimiento.

Sin embargo, no cabe duda que la conservación técnica de la momia en la casa de Simón Cornejo es imposible. Además el

tronco de otra momia y una cabeza están mal guardados en un patio abierto. En cada caso el gran interés científico en esta momia, la única completa hasta hoy de las de Los Santos, justifica la aplicación rígida de la ley y la reclamación de todos los objetos que guarda el Sr. Simón Cornejo. Por consideraciones humanas y psicológicas propondría otorgar una remuneración para los gastos y el trabajo empleado en el transporte de la momia por los pasos difíciles de la cueva.

En lo que se refiere a los objetos valiosos que llegaron a la colección particular del Dr. Carvajal, deben ser aplicadas otras consideraciones. El Dr. Carvajal es un hombre amplio, sumamente culto, un aficionado serio casi perito, que sabe apreciar el valor de las antigüedades y conservarlas satisfactoriamente. Comprando los objetos respectivos los salvó sin duda de la dispersión y pérdida que sufrieron otros más importantes. Me parece que imponderables morales impiden una reclamación en este caso.

Me permito apuntar que los científicos siempre necesitan el apoyo y la colaboración de los aficionados serios, así de los del tipo del Dr. Carvajal, como de los del tipo del joven Miguel Ordoñez. Tal vez una formación más diferenciada de la ley 103, artículo 1, podrá crear una base sana de tal colaboración, otorgando tal vez a los descubridores de sitios arqueológicos ciertos derechos de posesión en cuanto a algunos pedazos de los objetos hallados y respetando colecciones particulares tan importantes como la del Dr. Carvajal.

Los pocos pedazos en el museo del Colegio de Santander no representan un problema. En la colección del Museo Arqueológico se encuentra ejemplares más importantes; además parece oportuna la organización de museos locales en favor de la educación pública en los departamentos. La colección del Sr. Vicente Parra en San Gil no pude contemplarla por falta de tiempo y por esto no puedo formarme ningún juicio.

La segunda pregunta creo que debe contestarse afirmativamente. Interesantes reliquias se guardaron. Las telas pintadas son únicas, única la vasija de la cueva de la Loma. A pesar de que la destrucción del estado original del valioso monumento prehistórico de Los Santos es muy deplorable y causó pérdidas irreparables para la investigación científica, sin embargo pueden ser encontradas sepulturas intactas de igual valor comparándolas con las devastadas. En la capa inferior practiqué una sola excavación que resultó inmediatamente el éxito del descubrimiento de los huesos quemados en el plátón.

Una multitud de restos se encuentran todavía en la superficie de las galerías por mí examinadas. Podría completarse con ellos considerablemente la colección del Museo y equipar un museo local en Bucaramanga aumentando con esto el entusiasmo ya existente para cuestiones indigenistas e histórica, en unos, despertándola en otros. Se podría aumentar mucho el interés público organizando una exposición arqueológica con ocasión del centenario de Santander. Estoy seguro que el Sr. Gobernador, Dr. Gómez Gómez, los señores. de la educación pública del Departamento y todos los aficionados colaborarán en esto con pleno entusiasmo.

Me permito proponer una exploración a fondo y sistemática de la cueva de los Indios en la Mesa de Los Santos y una investigación de toda la región. Podría verificarse esta tarea en el curso de unos 6 meses, aproximadamente, cuyo costo original por material y personal auxiliar en mi concepto no pasaría de \$3.000.

El 26 de enero de 1940 partí, comisionado por el Ministerio de Educación, a Bucaramanga para practicar una información del sitio arqueológico, recientemente descubierto en una cueva en las tierras del municipio de Los Santos.

Permanecí diez días en la Mesa de los Santos visitando la cueva mencionada, otra pequeña cerca del cementerio del pueblo, y ocho días en Bucaramanga para estudiar la cerámica de la región en colecciones particulares y adquirir datos arqueológicos. En Bucaramanga me fue muy útil el apoyo completo de los señores Mario Galán Gómez y Rafael Quijano, director y subdirector de la Educación Pública del Departamento y pude referir al señor Gobernador, el último día de mi permanencia en la ciudad, el objeto de mis investigaciones, quien me manifestó amablemente su vivo interés el asunto. Durante mi trabajo en Los Santos me ayudaron de una manera dispuesta y eficaz el alcalde, señor Estanislao Moreno C., el joven descubridor de la cueva, José Antonio Bárcenas, su hermano Adolfo y los agentes de la guardia, estacionada ahora en Los Santos para impedir la entrada a la cueva.

Los Bárcenas vieron todavía el interesante lugar completamente intacto y dicen: observaron momias “por montones”, envueltas en grandes mantas, una encima de la otra, “como pescado en lata”, con todo el ajuar que usaban los sepultados. Yo encontré la cueva en un estado de destrucción deplorable, causado por la explotación salvaje de aficionados imprudentes. Parece que éstos aspiraron en primer lugar a adquirir las preciosas telas, las cuales arrancaron, destruyendo con ésto todas las momias y revolcando por completo toda la capa superficial. Aun cuando se dispersaron a diferentes lugares, y así se perdieron de este modo objetos de gran valor científico y artístico, logré sin embargo verificar investigaciones importantes y guardar una colección muy interesante para el Museo Arqueológico.

La cueva consiste en un sistema amplio de hendiduras y corredores en la roca, que se extienden en varias direcciones y niveles. La entrada es difícil y en parte peligrosa, el acceso original que usaron los indígenas no está aun descubierto y por eso existe la probabilidad que hay todavía ramificaciones desconocidas con sepulturas intactas.

Los hallazgos protohistóricos y prehistóricos representan un cementerio, no una “ciudad hundida” o “una ciudad incaica” como se publicó en la prensa. Las poblaciones a las cuales perteneció el cementerio deben buscarse o en la mesa o en las terrazas inferiores sobre el Río Chicamocha. Hay en este cementerio entierros de diferentes clases que corresponden probablemente a tantas diferentes épocas y civilizaciones. Se distinguen claramente dos capas. Los entierros más recientes, los de momias, deben corresponder al tiempo de la conquista, al período anterior, y talvez a los primeros años de la colonia, bien que no se observa ningún influjo cristiano. La civilización aquí representada alcanzó por lo menos Piedecuesta en el norte y Oiba en el sur, pero probablemente el radio de su difusión era mayor. Los hallazgos de la capa inferior muestran costumbres funerarias completamente distintas, cremación y sepultura de los restos bajo ellas de barro. La civilización correspondiente parece emparentada con las representadas por las urnas funerarias de la “cultura de Mosquito” (Ocaña) que se extendió, como pude averiguar por casualidad, hasta Lebrija, así como por urnas funerarias de otra clase, encontradas en los márgenes del Río Girón.

La colección que pude traer para el Museo se compone de cráneos de dos tipos, fragmentos de momias, una momia entera de un niño, algunos ejemplares de la cerámica, en parte de forma muy particular, fragmentos de telas de varias clases, armas y otros objetos.

Cierto es que Santander, que hasta hoy formó un vacío en los mapas arqueológicos, desempeñará en el futuro un importante papel.

J. W. Schottelius.

El domingo 28 de enero a medio día llegó el profesor Schottelius a Los Santos, quien fue muy bien recibido por el señor alcalde, Don Estanislao Moreno, quien arregló todo lo necesario para la primera inspección de la cueva en la madrugada del lunes.

Don Estanislao era un colaborador ideal, que apoyó al arqueólogo todos los días de su estancia en Los Santos en todas circunstancias. Siempre lo acompañó a la cueva. Una vez hubo un accidente, que en el primer momento pareció muy grave pero afortunadamente no tuvo consecuencias funestas. Al señor alcalde le cayó una piedra sobre la cabeza e hiriéndole una vena le causó gran hemorragia. A pesar de esto, don Estanislao no perdió nunca su buen humor, quedando siempre el amable compañero y entusiasta colaborador.

En compañía de él, el joven descubridor José Antonio Bárcenas, su hermano Adolfo, el sargento y los agentes de la guardia de la policía que impide actualmente la entrada a la cueva, el arqueólogo fue primero el 29 de enero al sitio arqueológico por una senda muy quebrada pero rica en bellas vistas sobre el majestuoso cañón del río Chicamocha, que se presenta en la profundidad como una cinta de plata. La entrada a la cueva es difícil y peligrosa; hay pasos malos, angostos y verticales, los cuales no se pueden conocer sino únicamente con lazos. La cueva consiste en un sistema amplio de hendeduras y corredores en la roca que se extienden en varias direcciones y niveles. Los hallazgos prehistóricos representan un cementerio, no una “ciudad hundida” o “una ciudad incaica”, como se publicó en la prensa. Muy penoso también es para el visitante que sale fatigado de la cueva el regreso. Este paso hizo recordar al arqueólogo el afamado poema del Dante sobre su migración por el infierno y los círculos rocosos del monte del purgatorio.

Al fin de la semana pasada entregó el señor Schottelius su informe al señor ministro de la Educación Pública. Contiene este informe el primer análisis científico y afirma la importancia extraordinaria del descubrimiento. Hay en la cueva de Los Santos antigüedades únicas de su clase. La mayor sensación significan las telas.



De la multitud de reliquias que encontró y del relato del joven descubridor que vio todavía el cementerio indígena en su estado primitivo, el arqueólogo formó en su cerebro una imagen de la civilización del pueblo extinto, que en la hendeduras de la roca alrededor de la Mesa de Los Santos hace 400 años y más depositó sus muertos y todo el ajuar que usaban en su vida, con piedad y mucho cuidado.

Toda la región fue en estos tiempos remotos poblada muy densamente. Tal vez fueron los Guanes u otra parcialidad de la gran familia Chibcha los pobladores. Era un pueblo pobre, pero industrioso. Oro se encuentra muy poco en la cueva, pero telas, muchas telas; mantas con ornamentos finamente tejidos en primitivos telares y mantas pintadas, que documentan el ingenio de los pintores, con dibujos muy complicados y fantásticos. Las aldeas de esta población estaban situadas en las terrazas sobre el Río Chicamocha y en la Mesa, y alrededor de los caseríos se encontraban los campos de maíz y hasta hoy se observa en todas partes la yuca de los indios.

Sabían labrar con gran habilidad la madera; el arqueólogo encontró lanzas y tiraderas, palos con ornamentos tallados, husos y partes de un telar, todos estos objetos de una madera muy consistente, de macana.

Vasijas sencillas, otras de forma muy curiosa con ornamentos grabados las unas, con dibujos las otras, se fabricaban de un barro rico en mica y talco, que se encuentra en muchas partes de la región.

Si uno de los antiguos indígenas llegaba al fin de sus días, sus hijos y parientes guardaban sus restos mortales para el sueño eterno en el interior de las montañas, en lugares apenas accesibles, de los cuales hoy se descubrió uno.

Momificados los cuerpos, los envolvían en amplias mantas, las cuales en el lado interior tenían dibujos mágicos, y se

cerraba la envoltura con nudos sobre la cabeza y los pies del cadáver. Se colocaban las momias en el piso recoso de las cuevas o sobre pequeñas elevaciones de piedra y tierra en las cuales se encuentran otros entierros de pueblos mas antiguos con otras costumbres. Éstos quemaban a sus muertos y guardaban sus restos debajo de pltones de barro. Probablemente fueron pueblos emparentados con los que poblaron en tiempos remotos las costas del Mar Caribe y la cuenca del Amazonas y en Ocaña fueron los representantes de una civilización muy particular con urnas funerarias que muestran sobre la tapa figuras humanas, el doble u “otro yo” del difunto. Cuando los Guanés u otras tribus Chibchas ocuparon el valle del Río Chicamocha ya habían desaparecido o emigrado a otros sitios. Es un problema cuántos siglos separan la una civilización de la otra. Pero hay otros enigmas muy interesantes.

En la capa superficial se encuentran dos clases de cráneos, completamente distintos: unos del tipo Chibcha, otros de un tipo dolicocefalo con uno o dos deformaciones artificiales muy raras; cráneos que no se hallan nunca en ninguna otra parte de América. Por esto es eminente el interés antropológico en los hallazgos en la cueva, y la cerámica promete otros descubrimientos muy interesantes y muy importantes para el desarrollo de los problemas centrales de la prehistoria del continente. Se encontró una vasija con una técnica extraña en esta zona: ornamentos geométricos grabados y llenos de una pasta blanca que se conoce en Panamá, Tierradentro y el Ecuador.

Se observa en esto la importancia del descubrimiento para todos los ramos de la prehistoria y etnología de Colombia, así como del continente. Santander, tierra incógnita hasta hoy en los mapas arqueológicos, desempeñará un excelente papel en lo venidero.

José Antonio Barcenás observó a ocasión de su primera entrada, según su relación, momias intactas “por montones”, una

encima de la otra, “como pescado en lata”. El arqueólogo del Ministerio encontró desgraciadamente la cueva de Los Santos en un estado de destrucción deplorable. Durante tres meses era un deporte de los bumangueses hacer excursiones a la cueva y extraer de ella objetos como “recuerdo”. Además hubo gente de interés comercial, que arrancaron las telas, destruyendo las momias y revolcando por completo toda la capa superficial. Varias mantas pintadas de valor inapreciable fueron cortadas con tijeras y vendidas por pedazos.

Considerando esto, fue una ventaja que algunos aficionados serios adquirieran una parte de las reliquias, conservándolas en sus colecciones particulares. Pero parece necesario en este conjunto hacer recordar al público que todas las reliquias de los tiempos de los aborígenes que se hallan en sitios arqueológicos son de propiedad nacional y que la ley impide la destrucción de los lugares mencionados y el secuestro de los objetos hallados por particulares.

Para el Museo Arqueológico de esta ciudad trajo el arqueólogo una colección de 89 números, objetos de cada índole: Cráneos, fragmentos de momias, una momia intacta de un niño, huesos, restos quemados, vasijas de diferentes clases, telas, adornos, armas, husos y otros utensilios de madera. Esta colección, muy completa, que representa todos los ramos de las antiguas civilizaciones de Los Santos, en la mayor parte fue adquirida por el arqueólogo Schottelius en la cueva misma. Otros pedazos le entregaron aficionados en Los Santos y Bucaramanga, así el señor Miguel Ordoñez su pequeña pero muy bonita colección de objetos de madera y de alfarería.

J. W. Schottelius

Los Santos es un antiguo municipio, de origen colonial, en donde existe todavía la casa del gobernador español de la región. Está situado a una altura de 1.240 metros sobre el nivel del mar, cerca del realce meridional de la gran Mesa de Los Santos, situado en un plano inclinado que se dirige hacia el río Chicamocha. La distancia de este municipio a Bucaramanga es de 40 kilómetros en línea recta; por la carretera hay poco más de 60 kilómetros. Es un pueblo de 4.400 habitantes, pintoresco y bien administrado. Se cultivan en las tierras del municipio el tabaco, la yuca, el maíz; en los potreros de La Mesa se advierten hatos de ganado vacuno y lanar. Pero, al parecer, la ocupación primordial de los habitantes de esta región es el cultivo del tabaco, que, según las informaciones del señor alcalde del municipio, la cosecha de la hoja alcanza, con buen tiempo, a 10.000 cargas anuales. La carencia de aguas es un grave problema para los habitantes de Los Santos; la lluviosidad de esta región es sumamente escasa; hay sólo un pozo de agua en un circuito de muchos kilómetros, por lo cual los habitantes tienen que hacer verdaderas jornadas para recoger el precioso elemento, indispensable para la subsistencia. Por lo demás, el clima de La Mesa de Los Santos es sumamente suave y al parecer muy sano.

La “Cueva de los Indios”, lugar donde fue hallado el rico cementerio indígena que motiva nuestro estudio, se encuentra situada al suroeste del pueblo, en un punto de las formaciones rocosas que constituyen el cauce del río Chicamocha en esta región. La altura de la entrada a la cueva en mención mide cerca de 800 metros sobre el nivel del mar. La vía de acceso a la cueva es relativamente fácil en los dos primeros kilómetros, pero luego se dificulta en grado sumo, precisamente por lo rocoso de este territorio. La entrada es difícil y en parte peligrosa, pues hay que atravesar pasos sumamente malos, angostos y en partes

casi verticales, los cuales no pueden salvarse sino con el auxilio de cables y con sumo cuidado, pues a lado y lado se advierten enormes precipicios. Por esta razón se dificulta en extremo hacer un croquis de dicha cueva, lo mismo que el transporte de los elementos necesarios para hacer una excavación sistemática, y la sacada de los objetos que se encuentran en el interior de ésta.

La cueva está formada de un amplio sistema de hendeduras, callejones, galerías y ramificaciones de éstas, lo mismo de fosos naturales, los cuales se extienden a través de las rocas en diferentes direcciones y niveles. En un punto, donde se ramifican varias galerías, se advierte una grieta por donde penetra la luz, lo que hace que la ventilación de algunas partes de la cueva sea regularmente buena.

En la primera incursión que hice en la cueva, me dediqué especialmente al reconocimiento del terreno y del estado actual de los restos, los cuales observé dispersos en la superficie, en estado de deplorable destrucción, causada por los visitantes anteriores, quienes, desprovistos de todo criterio científico, habían revuelto la superficie completamente, en su afán de encontrar algún tesoro. Sin embargo, obtuve ya en esta ocasión la impresión de que en algunos lugares hay por lo menos dos estratos bien definidos, los cuales tienen sus características especiales.

En la segunda incursión tomé fotos de los diferentes lugares de la cueva, extraje pruebas de toda suerte de reliquias en cinco lugares diferentes de sepulturas; examiné el cimientó y practiqué una pequeña excavación sistemática en la capa superficial, la cual estaba destruida casi por completo. Aquí encontré, más o menos a 40 centímetros de profundidad, un entierro secundario, restos quemados colocados debajo de un plátón de barro. En esta ocasión pude delinear un croquis de los lugares excavados en este día.

También alcancé a explorar otra cueva, “La Cueva de la Loma”, en las cercanías del cementerio del municipio, situada en

la pendiente de La Mesa, a un lado del camino de herradura que conduce al Jordán. En esta cueva logré conseguir una vasija de forma muy particular, huesos humanos, fragmentos de cráneos y botones de collares.

### *Relato de los descubridores.*

Cuando visité la cueva por primera vez, ésta se encontraba en un estado lamentable de destrucción, lo cual puede comprobarse por una foto tomada en el lugar que yo denominé “Lugar de los entierros”.

En un lugar, donde según las informaciones de los Bárcenas – descubridores de la cueva- se halló un telar, sólo pude observar una aglomeración de palos y de armas destruidas, rodadas de galerías superiores cuando éstas fueron exploradas por manos inexpertas.

Toda la capa superficial está revolcada. Desde el primer momento me convencí de que la mayor parte de los restos humanos y del ajuar de los muertos ya no se encontraba en su lugar primitivo. Hay trechos donde los restos humanos, los trapos y los fragmentos de madera y de barro son tan abundantes que cubren densamente el piso y se destruyen al paso de los visitantes. Según mis observaciones, parece que originariamente los cadáveres y las ofrendas de la capa superficial estaban colocados, en parte sobre la roca virginal, en parte sobre pequeñas elevaciones de piedra y tierra naturales o artificiales. En estos lugares se encuentra una capa inferior, llena de huesos y restos quemados. La destrucción parece que alcanzó en parte también esta capa, probablemente en busca de oro. Sin embargo,

excavando en esta amplia zona de mayor devastación, pude encontrar en la capa inferior un entierro intacto.

Según mis observaciones, pude comprobar que esta destrucción en que se encuentra la “Cueva de los Indios”, no es el efecto de los años, ni de la descomposición natural. Tampoco es debida a los animales, pues los únicos que se encuentran en la cueva son murciélagos. Además, los relatos de los descubridores, testigos de esta destrucción, atestiguan mis deducciones después de mi inspección ocular.

El primero que penetró en la cueva fue José Antonio Bárcenas, echando adelante a su perro, que regresó con un trapo en el hocico. Siguiendo sus huellas, observó como él mismo dice: “... momias, por montones”, envueltas en grandes mantas, atadas con nudos, en la cabeza y en los pies, una momia encima de la otra, colocadas en posición tendida. “como pescado en lata”. Junto con las momias vieron los hermanos Bárcenas mucha cerámica, armas, utensilios de ocupaciones femeninas, como husos; y, según su relato, un telar.

Tal vez esta relación puede ser un tanto exagerada. Tengo mis dudas especialmente en lo que se relaciona con el telar. Pero las noticias más importantes fueron comprobadas por mis investigaciones sobre el terreno. La posición tendida de las momias la pude comprobar especialmente en el estudio que hice de una de éstas en Floridablanca, en posesión hoy en día de un particular, y que se halla en magnífico estado. También pude comprobar esto en un tronco de momia de adulto y en la momia de un niño, conseguidos para mi colección, lo mismo que en todos los fragmentos que pude examinar. La descripción de las envolturas también coincide con mis observaciones, pues descubrí un fragmento de tela pintada con uno de los nudos mencionados.

La cuestión de si posiblemente se encontró un telar en la cueva, debe ser estudiada con mayor cuidado y con más

detenimiento, pues en verdad, se encontraron en ésta fragmentos, tales como un “cuchillo de telar”.

Parece que las telas llegaron a ser la causa principal de la destrucción. Todos los que visitaban la cueva aspiraban a conseguirlas, tanto los aficionados como los simples comerciantes. Algunas de estas enormes mantas fueron cortadas con tijeras y vendidas por fajas. Supongo que una parte de estos fragmentos fue enviada al Exterior.

En cuanto a la fecha del descubrimiento, parece que fue en agosto u octubre de 1939.

#### A —*Corpus antropológico.*

##### Momias.

- 1) Sólo una momia escapó a la destrucción de los curiosos que penetraron en la cueva. Un señor, Simón Cornejo, la sacó y la guarda en su casa en Floridablanca. En esta momia falta únicamente una parte del pie izquierdo. Todas las medidas antropométricas pueden ser estudiadas en ella.
- 2) Momia de un niño, adquirida para la colección del Museo Arqueológico Nacional, conservada en buen estado, aunque se rompieron las piernas y los brazos.
- 3) Momia no muy bien conservada. Se observa una descomposición de las extremidades; la conserva también el mencionado Simón Cornejo, en Floridablanca.
- 4) Tronco de una momia. Se conservó sólo la parte superior del cuerpo con la cabeza y las partes superiores de los brazos.



Se observa todavía la lengua, muy bien conservada. Además, están conservados el corazón y partes de los pulmones, dice el señor Gustavo Ordóñez, quien guarda esta importante reliquia.

- 5) Cabeza momificada con restos de la columna vertebral. Colección del Museo Arqueológico.
- 6) Cabeza momificada, en posesión de Simón Cornejo, Floridablanca.
- 7) Cabeza con residuos de momificación más o menos considerables. (Colección del Museo Arqueológico).
- 8) Fragmentos de momias (partes de cuerpos y miembros aislados). (Colección del Museo Arqueológico Nacional).
- 9) Mano momificada, en posesión del dueño del Hotel Savoy, Bucaramanga.
- 10) Fragmentos de momias que quedaron en la cueva.

*Cráneos.* —Se encuentran cráneos de dos tipos diferentes:

- 1) Cráneos dolicocefalos con deformaciones sumamente particulares. La mayor parte aparentemente de sexo masculino.
- 2) Cráneos braquicefalos, en parte muy altos; este tipo predomina en las momias. Entre los cráneos de esta clase se advierten formas típicas de los cráneos chibchas. De ambas clases de cráneos pude adquirir un buen número para la colección del Museo Arqueológico Nacional, algunos con la mandíbula inferior. En la cueva quedan todavía muchos, y otros se encuentran en posesión de particulares.

El desarrollo de los estudios raciales y cronológicos que permite el descubrimiento de estos cráneos depende del análisis

profundo que se haga sobre éstos. Tengo la esperanza de que mis discípulos alcanzarán a adelantar este trabajo bajo mi dirección.

*Huesos.* — Logré coleccionar para el Museo de Arqueología huesos de toda clase, en diferente estado de conservación. Todavía se encuentran muchos en la cueva.

*Restos quemados.* — Toda la tierra que se encuentra en varios de los puntos rocosos de la cueva, está llena de restos quemados. Para la colección del Museo pude sacar un entierro entero de cremación. Además, extraje otras muchas pruebas de estos entierros secundarios, o de cremación, en varios puntos de la cueva

La cerámica de Los Santos, según mis observaciones superficiales sobre ésta, puede dividirse según la decoración en las siguientes categorías:

- A) Vasos con decoración roja sobre fondo amarillo. Tanto el color rojo de la decoración, como el amarillo que sirve de fondo, están generalmente destruidos. De este modo, la superficie de las vasijas sólo muestra hoy en día el color natural del material empleado en su fabricación, o una capa carbonizada.
- B) Vasos con decoración geométrica grabada.
- C) Vasos en los cuales la decoración B está rellena por una pasta blanca.
- D) Vasos no decorados.

Bajo el aspecto de la forma podemos clasificar la cerámica de esta manera:

- 1) Ollas globulares o esferoides con amplia abertura y bordes salientes, con dos asas.
- 2) Vasijas con un cuerpo globular, cuello de corte ovaloide y borde saliente.
- 3) Vasija cuyo recipiente está formado por un casquete cónico y un cono truncado. El cuello tiene la figura de embudo.
- 4) Vasijas de forma muy particular. El recipiente se compone de dos partes: una pequeña copa con corte semi-elíptico y un esferoide más grande. El cuello tiene la forma de un cono truncado en posición inversa.
- 5) Platón con tres pequeños picos en el borde.

En la colección que adquirí para el Museo Arqueológico Nacional, predomina el tipo 1A, y están representados los tipos 2B, 3D y 5A. De cada clasificación se encuentra un ejemplar. Del tipo 4A, posee el Museo una vasija completa y de otra los tuestos. En la colección del doctor Carvajal, Bucaramanga, predominan los tipos 2A y 1B.

## **Las telas**

Las telas, que constituyen lo más interesante de los hallazgos de Los Santos, se dividen en dos clases principales, encontrándose muchas variedades en una y otra.

### *A) Telas pintadas.*

Los fragmentos de esta clase que logré encontrar en la cueva y los que observé en las colecciones particulares, hacen parte de grandes mantas, en parte de color blanco o crema, en parte rojas, con motivos pintados en diferentes estilos y tintas. En diciembre todavía se conservaba una manta entera de esa clase,

“del tamaño de una cubierta de dos camas”, en Los Santos. Ahora sólo pude localizar restos de cinco mantas distintas. Los fragmentos más grandes y mejor conservados los guardan el doctor Carvajal y don Gustavo Ordóñez. La colección del Museo tiene únicamente tres pedazos, dos con dibujos muy finos y uno con el nudo de que ya hemos hablado. Este nudo demuestra con toda seguridad que las mantas pintadas sirvieron para envolver las momias, tal como lo sostienen los Bárcenas en sus relatos. Los dibujos se encuentran generalmente en la parte central.

### B) *Telas con decoración.*

Estas telas son en parte muy finas, de un tejido bastante consistente. De esta clase posee la colección del Museo suficientes fragmentos y muchos se encuentran todavía en la cueva.

Además de las telas, se encuentran en la colección del Museo tejidos de otra clase, probablemente de fique y muchos de hilo. Sería muy interesante saber si las telas de la clase B fueron usadas por los indígenas en sus vestidos. Pero esto requiere ya extensos estudios y nuevos descubrimientos. Las telas, su técnica, su uso y el significado de los dibujos de las mantas pintadas, serán el objeto de un trabajo especial.

El doctor Carvajal conserva el gorro de una momia indígena.

## **Los objetos de madera**

*Fragmento de un cuchillo de telar.* — Lo más interesante de todo el conjunto de utensilios que los antiguos Guanes, sepultados en la “Cueva de Los Santos”, usaban en vida, y que sus parientes pusieron al lado de sus momias, debe haber sido sin duda el telar, pero esto es un poco dudoso, puesto que no tenemos la prueba de su existencia en la cueva sino solamente el testimonio de los señores Bárcenas. Tengo que afirmar, no obstante, que un solo pedazo de madera que conseguí en Bucaramanga perteneció

seguramente a un telar. Además, en la colección del Museo Arqueológico se encuentran varios palos y grandes husos, que posiblemente pudieron formar parte de un telar. Algunos fragmentos de telares que guarda el señor Gustavo Ordóñez dan una mayor base para admitir la existencia de dicho telar.

*Husos.* — Además el cuchillo del telar, se encuentran en la colección del Museo y en las colecciones particulares de Bucaramanga, muchos husos.

*Tortero de madera.* — Muy interesante es un fragmento de huso con tortero de madera, procedente de la pequeña pero valiosa colección que el señor Miguel Ordóñez cedió amablemente para el Museo Arqueológico.

*Madera tallada.* — De la misma colección, hoy en posesión del Museo, procede un pedazo de madera con ornamentos tallados. Otro pedazo, de otra clase de madera y con dibujos distintos, conseguí en Los Santos.

*Armas.* — Los objetos enumerados anteriormente pertenecen casi en su totalidad al ajuar de las mujeres. Pero también pude conseguir dos armas largas de macana y tres tiraderas sumamente interesantes, que pertenecen al ajuar de los hombres.

## **Cesteria**

La cestería está representada por dos canastos, de forma cuadrangular, conservados en muy buen estado en la colección del doctor Carvajal.

## **Instrumentos de musica**

El doctor Carvajal guarda los fragmentos de una “flauta de pan”. Entre los objetos de la colección del señor Gustavo Ordóñez

se encuentra una trompeta muy interesante, hecha de la tibia de un animal, pintada de color rojo. Al soplar, esta trompeta produce un sonido fuerte y sonoro. Por falta de tiempo no me fue posible examinar con más cuidado este instrumento. Además tiene el señor Ordóñez una zampoña.

Al decir de las gentes de la población de Los Santos, se encontró en la cueva una trompeta hecha de un caracol de mar, con una boquilla de hueso. Este instrumento interesantísimo ha desaparecido, no se sabe quien lo posee en la actualidad.

## **Adornos**

Cuentas, discos y pedazos de collares, en varias formas y de materiales diferentes, encontré en gran número en todas partes de la “Cueva de los Indios”. (Cueva de Los Santos), lo mismo que en la “Cueva de la Loma”. También se encuentran muchos adornos en las colecciones particulares de Bucaramanga.

## **Metalurgia**

Se encontraron algunos objetos de oro en la cueva, pero éstos fueron seguramente muy pocos. Entre los particulares pude ver dos narigueras de oro y una de tumbaga, cuya adquisición me fue imposible.

En una de las vasijas que adquirí en Bucaramanga, se encontró un pedazo de metal (cobre), de origen dudoso.

## **Industria lítica**

La industria lítica falta casi por completo entre los hallazgos hechos en la “Cueva de Los Santos”. Sólo se observa este material en algunas cabezas de tiraderas.

Basándome en mis observaciones en el terreno, y en los estudios rápidos y superficiales del material de la colección por mi adquirida, lo mismo que las colecciones particulares de Bucaramanga, abrevio mi juicio sobre el carácter y valor del descubrimiento hecho en la “Cueva de los Indios” (Los Santos), en las conclusiones siguientes:

1. La cueva se compone de numerosísimas ramificaciones y hendiduras, corredores, galerías, callejones y pozos naturales. Supongo que hay varias ramificaciones aún no descubiertas. De aquí que exista la posibilidad de que se descubran en el futuro sepulturas de momias intactas. Además, el acceso primitivo que usaron los indígenas para entrar a la cueva, no se conoce hasta hoy.
2. Los restos humanos, las armas, los objetos de cerámica, los fragmentos de tejido y otros productos industriales, fueron extraídos de dos cuevas situadas cerca del Municipio de Los Santos, “La Cueva de los Indios” y “La Cueva de la Loma”. La mayor parte se halló en la primera, descubierta a fines de 1939 entre las rocas del río Chicamocha, al suroeste del pueblo. Ambos sitios arqueológicos representan cementerios indígenas protohistóricos, utilizados en diferentes épocas hasta los tiempos de la Conquista, y tal vez todavía en los primeros lustros de la Colonia, a juzgar por la forma de los entierros.
3. En algunos lugares hay estratos bien claros. En éstos se distinguen con absoluta claridad los restos de dos diferentes épocas y civilizaciones.

Constituye un verdadero problema el tratar de averiguar si los objetos hallados en la capa superficial pertenecen a una sola época o proceden de distintos períodos, y si han sido depositados por tribus diferentes.

Creo que hubo un período en que los cuerpos eran enterrados enteros, sin momificación o con una momificación deficiente. Sin embargo, las pruebas que puedo presentar para sostener esta hipótesis, un tipo de cráneo completamente distinto, variaciones en la tipología de la cerámica y de las telas, pueden ser interpretadas en otro sentido. De aquí que deba aplazar mi juicio final hasta tanto pueda practicar estudios más a fondo.

4. La civilización más reciente, representada por los entierros de cuerpos momificados, perteneció posiblemente a los Guanes, y con esto al grupo cultural que formaron las tribus de la familia lingüística chibcha. El tiempo de su florecimiento debió haber sido el período de la Conquista, el siglo anterior y tal vez los primeros lustros de la Colonia. Las reliquias de la capa superficial dan una imagen perfecta del estado cultural que encontraron los conquistadores entre los pueblos chibchas, descrito por los primeros cronistas. Se trata de una corriente particular dentro del complejo cultural chibcha, con entierros de cadáveres en posición extendida, costumbre funeraria comprobada también en Panamá y Sopó por investigaciones arqueológicas.
5. En el *corpus* tipológico de la civilización mencionada se observan características locales muy interesantes. Sin embargo, la civilización debe clasificarse en un conjunto cultural más amplio, que alcanzó por lo menos Piedecuesta en el Norte y Oiba en el Sur. Una clase de cerámica de Los Santos se encuentra también cerca de Piedecuesta. Motivos de las telas pintadas se repiten en las pinturas de la cerámica de Oiba.
6. En la capa inferior, se documenta una civilización de costumbres completamente distintas, con cremación y sepultura secundaria bajo vasijas de barro. Parece emparentada con otras cuyos representantes practicaban las mismas costumbres, tal como



observamos, por ejemplo, cerca de Ocaña, donde se encuentran urnas funerarias con figuras humanas en la tapa (Cultura de Mosquito). Por casualidad pude comprobar que esta civilización se extendió hasta Lebrija.

7. En un ejemplar de la cerámica de Los Santos, se observa una técnica conocida en Panamá, Tierradentro y Ecuador. Este hecho comprueba la importancia de los sitios arqueológicos de Santander para el desarrollo de los problemas generales de la prehistoria americana.

El resumen del análisis físico-químico practicado sobre algunas muestras de la cerámica de Los Santos, por el Profesor Estiliano Acosta, es el siguiente:

“El material está compuesto de elementos que regularmente constituyen los barros o arcillas, y acusa a simple vista la presencia de mica. En muchos ejemplares se distinguen dos capas. Todas las pruebas demuestran que las arcillas escogidas como materia prima para la fabricación de los objetos, eran muy plásticas. Las vasijas no fueron sometidas a cocción en hornos. Lo cual es posible que se haya realizado en hogueras al aire libre y, desde luego, a bajas temperaturas; no se utilizaron componentes distintos a las arcillas naturales para la preparación de los objetos, es decir, que no conocieron o no utilizaron para este fin minerales pulverizados que tuvieran por objeto cambiar el color natural de los barros. Por último, los objetos fabricados no fueron sometidos exterior ni interiormente a la acción de una misma temperatura; indudablemente el vapor de agua que se desprendía del interior de la vasija durante la cocción impedía que la capa interna sufriera la acción de la temperatura exterior. Así pues, las operaciones, a) preparación de la tierra, b) elaboración del objeto, y c), cocción del mismo, fueron muy primitivas, o tuvieron el carácter de una técnica muy rudimentaria”.

8. Los fragmentos de mantas pintadas adquiridas en la “Cueva de Los Santos”, son los primeros originales que representan una característica de la civilización chibcha, bien conocida por las descripciones de los cronistas. El área de la distribución de estas telas se extendía desde Nicaragua hasta los valles de los ríos Cauca y Magdalena y hasta los territorios de los actuales Departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander. Describiendo las vestiduras de las tribus que encontró Ambrosio Alfinger, en Santander, cerca de la Mesa de Los Santos, dice Oviedo: “Traían todos mantas de algodón cubiertas, así hombres como mujeres, muy pintadas estas mantas”.

Parece que los indígenas tenían tres métodos distintos para aplicar los dibujos a las telas: con sellos, con rodillos y con pincel. En las telas de Los Santos se advierte especialmente la tercera técnica. Los elementos particulares de los dibujos se observan también en parte en la decoración de la cerámica de Los Santos y también en parte en la de vasijas de Oiba y Sopó. El método muy característico de agrupar los elementos decorativos a manera de los dibujos de los naipes, revela influencia del arte chortega (Nicaragua), en el cual es típica esta forma de decoración. Otra clase de tejidos muestran analogías tecnológicas con los Incas peruanos.

9. El arte del tejido debió haber estado relativamente adelantado. Las telas son muy fuertes y la decoración en parte artística. La anchura de las mantas se calcula, de orla a orla; en 1,60 metros (término medio); la altura no se puede reconstruir con seguridad, pero parece que en algunas alcanzaba a dos metros y más; posiblemente hubo ejemplares aún mayores. Oviedo refiere que durante su visita a la ciudad de Santa Marta vio mantas de algodón con dibujos entretejidos, las cuales median de seis a siete varas de largo y de ancho la mitad.

En todas las mantas de la colección de Los Santos, inclusive las pintadas, se observa una división en tres partes: una central generalmente la más ancha, y dos laterales casi iguales.

10. Las armas encontradas por mí en la Cueva de Los Santos, fueron varias macanas y tres tiraderas.

La *tiradera* o propulsor es un instrumento para lanzar dardos.

El gancho pequeño (hecho generalmente de madera, hueso o piedra), colocado en uno de sus extremos, servía para sujetar la base del asta del dardo; el otro gancho (siempre de madera), colocado en el extremo opuesto, servía para apoyar el índice. Esta arma es típica en el *corpus* de la cultura material de los chibchas; se encuentra también entre los mayas y mejicanos y entre algunas tribus del Ecuador. En todas estas civilizaciones representó esta arma la herencia de culturas antiguas y primitivas, generalmente de tribus de cazadores y procede probablemente de la Oceanía.

Según el Método Histórico Cultural, es una de las características principales del “Ciclo de la gran caza”, lo mismo que la choza de sección redonda con techo cónico. (En muchas partes de Colombia, por ejemplo, entre los aruacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre los antiguos taironas y entre los muiscas, se encuentra esta choza de sección redonda con techo cónico). También es característico de este ciclo la pintura corporal (muchas veces mencionan los cronistas a los guerreros embijados de las tribus que poblaban el territorio colombiano), el culto solar y el totemismo.

El área del ciclo de la gran caza es: Australia, Oceanía y partes de América. En este último continente está representado por las tribus aisladas de cazadores de la Amazonia, diseminadas en el territorio de los aruaco-tupi-caribes; por los indios de la

Pradera, y en las capas más antiguas de las civilizaciones andinas y mejicanas.

11. Entre los adornos se encuentran principalmente discos de concha, hueso, piedra y otros materiales, con los cuales se hacían los collares, brazaletes y pulseras, muy comunes entre los chibchas y los pueblos antillanos y amazónicos. Los collares hechos de concha de mar, atestiguan las relaciones comerciales entre la región de Los Santos y la Costa. Discos y canutillos de la misma clase de la de los encontrados en Los Santos, halló Alden Mason en gran número entre los antiguos pueblos de la región Tairona.

Finalmente, los antiguos habitantes de la región de la Mesa de Jéridas (Mesa de Los Santos), pertenecían a dos tribus principales: los guanés y los yariguies. Los primeros ocupaban el norte del río Chicamocha o Sogamoso: La Mesa de Los Santos o de Jéridas y parte del territorio del Municipio de Piedecuesta; y el sur del mismo río: la región comprendida por los Municipios de Barichara, San Gil, Socorro, Charalá y Oiba, y tal vez una zona más al sur; en general, una región de clima templado. Los yariguies se deben localizar en el valle del río Lebrija, cerca de Girón, en el valle de Chicamocha y en todos los valles y tierras calientes situados entre este río y el Opón hasta el Magdalena.

El doctor Carvajal, basándose en investigaciones hechas en esqueletos y en los actuales descendientes de ambas tribus, calcula la talla general de los antiguos guanés y yariguies en 1,65 metros. La talla de los cadáveres sepultados en la Cueva de Los Santos es un poco menor. La única momia que se conserva en buen estado mide 1,45 metros. El término medio, calculado de las medidas de siete fémures, según las fórmulas de Manouvrier, es de 1,608 metros.

De lo anterior se deduce la importancia que para la Arqueología colombiana y americana tiene la región de

Santander, especialmente la de la Mesa de Jéridas. Los trabajos que puedan realizarse en el futuro justificarán todavía más mis apreciaciones y arrojarán más luz sobre los problemas que aún quedan oscuros.

Reportaje especial concedido a la revista *Estampa*, Bogotá, número 67 (1940)

R. León Amaya

En el número de la semana pasada llamábamos la atención a nuestros lectores sobre el importante descubrimiento arqueológico del pueblo de Los Santos; eran simples sugerencias nada más, en espera de que el investigador especial de aquel descubrimiento nos hablara posteriormente de la realidad, en términos técnicos y con datos suministrados por la ciencia. Acaba de regresar a Bogotá el ilustre científico después de una permanencia de diez días en el lugar donde se encuentran los vestigios prehistóricos que han venido ocupando la atención de los interesados por estas materias y del público en general.

El doctor Schottelius estuvo trabajando durante largos años en el Museo Arqueológico Ibero-americano de Berlín y desde allí se ha dedicado con verdadera asiduidad científica a estudiar los grandes problemas étnicos de los pueblos americanos. Viajó luego por Centro América para observar de cerca los restos de razas importantes como la Azteca, Zapoteca y Maya, y actualmente es catedrático de la Facultad de Ciencias de la Educación.

Lo sorprendemos en su gabinete de trabajo; se le hace muy extraño nuestra presencia allí pues es hombre de una gran modestia, eso sí, a una exquisita amabilidad.

—Sigan ustedes, nos dice, y nos encontramos frente a unas mesas en las que vemos calaveras, cerámicas, huesos de toda especie y toda clase de objetos prehistóricos.

— “Estampa” ha hablado de usted y de la misión que estaba desarrollando en estos días; queremos decir al público lo que ha encontrado.

Nos hace sentar y en una forma muy llana y clara nos va diciendo:

—He de declararles, en primer término, que se trata de un cementerio simplemente y no de una ciudad indígena. Cementerio que está situado en una cueva natural que se compone de un sistema amplio de hendiduras y corredores en la roca y que se extiende en todas direcciones y a diferentes niveles, bastante difícil de dibujar pues es peligrosa la penetración muy hacia adentro. Hay partes de dicha cueva no descubiertas todavía y es de anotar que la entrada actual no es la que tuvieron los indígenas. Esta cueva fue descubierta hacia el mes de agosto del año pasado por dos muchachos Bárcenas, José Antonio y Adolfo, y está situada a tres kilómetros del pueblo de Los Santos, yendo hacia el río Chicamocha que pasa abajo por entre un cañón profundo y escueto.

Los muchachos vieron momias enteras por montones, envueltas en grandes mantas cerradas arriba y abajo con nudos. Las momias se encontraron en posición horizontal, en parte unas sobre otras, como pescado en lata. Cuando entré a la cueva ya había habido una gran destrucción por los curiosos imprudentes que al tratar de arrancar las telas dañaron las momias y revolcaron toda la capa superficial. De esta manera se perdieron telas de gran valor científico y artístico. Aficionados serios salvaron otras partes.

—Podría saberse en que época más o menos fueron colocados allí esos cadáveres?

—Estos cementerios los usaron los indígenas en diferentes épocas: hay varias clases de entierros que tal vez corresponden a culturas distintas: se distinguen con claridad por lo menos dos épocas y civilizaciones: la capa superficial, caracterizada por las momias, corresponde a la época de la Conquista y de la Colonia, bien que no se nota ninguna influencia cristiana; en cuanto a la capa inferior, mucho mas antigua, es difícil fijarle fecha precisa, y en algunas partes ya existe una clara estratificación.

—Cuales son las características fundamentales de esas dos capas?

—La superficial, de civilización más reciente, representada por las momias, las telas de dos clases, una con motivos tejidos, otra con dibujos pintados. La otra capa más antigua, con costumbres funerarias completamente distintas, permite observar el uso de la cremación y sepultura de los restos quemados bajo platonos de barro.

—Dadas las modalidades anteriores, se podría saber a qué grupo de nuestras grandes tribus pertenecieron?

—Según Castellanos y Piedrahita la técnica de las telas pintadas es de los Chibchas, por manera que aquellas momias pertenecen sin duda a la importante tribu de los Guanes que fue una derivación del gran grupo cultural de los Chibchas. Según mis observaciones, dicha cultura se extendió hasta Piedecuesta por el norte y hasta Oiba por el sur; dichos motivos pintados se repiten en la cerámica de Oiba.

De esta capa superficial, podría guardarse para la colección del Museo Arqueológico, muchos fragmentos de momias, una momia entera de un niño y calaveras, pedazos de telas, ejemplares de cerámica y objetos de madera como armas, parte de un telar, husos, etc.

En cuanto a la capa inferior, parece que se trata de restos de tribus emparentadas con otras civilizaciones de origen amazónico y de la Costa. Esas civilizaciones pueden ser principalmente la denominada Mosquito que tuvo por centro principal Ocaña que también practicó la cerámica y la sepultura de los restos en urnas. Dicha civilización de Mosquito se extendía por el Sur hasta el Lebrija.

—A propósito se nos ocurre interrogarlo sobre los Caribes y nos contesta:

—Según los antiguos cronistas, con ese término se quería significar un pueblo salvaje y antropófago; la ciencia moderna abarca con dicha palabra una familia lingüística y nada más.

Estamos frente a una mesa en la que se encuentra un grupo de cráneos traídos precisamente del lugar de la exploración. Echamos una ojeada y le preguntamos que nos dice sobre ellos.

—He de manifestarles que en el cementerio a que nos estamos refiriendo hay dos clases de cráneos; el uno muy particular, dolicocefalo, con deformaciones artificiales; el otro de tipo chibcha es braquicefalo. No puedo informarles mas sobre el particular; solamente he de advertirles que el estudio profundizado de dichos cráneos promete interesantes revelaciones y a ese estudio pienso dedicarme detenidamente.

—Qué elementos de estudios aportó usted a su exploración?

—Además de los cráneos que tienen a la vista, traje cerámicas, telas, objetos de madera, restos quemados y pruebas de tierras, objetos todos que ingresarán al Museo Arqueológico de la Biblioteca Nacional.

—Cómo se explica un cementerio de esta naturaleza en aquella región?



—Sin duda, aquella parte estuvo muy densamente poblada por los aborígenes. Además es digno de notarse que se trata de un cementerio local pero no único; en la misma región hay varias cuevas que tuvieron igual finalidad.

—Se nos ha dicho que se trata de un cementerio de mujeres exclusivamente?

—La mayoría de las momias es de mujeres, pero hay también algunas pertenecientes al sexo masculino.

—En su concepto, doctor, qué es lo más interesante de estas exploraciones y estudios?

—Sin duda alguna lo más importante y sugestivo de estas averiguaciones es la relación de dichas civilizaciones con las norte y sur; en la colección de cerámicas, v. g., se encuentra una vasija cuya decoración tiene muchas semejanzas con la de Panamá y el Ecuador.

Nos sentimos extraordinariamente cautivados por el tema de nuestra charla y procuramos no perder una palabra; quisiéramos que el tiempo no nos arrebatara tan magnífica ocasión de oír cosas del más vivo interés; insistimos en hacerle más preguntas pero, con la misma cortesía que al principio, nuestro interrogado nos dice:

—Es todo lo que tengo por el momento para decir; hay otras muchas cosas importantísimas pero que me exigen un estudio más detenido para darlas al público. Quiero que ustedes, en tan importante órgano de publicación, hagan constar la colaboración eficiente que se me prestó por parte del gobierno nacional y departamental y del Alcalde del municipio de Los Santos, quien me facilitó toda clase de ayuda.

Como se ve, el tema es de los más interesantes para agitar la curiosidad de los intelectuales y bien vale la pena de que el

gobierno continúe prestando decidido apoyo a estos estudios que vienen a iluminar tantos rincones oscuros de nuestra historia y prehistoria.

## **Diario**

Bucaramanga, sábado 1 de marzo de 1941.

A las 8 y 20 a.m. llamé por teléfono al gobernador del Departamento, al director de Educación Nacional, al presidente del Centro de Historia de Santander y al alcalde de la ciudad. El primero me dijo que no podía atenderme hoy porque estaba muy ocupado: tenía una junta y no podía conceder audiencia sino hasta el lunes; el segundo no se encontraba en la ciudad, ni se sabía en su despacho cuando regresaría. Del Centro de Historia no contestaron a pesar de haber llamado varias veces. El alcalde me invitó a su despacho, adonde me dirigí inmediatamente. Me recibió muy atentamente y, después de leer la carta de la Dirección de Extensión Cultural, me informó sobre los hallazgos de “Morro Rico”, al oriente de la ciudad. Él personalmente, con otros más, estuvo visitando el lugar del cual me dijo, en resumen: se trata de un cementerio indígena en una pequeña meseta, con unas 5 ó 6 depresiones que indican, probablemente, la presencia de sepulcros de pozos con cámaras. Se excavó uno solo de estos sepulcros y se encontraron huesos y cerámica. Al preguntarle si sería posible un estudio del material adquirido

contestó muy vagamente que no sabía dónde se encontraría, y que además, ese estudio no lo creía de importancia ya que en una nueva excavación se podían conseguir, con seguridad, muchísimos más materiales que los ya adquiridos. Al efecto propuso una excursión al lugar para el lunes a las 7 a.m. en la cual se realizaría una excavación, comprometiéndose la Alcaldía a facilitar dos peones.

Después de varias llamadas telefónicas al Colegio Santander, obtuve una cita con el profesor Julio V. Cáceres para la 1 ½ p.m., en mi pieza. Entretanto busqué al doctor Gustavo Umaña, para quien tenía una recomendación particular de su tío, Sr. Alberto Umaña, residente en Bogotá. Tanto el Dr. Umaña como sus hermanos mostraron gran interés por la arqueología y prehistoria de Santander; me dijeron que son amigos del señor Miguel Ordóñez, quien me entregó hace un año su pequeña colección de antigüedades de Los Santos (véase mi informe de febrero de 1940, página 26). El doctor Umaña me presentó a la señora Elvira V. de Mantilla, propietaria de “Morro Rico”, quien me manifestó que las informaciones de la prensa eran falsas, pues el joven que realizó las excavaciones en su terreno no había encontrado nada. Sin embargo afirmó que hace tiempo se habían encontrado allá dos piezas de cerámica que se perdieron. Me ofreció mostrarme el terreno el lunes por la tarde. Pero en vista de la contradicción existente entre sus informaciones y las del señor alcalde, resolví agradecerle su ofrecimiento y no responderle concretamente sino el lunes al mediodía por teléfono.

De una entrevista a la 1 ½ p.m., con el profesor Julio V. Cáceres, resumo lo siguiente: confirmó la existencia de un cementerio indígena en “Morro Rico”; aseguró que en los alrededores de la ciudad hay muchos sitios arqueológicos, interesantes, aunque de valor secundario en comparación con el de la Cueva de Los Santos; me informó de una excursión a este lugar a la cual asistieron unas 20 personas, entre ellas el gobernador, el director de Educación, el geólogo del Departamento, el rector del Colegio Santander y

él. De sus descripciones concluí que, deplorablemente, la explotación ilegal de la cueva progresó muchísimo después de haberse retirado la guardia policial, hace ya varios meses.

El mismo profesor Cáceres tuvo la gentileza de llevarme al Colegio Santander, donde me presentó al rector, don Aureliano Rueda, con quien conversamos no solamente acerca de la importancia de la Cueva de Los Santos sino además sobre toda la región comprendida entre la Mesa y el río Chicamocha. Tanto él como mi acompañante me aseguraron, dándome relación detallada del terreno, etc., la existencia de muchas otras cuevas. Ambos estuvieron de acuerdo en que la capa superficial de las galerías de la Cueva de Los Santos, que ellos visitaron, está completamente desalada. La capa inferior parece menos afectada. El Sr. Rueda insinuó que es necesario que el Gobierno adquiera la momia que se encuentra en la casa del señor Simón Comejo en Florida blanca (véase mi informe de febrero de 1940, pág. 27), la cual, como él mismo pudo comprobarlo, se ha dañado en parte.

A las 7½ p.m. me dirigí a la residencia del Dr. Carvajal, con quien muy cordialmente hablé sobre todos los problemas científicos acerca de los hallazgos de la cueva de Los Santos. Ya él ha adelantado un estudio importante sobre la antropología y sobre la composición química de las tintas utilizadas para las telas pintadas. Insinuó lo mismo que Don Aureliano Rueda: que el gobierno debe reclamar la momia de Floridablanca. Lamentó la ausencia de la ciudad del director de Educación Nacional, doctor Horacio Rodríguez Plata, en quien reconoce un gran interés por todos estos estudios, prometiéndome presentármelo apenas llegue. Me dio los nombres del presidente del Centro de Historia de Santander, don Luis González Mutis y del secretario, Sr. Miguel Roberto Sarmiento. Por último, el Dr. Carvajal me prometió su ayuda para el desarrollo de los trabajos en el Seminario Geográfico-etnológico de la Escuela Normal Superior, en la adquisición de publicaciones, y además facilitando el material que él mismo ha coleccionado.

Domingo 2 de marzo de 1941.

En las horas de la mañana recibí en mi pieza la visita del señor Miguel Roberto Sarmiento, secretario del Centro de Historia de Santander, quien muy atentamente me informó que el Centro no ha recibido nada de los supuestos hallazgos de “Morro Rico” y que se trata, como ya lo comunicaron al Ministerio de Educación, de una “farsa”. Se mostró partidario de una colaboración íntima con la Sección de Extensión Cultural para adelantar las investigaciones arqueológicas en Santander, y lo mismo que el Dr. Martín Carvajal, reconoce en el Dr. Horacio Rodríguez Plata, director de Educación Nacional, un gran interés en todos estos problemas, prometiéndose, también, a presentármelo apenas llegue. Me propuso, dado un fracaso en la excursión de mañana, una rápida inspección de una guaca en Palonegro, municipio de Girón, donde contaríamos con la ayuda del alcalde, don Pacho Reyes Duarte, miembro del Centro de Historia y quien, según él, posee un archivo y una colección prehistórica importantes.

Lunes 3 de marzo de 1941

A las 7 a.m. me dirigí a la Alcaldía, donde encontré al práctico, Sr. Leoncio Gómez, con su ayudante. A las 8 a.m. llegó el alcalde, Dr. Pedro Gómez Parra, y nos facilitó un automóvil para que nos condujera a “Morro Rico”. A las 8 ½ a.m. comencé la inspección del terreno. El práctico me hizo un corto relato de las excavaciones anteriores, algunas hace ya dos años y la última solamente 15 días, que fue a la que se refirió la prensa, quizás exagerando los resultados. La dueña del terreno me dijo que no se encontró nada, pero el práctico aseguró que él mismo encontró 3 vasijas, de las cuales una la tiene la misma propietaria del terreno, otra el director de Educación Nacional, y la última el mayor Cuéllar. Realizamos varias excavaciones sin obtener ningún éxito. No obstante, en la última hubo indicios de poder conseguir algo (véase el Anexo I). A las 5 p.m. fue necesario suspender el trabajo porque la señora Elvira viuda de Mantilla, propietaria del terreno, mandó a su chofer para decirme que ella no había autorizado esas excavaciones. Entonces,

aprovechando el automóvil de la misma señora, fui a hablar con ella a donde se encontraba, un colegio de los jesuitas, de donde seguí con ella hasta su residencia. Me dijo que el alcalde le había informado que él tampoco había dado permiso para esas excavaciones, sino únicamente para una inspección ocular del terreno. Anoto que en contraste con su declaración, él mismo contrató al práctico y a su ayudante, exigiéndoles ante todo las herramientas para tales excavaciones. Oído esto le pedí excusas a la señora, y llamándole la atención sobre la ley 103 de 1931, le solicité permiso para continuar mañana mis investigaciones, a lo cual ella me prometió contestarme por teléfono a las 9 p.m.

A las 8 p.m. el señor secretario del Centro de Historia de Santander, don Miguel Roberto Sarmiento, me presentó en el Hotel Rosedal al doctor Horacio Rodríguez Plata, actual director de Educación Nacional, quien se mostró sumamente interesado por la realización de una investigación general de todos los sitios arqueológicos del Departamento, y de una vez, elaboramos un proyecto, calculado para 2 ó 3 meses de trabajo, con enumeración de las regiones más importantes, y con un presupuesto aproximado de gastos (véase el anexo II). Para el desarrollo de los trabajos en el Seminario geográfico-etnológico de la Escuela Normal Superior, tanto el Dr. Rodríguez Plata, como don Miguel Roberto Sarmiento, me proporcionaron datos bibliográficos interesantes. A las 9 p.m. recibí de la señora viuda de Mantilla la respuesta que me había prometido. Dijo que concedía permiso únicamente un solo día, y con la condición terminante de que todo lo que se encontrara sería de su propiedad. Como era natural, yo no podía aceptar esto, y el Sr. alcalde, don Pedro Gómez Parra, que casualmente se encontraba en el restaurante del Hotel Rosedal, se comprometió a arreglar el asunto con la señora viuda de Mantilla.

Martes 4 de marzo de 1941

A las 8 a.m. fui a la Alcaldía acompañado del práctico, señor Leoncio Gómez, y de su ayudante, donde recibí del señor alcalde una carta-permisó para la continuación de las excavaciones en “Morro Rico”. Envié al práctico y a su ayudante al lugar mientras yo me entrevistaba con el Dr. Rodríguez Plata en su despacho, donde me entregó dos números de la revista *Estudio*, del Centro de Historia de Santander, y una carta, la cual va adjunta a este informe. Después tomé varias fotografías de objetos de la colección particular del Dr. Martín Carvajal e inmediatamente seguí para “Morro Rico”. La última excavación de ayer, al continuarla, mostró el piso firme a los 1.70 m., sin ningún éxito. Dos excavaciones más tampoco resultaron (véase el anexo I).

Teniendo en cuenta que por la falta de elementos y de tiempo no era posible una investigación completa del lugar, y considerando además que el posible éxito de estas excavaciones es muy dudoso, resolví suspender el trabajo a las 2 p.m., llevándome, como única prueba evidente de la existencia de antigüedades, un pedazo de una “mano de moler”.

Fdo.  
Profesor Justus Wolfram Schottelius.

## **Anexo I**

### *El sitio arqueológico de “Morro Rico”*

Cerca de la carretera Bucaramanga-Pamplona, a una distancia aproximada de 2 a 4 kms. de la ciudad, se encuentra una loma que pertenece a la hacienda de la señora Elvira viuda de Mantilla, con una altura de 15 a 20 m. desde la carretera. La cima es plana y se extiende hacia el Sureste y el Noreste, casi en ángulo recto, muy removida para la siembra, por lo cual no se pueden apreciar bien las manifestaciones de la posible existencia de entierros. Hay en el plano algunas matas de plátano y árboles de “caracolí” y de “cucharó”; en las laderas, siembras de yuca. En

la cima, de sureste a noroeste, se encontraba una hilera de 4 excavaciones (en el croquis, números 2, 3, 4 y 5). Los números 3, 4 y 5 las realizaron, según los relatos de la propietaria del terreno, y del práctico señor Leoncio Gómez, hace 2 años, poco más o menos. En las números 4 y 5 se observa sólo una pequeña cavidad con matas de plátano en el centro. La número 3 es más profunda, pero está rellena en parte con tierra y plantas. La número 2 es la más reciente y muestra la forma de la huaca llamada “el tambor” (cajón circular con cámara sepulcral abovedada). Sin embargo es muy irregular.

En la otra parte del plano, la que se extiende hacia el sureste, se encontraba una excavación profunda, pero llena completamente de palos de yuca y de basura (en el croquis, número 1). Más al sur se observan las huellas de 3 huacas más (en el croquis, números 6, 7 y 8), con matas de plátano en el centro. Alrededor de éstas y en otras partes, hay huellas de fosas de excavaciones anteriores.

Las informaciones acerca de las personas que realizaron esas excavaciones, así como acerca de los hallazgos, son contradictorias. Parece seguro que la última excavación (número 2) la hizo el Sr. Gómez, quien realizó también algunas de las anteriores. La número 1 la ejecutó el Mayor Cuéllar valiéndose, según todas las informaciones, de soldados.

En lo que se refiere a los hallazgos, casi todo el mundo considera que las informaciones dadas por la prensa son exageradas. Según la Sra. Elvira M. viuda de Mantilla, se hallaron únicamente, hace unos dos años, algunas vasijas y un hueso. En la excavación más reciente, ejecutada hace 3 semanas poco más o menos, se encontró solamente una piedra labrada. Es interesante que el Sr. Gómez en mi primera inspección al lugar me dijo que él había encontrado en la huaca número 2 el pedazo de la mano de moler y 3 vasijas de las cuales agregó que tenía una la viuda de Mantilla, otra el Mayor Cuéllar, y la última, el director de Educación Nacional. Después se contradijo al siguiente día



asegurándome que en esa excavación únicamente había encontrado el pedazo de la mano de moler y que las vasijas las había hallado había unos 2 años, en una de sus excavaciones. En cuanto a restos humanos manifestó que él no había encontrado nada, pero que sabía que sí los hubo en la huaca número 1, excavada por el mayor Cuéllar. El pedazo de la mano de moler lo saqué de la tierra de la excavación de huaca número 2.

La primera inspección la realicé el lunes 3 de marzo a las 8 ½ a.m. Al ver el terreno con la capa superficial tan removida, consideré que para realizar una verdadera investigación con resultados ciertos, es necesario hacer fosas en distintas direcciones en todo el terreno, con una profundidad mínima de 0.50 m. Por la falta de tiempo y de obreros esto no fue posible. Me resolví, pues, a hacer pruebas al azar, siguiendo la dirección y guardando la distancia de las excavaciones ya realizadas. Ejecuté una en cada extremo de la hilera sureste-noroeste, pero sin ningún resultado. La del noroeste, la extendí hacia esa dirección porque el Sr. Gómez, guiándose por el estado de la tierra, creía que allí habría una huaca. Pero después vimos que no había nada. Inmediatamente hice que el señor Gómez buscara un sitio en el cual, según su experiencia, creyera que había un entierro. Excavamos en el vértice del ángulo recto que forma la cima, y al principio pareció que resultaría algo puesto que se marcaban debajo de la tierra removida, señales de la pared de un pozo circular y tierra removida y pisada, según el práctico Gómez, características del tapón de las huacas en los alrededores de Bucaramanga. Pero a una profundidad menos de 0.50 m. se presentó la tierra virgen. En vista de estos fracasos resolví examinar la excavación número 1 y, después de limpiarla, aprecié muy bien la forma característica de los entierros de la clase “el tambor” (figuras 1 y 2). Se encontraba sobre el piso de la bóveda una capa de tierra removida de 0.60 m. de altura. Se buscó cuidadosamente hasta el fondo mismo y sólo se encontró una *tapita de cerveza*.

Después el señor Gómez comenzó a excavar el pie de una mata de plátano, muy cerca de la ladera, afirmando categóricamente que encontraría una huaca. Yo supuse desde el primer momento, que se trataba de un hoyo que se hizo para sembrar la mata. Al día siguiente, al continuar esta excavación, a una profundidad de 1.70 m. se encontró el piso firme de la tierra virgen, sin haberse hallado nada. Otro ensayo más, ejecutado en el sitio número 5 tampoco dio resultado.

- 1<sup>a</sup>. Es indudable que hay en “Morro Rico” manifestaciones de habitación o de entierros indígenas (hallazgos de cerámica y del pedazo de una mano de moler).
- 2<sup>a</sup>. La única prueba de que se trate de un cementerio es la forma de las excavaciones, característica de los entierros de la región del nordeste de Bucaramanga. El Dr. Martín Carvajal posee una finca al sureste de “Morro Rico” en la cual descubrió, con ocasión de la construcción de una carretera, un entierro de esta clase, pero con la diferencia muy significativa de estar relleno el pozo con tierra muy distinta de la de los alrededores de esta huaca. La tierra de “Morro Rico” es arenosa y rojiza. La de la finca del Dr. Carvajal es roja; y la del relleno era negra. Esta diferencia no se observa en “Morro Rico”. En la bóveda se encontró un esqueleto y la copa de la fotografía número 15/16.
- 3<sup>a</sup>. No me fue posible saber a qué profundidad se encontraron los hallazgos. Además, faltan pruebas seguras de la existencia de restos humanos. Por consiguiente, creo que tal vez se trate sólo de un lugar de habitación.

Bucaramanga.

Fdo.  
Profesor Justus Wolfram Schottelius.

## **Anexo II**

Proyecto de una investigación arqueológica en Santander.

I. Las regiones en las cuales debe desarrollarse los trabajos de investigación y de excavación, son:

- 1) La Mesa de Los Santos y parte central del valle del Chicamocha.
- 2) Regiones de Girón, Palonegro y Lebrija.
- 3) Región norte de Bucaramanga.
- 4) Región de Butaregua y Barichara.
- 5) Región de Macaregua en San Gil.
- 6) Región de Guapotá (finca de La Judea).
- 7) Región de Oiba.
- 8) Región de El Jordán, municipio de Suaita.
- 9) Cueva en el municipio del Páramo.
- 10) Región de Chanchón en el municipio del Socorro.

II. Organización y presupuesto:

El equipo:

1	El técnico
2	Un ayudante
3	Un ayudante
4	Un práctico (Leoncio Gómez)
5 a 7	Tres peones

Presupuesto para dos meses de trabajo:

<i>Sueldos</i>	Un mes	Dos meses
El práctico	50.00 100.00	
Tres peones	36.00 216.00	
<i>Viáticos</i>		
El técnico	150.00	300.00
Dos ayudantes	90.00	360.00
El práctico	30.00	60.00
Tres peones	24.00	144.00
Vehículos	200.00	
Elementos e imprevistos		200.00
<i>Total</i>		1.580.00

Fdo.  
Justus Wolfram Schottelius.

### **Anexo secreto**

Tanto el desarrollo de los trabajos de investigación y excavación arqueológicas, como la adquisición de los objetos procedentes de hallazgos ocasionales, son perjudicados por una vasta gaaquería, en la cual intervienen personas de todas las categorías, lo mismo que por el desconocimiento y la ineficacia de la ley 103 de 1931 y el sentimiento regionalista de los aficionados.

El gaaquero, propiamente dicho, el tipo conocido del Occidente del país, hombre humilde y trabajador, poseído de la idea fija de encontrar algún día un gran tesoro de oro, siempre desilusionado pero nunca desanimado, está representado en Bucaramanga por el Sr. Gómez, llamado “el manco”, pues le falta la mano derecha. A pesar de este defecto físico, es muy hábil, como pude observarlo durante las excavaciones de “Morro Rico”.

Tan perniciosos o más que los gvaqueros son las personas de las clases sociales elevadas, que se pueden denominar “gentleman-gvaqueros”. Algunos, como los verdaderos poseídos de la creencia en grandes tesoros ocultos, obligan a éstos a excavaciones clandestinas en sus terrenos; otros, movidos por una afición seria a los objetos de la arqueología o por un interés comercial, solicitan y compran momias, cerámica y cualquier manifestación posible del arte indígena, estimulando así todas las formas de gvaquería.

El círculo de estas personas en Bucaramanga y se extiende hasta los empleados de los servicios públicos y de la alta administración, y unos y otros están ligados entre sí por amistad o parentesco.

Es necesario distinguir muy bien en este ambiente dos clases de personas: las que buscan la relación con los científicos, hablan francamente sobre lo que saben de los sitios arqueológicos y permiten el estudio de sus colecciones, aunque no están dispuestas a entregarlas o renunciar a sus expediciones y excavaciones particulares, en parte funestas (Dr. Martín Carvajal, Dr. Rodríguez Plata); y las que, como los Srs. Ordóñez, Puyana, Parra (el alcalde actual), que ya el año pasado dificultaban mi trabajo, y los Srs. Umaña y la viuda de Mantilla, reciben al científico en forma correcta pero lo consideran su enemigo y perturbador de sus aspiraciones, haciendo todo lo posible para extravíarlo y esconder los hallazgos.

En el caso de “Morro Rico” no logré la aclaración de las informaciones contradictorias y de las verdaderas circunstancias de las excavaciones ejecutadas.

Con mayor claridad puedo demostrar, con el caso de la Cueva de Los Santos, lo funesto de la gvaquería y de la exploración inexperta. La destrucción que tuvo lugar en los primeros meses después del descubrimiento, ya la describí en el informe del año

pasado. Después de que se terminó la vigilancia de la policía progresó deplorablemente la explotación ilegal, según los datos ya mencionados. Puedo apuntar un ejemplo muy significativo:

En un lugar difícilmente accesible observé unos esqueletos casi intactos. Como no tuve la posibilidad de sacarlos técnicamente y creí poder regresar pronto para realizar una exploración completa, no los moví. Ahora me contó el director de Educación Nacional, Dr. Rodríguez Plata, que él y otros compañeros de la excursión ya mencionada sacaron de este lugar cuatro cráneos, imposibilitando así el estudio de los esqueletos enteros.

Además es interesante que el mismo Dr. Rodríguez Plata, según sus propias palabras, posee de la Cueva de Los Santos: un fragmento considerable de una tela pintada, de la cual otros pedazos se encuentran en la colección del museo, un fragmento de otra tela pintada con triángulos y círculo, una vasija sin decoración, una con decoración grabada, flechas, husos y un rollo. La importancia de estos objetos no puedo juzgarla, porque el estudio no fue posible, ya que el Dr. Rodríguez Plata llevó su colección al día antes de mi llegada para el Socorro, pero me prometió mandarme las fotografías.

No cabe duda de que la actuación de todas las personas mencionadas, en un sentido rígido, es incompatible con la ley 103, pero en la aplicación estricta de ésta, no veo un remedio, y además esta aplicación me parece prácticamente imposible.

Los aficionados serios, como el Dr. Carvajal y el director de Educación, colaborarán con entusiasmo si el Ministerio toma la iniciativa de una investigación en Santander en gran escala. Ellos me afirmaron esto reiteradas veces y sin duda su ayuda es deseable. En el caso del Dr. Rodríguez Plata, lo confirma el proyecto del Anexo II, que él mismo sugirió.

También el gUAQUERO Gómez puede transformarse en un ayudante leal. Me mostró buena voluntad y podría ser muy útil

en investigaciones futuras por sus conocimientos de los sitios arqueológicos en la región, así como por su experiencia, como lo fueron otros gUAQUEROS en las exploraciones de Preuss y Wassen en San Agustín y Yotocó. Me parece muy aceptable la propuesta del Dr. Rodríguez Plata de incorporarlo al equipo de los trabajos como “práctico”. Estoy convencido de que otros más pueden ser ganados para una colaboración, como el joven Miguel Ordóñez el año pasado. Contra los que continúen disimulando y obstaculizando, se recomendaría entonces la aplicación de la rígida ley.

Creo que esto y una vez practicada una investigación en gran escala, junto con una instrucción sobre la necesidad de la protección pública del Monumento Nacional, que representan las reliquias del pasado, como lo prescribe la ley 103, ésta se impondrá sin mayores dificultades, más fácilmente tal vez con las modificaciones, propuestas en mi informe del año pasado (pág. 28). Otro problema grave es la adquisición de objetos dispersos y la cuestión de los pequeños museos locales y colecciones particulares. Aquí juega un papel importante el regionalismo.

Como ya lo mencioné, el director del Colegio de Santander propuso espontáneamente la reclamación de la momia de Floridablanca, pero no para el Museo Arqueológico de Bogotá, sino para el pequeño museo de su instituto. El Sr. Rodríguez Plata insinuó comprar la momia, considerando los mismo motivos míos en el informe del año pasado (pág. 27). El Dr. Carvajal se mostró dispuesto a regalar su colección, para un mejor cuidado, a un museo público, pero pensó en la fundación de un museo departamental. Interesante es la crítica que hizo en el mismo momento acerca de los pequeños museos locales. Me contó que regaló varios objetos al museo de Pamplona y que algunos se perdieron después de que salió de esa ciudad el padre Rochereau.

El fin que debe perseguirse para el futuro es la concentración de los objetos únicos y más importantes en el Museo

Arqueológico de Bogotá, pero además parece oportuna la organización de museos locales en favor de la educación nacional de los departamentos.

La tarea primordial para realizar las ideas anteriores me parece la elaboración y catalogación de las colecciones particulares, como el caso concreto de la del Dr. Carvajal. Este trabajo gastaría 8 días poco más o menos, y el Dr. M. Carvajal lo facilitará de todas maneras.

Fdo.  
Justus Wolfram Schottelius.



Observando el mapa arqueológico del continente americano, se advierte claramente la importancia que corresponde a Colombia en lo que respecta a la arqueología general, debido especialmente a su posición geográfica característica.

En el norte del país se encuentra precisamente el punto del cruzamiento de los dos ejes culturales que marcan las principales y más elevadas civilizaciones de América: uno, que parte del centro mencionado en dirección SE-NO, y que comprende las civilizaciones ístmico-maya-mexicanas; otro, que lleva la dirección NS., formado por las civilizaciones andinas, preincaicas e incaperuanas. Un tercer radio podría trazarse hacia el E., que pasaría precisamente por Venezuela y las Guayanas hasta la desembocadura del Amazonas.

De acuerdo con las consideraciones anteriores, no cabe duda de que la clave para la solución de numerosos problemas relacionados con la interdependencia cultural del Norte y del Sur del continente, debe buscarse especialmente en Colombia. Teniendo en cuenta la importancia de esta situación geográfica, puede decirse que la investigación de los testimonios que alberga el subsuelo de este país es en extremo deficiente, y más todavía si se la compara con las llevadas a cabo en otros países, tales

como México y Perú. Sin embargo, no se puede negar que en la actualidad se advierte cierto entusiasmo en los distintos círculos culturales del país, tendiente especialmente a subsanar estas deficiencias apuntadas anteriormente.

Pues bien, el objeto inmediato de este artículo es tratar de hacer el balance de las labores arqueológicas realizadas hasta el presente, lo mismo que señalar las que deben realizarse en el futuro.

En el mapa arqueológico de Colombia, elaborado por Gregorio Hernández de Alba y dibujado por Luis Alberto Sánchez, se observan numerosas zonas geográficas, delimitadas según el estilo particular y característico de las principales reliquias protohistóricas y prehistóricas descubiertas en cada una de ellas.

En primer término, en los límites con la República de Panamá, tenemos las zonas de Chiriquí y del Darién. Luego viene la civilización del río Sinú. En el litoral atlántico se destaca especialmente la cultura de los Taironas. En el borde oriental del río Magdalena, la llamada “Cultura de Mosquito o de Ocaña”, la que, según nuestras exploraciones, llega por el Sur hasta el río Lebrija. En Cundinamarca y Boyacá, tenemos la civilización Chibcha. En el valle del río Cauca, la zona Quimbaya, la cual abarca una mayor extensión que la ocupada por las tribus del mismo nombre, encontradas por Jorge Robledo y sus expedicionarios. Cerca de Popayán, alrededor de Inzá y de La Plata, se encuentra la civilización de Tierradentro, recientemente descubierta. En el Alto Magdalena, en el llamado “Macizo Colombiano”, la afamada cultura de San Agustín. Por fin, una región de diferentes culturas locales, denominadas por Hernández de Alba “Cultura de Nariño”, “Cultura de límite de Colombia y del Putumayo”.

Entre las zonas Chibcha, Quimbaya y de Mosquito, tenemos la región de los Muzos y de los Panches, la cual ha sido hasta

ahora muy poco estudiada. En Santander, también entre las zonas Chibcha y de Mosquito, debe intercalarse la civilización Guane, representada especialmente por los hallazgos de unas cuevas encontradas cerca de la Mesa de Los Santos, estudiadas por mí en enero de 1940.

La distribución que se advierte en este mapa, da sólo una idea de los tesoros artísticos y etnográficos del suelo colombiano, sin clasificar sus relaciones mutuas y sin establecer su posición cronológica. Tampoco se consideran en este esquema otros aspectos de suma trascendencia, tales como la investigación de si el total de las manifestaciones culturales comprendidas en cada una de las zonas delimitadas representan el patrimonio de una unidad étnica. Así, los Quimbayas, por ejemplo, no fueron seguramente, los creadores de todos los objetos que hoy se denominan “Quimbayas”. Lo mismo podría decirse de los petroglifos de Cundinamarca, los cuales pertenecen a una capa prechibcha. Demasiado conocido es también el caso de la cultura de San Agustín, que es mucho más antigua que la de las otras regiones.

Otro mapa nos da una idea del trabajo científico desarrollado en las zonas delimitadas en el anterior. Creo que en este croquis he logrado reunir los datos más importantes. El orden de los exploradores comienza con Caldas y comprende mucho científicos nacionales y extranjeros. La documentación de los últimos años registra excavaciones realizadas con métodos modernos, especialmente por Bolinder, en Sopó; Pérez de Barradas, en San Agustín; Gregorio Hernández de Alba, en Tunja, Tierradentro y San Agustín; Bürg, en Tierradentro, y mis estudios desarrollados en La Mesa de Los Santos en enero de 1940.

Para complementar más las observaciones hechas en el análisis de estos dos mapas, presento a continuación una síntesis del patrimonio cultural de las respectivas zonas, aunque sea de una manera un poco superficial:

Comenzando en el noroeste del país, podemos decir que las regiones de Chiquirí, Darién, Sinú y Quimbaya, pueden ser comprendidas dentro de un complejo más amplio. Toda la zona se caracteriza especialmente por ricos sepulcros; por una cerámica muy fina, abundante en formas y decoraciones diferentes y, sobre todo por una orfebrería que representa la más adelantada de todo el continente. Los entierros, no obstante observarse en ellos un sinnúmero de variantes, muestran un carácter común que se extiende por el Sur del país (Tierradentro y la región de Túquerres) hasta el Ecuador, donde se mezcla con las formas conocidas del círculo cultural andino de las civilizaciones peruanas.

Las obras de alfarería y orfebrería dan mucha luz en lo que se refiere a la cultura material y mental de los antiguos habitantes, a la flora, a la fauna, a las formas del vestido y de la vida social, lo mismo que a las probables ideas totémicas que influenciaron sus concepciones religiosas y políticas. Los objetos de oro tienen evidentemente una semejanza con los de México y el Perú, en tanto que se distinguen de una manera notable de los de procedencia chibcha y muisca. Quiero proponer en este trabajo la denominación “Muisca” para designar el núcleo Chibcha de Cundinamarca y Boyacá, con el fin de distinguirlo de los otros pueblos pertenecientes a la familia lingüística chibcha, entre la cual debemos contar también a los Quimbayas y sus vecinos.

En la cerámica se advierten, al lado de creaciones muy originales, formas muy conocidas de México (vaso trípode) y del Perú (asa en forma de estribo). Estudiando algunos elementos decorativos. Uhle destacó la influencia de civilizaciones más antiguas, tales como las de la San Agustín y Tierradentro.

En cuanto a la investigación científica de la zona Quimbaya, debemos confesar que faltan casi por completo las excavaciones serias y profesionales, pues esta región, valle del río Cauca y el Quindío, es hasta nuestro días el domino clásico de la “guaquería”. Las obras principales existen, tales como la de Restrepo Tirado

sobre los Quimbayas en general, la de Paul Rivet sobre la orfebrería, lo mismo que los estudios de arqueólogos alemanes y norteamericanos sobre la cerámica Chiriquí, no se basan sobre el trabajo realizado en el campo sino en estudios museales. De este modo, las tareas que han de llevarse a cabo en el futuro en esa zona, han de ser sobre todo trabajos realizados en el terreno, estudios tipológicos, investigación de los estratos, todo esto con el fin de aclarar las diferencias indudablemente existentes entre estos; cuales pertenecen al desarrollo de culturas locales y la distancia cronológica entre los diferentes hallazgos.

Entre las reliquias de la civilización muisca abundan también los objetos de oro y las piezas de cerámica. Pero la técnica de la orfebrería es distinta a la de los Quimbayas; en sus representaciones se advierten figuras humanas y escenas completas, tal como sucede con la llamada “Ceremonia de Guatavita”, jefes sentados en sus cercados y guerreros con sus armas típicas.

Las investigaciones sistemáticas efectuadas por Hernández de Alba en los restos excavados en los terrenos de la Escuela Normal de Tunja nos suministran las primeras noticias de un monumento arquitectónico, nos suministran las primeras noticias de un monumento arquitectónico de origen muisca. El descubrimiento es de suma importancia, ya que representa el único ejemplo de un edificio de plano circular. La impresión que recibieron los conquistadores de esta construcción, cuando estaba todavía en pie, no se debió distinguir de la que produce la vista de *un templo actual de los Kággabas*, en la Sierra Nevada de Santa Marta, con su pared redonda y el techo cónico cubierto de paja. Testimonios de una arquitectura de la misma clase, pero más adelantada, se conservan en la zona de los Taironas; se trata también de *cimientos de construcciones circulares*, pero dispuestos de una manera diferente: *escaleras y caminos empredados*, los cuales recuerdan las afamadas construcciones de los incaperuanos de Machupichu, Ollantaytambo, Pisac y otros lugares.

La distribución de las construcciones entre los pueblos taironas, explorados por Alden Mason, dan una idea bien clara de los principios de la urbanización indígena en Colombia. Alrededor de las residencias de los jefes, de los templos y de la plaza de mercado, se construían las habitaciones, las cuales eran ocupadas solamente en la época de las fiestas religiosas y en los días de mercado, en tanto que la población vivía generalmente diseminada en los sitios de las plantaciones (maizales y yucales), fenómeno este que alcanzó a observar todavía Preuss hace 25 años entre los Kággabas, y que, probablemente, era una de las características de las ciudades de la alta civilización Maya en el llamado “Antiguo Reino”.

Restos de las *telas pintadas*, descritas en más de una ocasión por los cronistas, aparecieron por primera vez en una cueva de La Mesa de Los Santos, explorada por mi en 1940. Lo más importante de estas excavaciones es la comprobación de la fidelidad en alto grado de algunos relatos de cronistas, con lo cual se demuestra una vez más la importancia que tiene la lectura de las crónicas para el estudio de los hallazgos arqueológicos. Para comprobar esto, voy a referirme a un arma típica de la civilización Chibcha, *la tiradera*, de la cual descubrí algunos ejemplares en la cueva de Los Santos.

Veamos en primer término la descripción que de esta rama típica hace Castellanos en uno de sus relatos:

Pero los indios Moscas, moradores de todo lo que llaman tierra fría usan principalmente tiraderas, que son unos dardillos de cañizo con puntas de durísima madera, que tiran con amientos, no de hilo, sino con un palillo de dos palmas del grueso de la flecha, prolongando con él la tercia parte de la caña. Este tiene dos ganchos afijados, distantes cada cual en su extremo, del amiento que dije; en el uno ocupan el pie raso del dardillo,

y el otro con el índice corvado aprietan con la flecha juntamente hasta que el jáculo se desembraza, según la fuerza del que lo despide.

Tengo que advertir que Castellanos aplica el término *tiradera* a la flecha solamente, en tanto que denomina el instrumento con que se impulsa esta “un amiento, no de hilo”; en el lenguaje moderno se emplea este mismo término para designar todo el aparato. Si comparamos ahora el original y la descripción con una representación *en oro y un dibujo*, tomado de los manuscritos de Oviedo, podremos advertir una completa homogeneidad.

Pasando ahora de Santander al Cauca, entramos en la consideración de la *arquitectura de Tierradentro*:

Los rasgos principales de las tumbas de Tierradentro no se diferencian de unos tipos comunes hallados en los sepulcros del Valle del Cauca, del Atrato, de la zona de Calima, de algunos lugares del Ecuador y hasta del Brasil. Pero en el *plano y el corte* de algunos de estos monumentos se advierte un alto desarrollo, lo mismo que formas barrocas y refinadas. El adorno romboidal se encuentra en muchos lugares; además, parece que por la composición de los colores –blanco, negro y rojo- la civilización de Tierradentro está conectada con una capa entera preincaica del Perú.

Las urnas funerarias y el “entierro secundario” observado en estas tumbas, las colocan en relación con las culturas del Oriente de Sur América. El entierro secundario se encuentra en muchas tribus Tupi-Guaraní, Aruacos y Caribes. En Colombia se observa esporádicamente en la costa atlántica, lo mismo que en la civilización de Mosquito y en la *capa inferior de Los Santos*.

Algunas de las estatuas halladas en la región de la civilización de Tierradentro demuestran relaciones estrechas con las de San

Agustín. Parece que se trata directamente de una expansión de la cultura agustiniana, ya en estado de decadencia, hacia el valle del Cauca, con lo cual se mezclaron algunas de sus formas características con otras, más primitivas. Empero, *las estatuas clásicas de San Agustín* representan un tipo particular y único en todo el país.

Estas últimas consideraciones nos conducen directamente a los problemas más profundos de la arqueología colombiana: el análisis de las relaciones mutuas entre las diferentes culturas locales, lo mismo que su relación con las de las otras partes de América, y el establecimiento de un orden cronológico. El primer problema se resuelve por medio de la comparación, aplicando en esta los criterios del método *histórico cultural*, el más perfecto que existe para la investigación de la cultura material. Para la resolución del segundo, podrían seguirse dos prácticas, una directa, la más segura, o sea el estudio de los estratos; otra indirecta, la comparación de la cultura discutida con otras cronológicamente ya determinadas.

Puede decirse que la estratigrafía en Colombia es en extremo deficiente. Sabemos que los petroglifos pertenecen a una capa anterior a la de la civilización Chibcha. Podemos suponer también, que los troncos de las columnas líticas, aprovechados por los constructores de los templos de Tunja, pertenecen a una capa prechibcha. Igualmente, en mis investigaciones efectuadas en Los Santos, pude comprobar la existencia de dos capas. En el *corpus* arqueológico de la zona Quimbaya se esconden, probablemente, dos estratos. Preuss descubrió en San Agustín dos capas, y Pérez de Barradas llegó a desarrollar un sistema de capas mucho más complicado, pero que es en algunos puntos bastante dudoso.

El mejoramiento de la estratigrafía se dificulta en parte, si se tiene en cuenta que esta suerte de estudios sólo pueden hacerse en el campo. Puede decirse que sin excavaciones en grande escala, y verificadas



con métodos modernos, es casi imposible el mejoramiento de los resultados estratigráficos. En cambio, los estudios comparativos, realizados ampliamente con el material conocido, están, por supuesto, más adelantados. Como ejemplo de estudios comparativos, podemos citar dos: a) la discusión del origen méxico-centroamericano de la cultura de San Agustín; b) el desarrollo de una cadena de influencias orientales, las cuales parten desde la desembocadura del Amazonas y llegan hasta las zonas de los Quimbayas y de San Agustín.

En lo que se refiere al origen de la cultura de San Agustín, los americanistas están hoy en día de acuerdo en que el desarrollo admirable de las formas artísticas y de las ideas religiosas, tiene su origen en este sitio, pero que los elementos primitivos proceden de otros lugares. Tello reclama todavía el origen andino de esta cultura, y lo localiza en Chavín de Huántar; otros, como Preuss, Uhle y Jijón y Caamaño, buscan la cuna de esta gran civilización colombiana en el Norte del Continente, es decir, en México y Centro América. Me parece más acertada y mejor fundada esta última teoría.

En un bosquejo especial, escrito para el Congreso de Americanistas, reunido en Lima en 1940, y publicado en “Revista de las Indias”, analicé detalladamente tres elementos principales que se observan en las estatuas de San Agustín:

*La boca bestial* con los colmillos salientes, en caras antropomorfas;

*La cabeza de trofeo*, pendiente sobre el pecho o las espaldas de algunas figuras; y

La representación del “otro yo”

El espacio no me permite insertar aquí estas investigaciones; sólo me referiré a sus rasgos principales y a su dispersión en los demás lugares de América, complementando esta última con la comparación de la forma de los templos o sagrarios semi-subterráneos característicos de San Agustín, y las de otros hallados en otros países.

Todos los fenómenos mencionados anteriormente se encuentran en Chavín de Huántar. La mayor parte de ellos están distribuidos en lugares muy distantes y pertenecientes a muy diferentes culturas. La representación del “otro yo”, cuyas formas son en parte distintas, se encuentra en amplias regiones del continente; las formas más emparentadas con las de San Agustín se encuentran en la zona de los Chorotegas y en la desembocadura del Amazonas.

El concepto mental que se expresa en estas representaciones, lo mismo que la aplicación arquitectónica de las imágenes de los genios tutelares en forma de cariátides, como portadoras del techo de la casa o del templo, parece derivarse de la Oceanía. La semejanza entre los postes de madera de este carácter, de origen polinésico, y los descubiertos por Doering en las ruinas de poblaciones antiguas cerca de Ica y Nazca, es más que evidente.

Teóricamente, cada uno de los lugares aquí mencionados podría ser el origen del complejo cultural estudiado en San Agustín. Buscando las formas más primitivas que comprenden en sí todas las modalidades del desarrollo, resulta que en Chavín, Protonasca, Protochimu y San Agustín, se observan representaciones secundarias de un carácter especial, formadas a través de un largo desarrollado original, formas complejas que no pueden ser consideradas como el principio de las otras. Las formas más primitivas se encuentran, sin duda, en los ídolos de los templos subterráneos de *Quen Santo*, situado en los límites entre Guatemala y Chiapas, descubiertos por Kanter, estudiados por Selser en su obra sobre los antiguos pueblos de Chaculá.

De acuerdo con lo anterior, parece muy probable que los elementos primitivos de la cultura de San Agustín provienen de la civilización mayoide-chorotega. Esta tesis, desarrollada aquí de una manera muy superficial, está más explanada en mi ensayo mencionado anteriormente, lo mismo que complementada por observaciones de otra índole; pero este ensayo, teniendo en cuenta

el estado actual de las exploraciones arqueológicas verificadas en San Agustín, Guatemala, Costa Rica y los puntos de contacto, plantea solamente una hipótesis. En lo que se refiere a la época del transporte de estos elementos a Colombia, debemos tener en cuenta la tesis de Uhle de que fue en los primeros siglos de nuestra era.

Pasemos ahora a discutir la mencionada cadena de las influencias orientales, sin decidir prematuramente sobre si estos influjos tomaron el camino de la región amazónica y de las costas, ocupadas por pueblos tupi-guaraní-aruaco-caribes, para llegar a Colombia, o si sus elementos se desarrollaron en una época más remota en todo el territorio del norte de Sur América, retirándose después de todo el Occidente de Colombia hacia el Este, de tal modo que su predominancia en el *corpus* arqueológico del oriente se debe a un desarrollo histórico. Esta hipótesis, está, posiblemente, más de acuerdo con los resultados de la lingüística moderna.

En el río Maracá, cerca de la desembocadura del Amazonas, se encontraron urnas funerarias en formas antropomorfas; las figuras humanas están sentadas sobre pequeños taburetes de cuatro patas, con las manos apoyadas sobre las rodillas. Aparecen en estas figuras cintas tan fuertemente atadas a las piernas y a los brazos, que se advierte como brotan los músculos a través de estas; esta costumbre era muy común entre los “Caribes” en los tiempos históricos. Parece que estas urnas fueron hechas por Aruacos o por Tupi-Guaraní aruaquizados. Las mismas características, es decir, el taburete, la posición de las manos y las cintas, se observan también en una figura de barro procedente de Boconó, Cordillera de Mérida, Venezuela, la cual se asemeja mucho a las representaciones de hombres y mujeres colocadas sobre la tapa de las urnas funerarias recientemente exhumadas en el distrito de Ocaña, las cuales fueron encontradas en tumbas de cámara descubiertas en la hacienda de “Mosquito”.

En la cerámica quimbaya se observan las mismas características, especialmente la de las cintas. Por último, en

algunas estatuas de San Agustín también se advierten las cintas fuertemente atadas a las piernas.

Esta migración de fenómenos artísticos desde la desembocadura del Amazonas hasta el Macizo Colombiano supone también una migración de hombres en tiempos prehistóricos.

Tenemos que mencionar ahora otra gran corriente cultural istmica, cuyos portadores fueron los pueblos de la familia lingüística Chibcha. Parece que en esta corriente, por lo menos en lo que se refiere a la costa atlántica, la Sierra Nevada de Santa Marta y la Cordillera Oriental, predominan más los elementos chorotegas que los de carácter maya-mexicano. La disposición de los ornamentos-dibujos doblados al revés, semejantes a los naipes –típica en el estilo chorotega– se observa también en los dibujos de las telas de Los Santos. Otra prueba de la influencia de esta corriente, podría ser la *posición horizontal* de los cadáveres y de las momias, la cual se observa en el Istmo, Los Santos y Sopó, mientras que en otros entierros de la zona propia de los Muiscas se observa la posición *en cuclillas* de los cadáveres, costumbre funeraria andina.

Para terminar este resumen de la arqueología colombiana, quiero escribir unas líneas más acerca de las conclusiones que permiten el estado actual de las investigaciones, con el fin de tratar de orientar el trabajo futuro.

Se observan los siguientes elementos culturales orientales (región amazónica, costa atlántica y del Mar Caribe): casas circulares y rectangulares, de techo pajizo y edificadas con madera; cultivo de la yuca: el “duho” (pequeña silla de cuatro patas); incineración; entierro secundario en urnas; representación plástica de figuras humanas y animales; cintas fuertemente atadas a los brazos y a las piernas; collares, brazaletes y pulseras de conchas de mar; flechas envenenadas. La existencia de todos estos

elementos disminuye a medida que se avanza hacia el Oeste. Sin embargo, se observan en los valles de los grandes ríos y en casi todas las tierras calientes, fuertes núcleos de civilizaciones que se caracterizan precisamente por los elementos orientales. Posiblemente formaron estos elementos orientales el *corpus* de una capa antigua, aunque creo que la acumulación de estos en los valles de los ríos, se debe especialmente a que en los tiempos inmediatamente anteriores a la conquista regresaron pueblos con un patrimonio cultural semejante, los cuales se establecieron en las costas del Mar Caribe y remontaron los ríos hasta las tierras altas.

Se observan además elementos de origen méxico-ístmico en muchas partes y en una mayor densidad que los orientales. Parece que estos elementos llegaron a Colombia en dos oleadas: una muy antigua en entró por el mar, abarcando la zona de las barbacoas y entrando por el río San Juan; otra más reciente, la cual llegó por vía terrestre, directamente por el Istmo de Panamá. Al patrimonio cultural del primera oleada pertenece la escultura avanzada y una religión muy adelantada, con deidades de un carácter sumamente personal; vasos trípodas, vasos con decoración incisa rellena con pasta blanca; cultivo del maíz y orfebrería. A los elementos de la segunda oleada pertenecen también el cultivo del maíz y la orfebrería, lo mismo que el tejido de algodón; las decoraciones con figuras estilizadas, muchas veces geométricas, en la cerámica y en las telas; la momificación y las casas redondas y rectangulares.

Es natural que las tribus portadoras de una y otra corriente cultural se influenciaron mutuamente; de este modo, sólo se distinguen por el mayor o menor predominio de los elementos de la una o de la otra y en manera alguna por su existencia exclusiva en una u otra cultura local. Sin embargo, es necesario considerar que no todas las coincidencias observadas en grupos distintos pueden ser interpretadas como el resultado de un intercambio cultural; algunos de estos elementos pertenecen al patrimonio cultural de ambos grupos, sin ser características

particulares de ninguno de ellos, sino que representan una herencia común, procedente de poblaciones más antiguas y primitivas cuyas manifestaciones deben buscarse en capas arqueológicas más profundas. Entre estos elementos podría contarse, por ejemplo, la *tiradera*; esta arma se encuentra en Colombia con mayor frecuencia entre los pueblos que tienen una cultura ístmica, en tanto que se reemplazan por el arco en aquellos que están influenciados por la corriente oriental. La *tiradera* es además, un indicio de influencias polinésicas y australianas.

Todos estos fenómenos, si son investigados algún día, pueden servir para la reconstrucción exacta de la prehistoria colombiana y americana, lo mismo que para la aclaración definitiva de las relaciones intercontinentales en los tiempos remotos. Pero establecer en el momento actual una sucesión concreta de círculos culturales y de razas bien determinadas, parece un tanto prematuro, al menos desde el punto de vista del arqueólogo. Para realizarlo hay necesidad, en primer lugar, de estudiar a fondo las culturas locales, y, especialmente, la perfección del estudio de los estratos.

Para terminar, podemos decir que las tareas de la arqueología colombiana en el futuro han de ser las siguientes: colección de datos, los cuales don hasta el presente bastante escasos: el estudio y la clasificación de los depósitos museales y de las ricas colecciones particulares; la investigación analítica de las noticias etnográficas consignadas en los relatos de los cronistas. Pero la más importante de todas es, seguramente, la investigación realizada en el campo, toda vez que sin excavaciones sistemáticas no se hace verdadera arqueología. Es necesario también la elaboración en forma práctica de los estudios antropológicos, etnológicos y culturológicos, aplicando siempre en lo que se refiere a la cultura material, los criterios del método histórico-cultural y aprovechando como hipótesis de trabajo las construcciones sinópticas raciales y culturológicas de Imbelloni, complementándolas o corrigiéndolas con nuevos detalles.

Casualmente se ha encontrado un cementerio indígena en la vecindad del poblado de Los Santos, en la Mesa de Jéridas, en el Departamento de Santander. Vamos a ocuparnos detenidamente de este estudio, muy atrayente y significativo por demás, pues es una página elocuente de un remoto pasado que se abre a las ávidas miradas de lectores actuales. Me propongo estudiar estas cosas por partes y al efecto he de distribuir en varias conversaciones lo pertinente a tan curioso suceso. Primero veremos el sitio donde se halla enclavado el cementerio indígena. Luego veremos algo de las características de la tribu de los Guanes, pobladores de esta región, sus costumbres, su religión, etc. y terminaremos por dedicar un rato al estudio de los tejidos hallados en sus tumbas, de los cuales poseo especímenes muy bien conservados, liquiras o camisetas, gorros, bolsas, fajas y mantas propiamente dichas, vestido principal de esos indios.

La Mesa de Jéridas es una bella planicie situada en la cordillera oriental de los Andes Colombianos, en el Departamento de Santander. Está en aislamiento, escarpada por todas partes y rodeada por ríos encajonados en cortaduras profundas. Se eleva a 1.712 metros sobre el mar, mide tres miriámetros cuadrados, y termina por paredones verticales sostenidos al pie por amontonadas ruinas de cerros. Es fruto de enormes convulsiones milenarias, cuyas muestras están a la vista en las bruscas vertientes

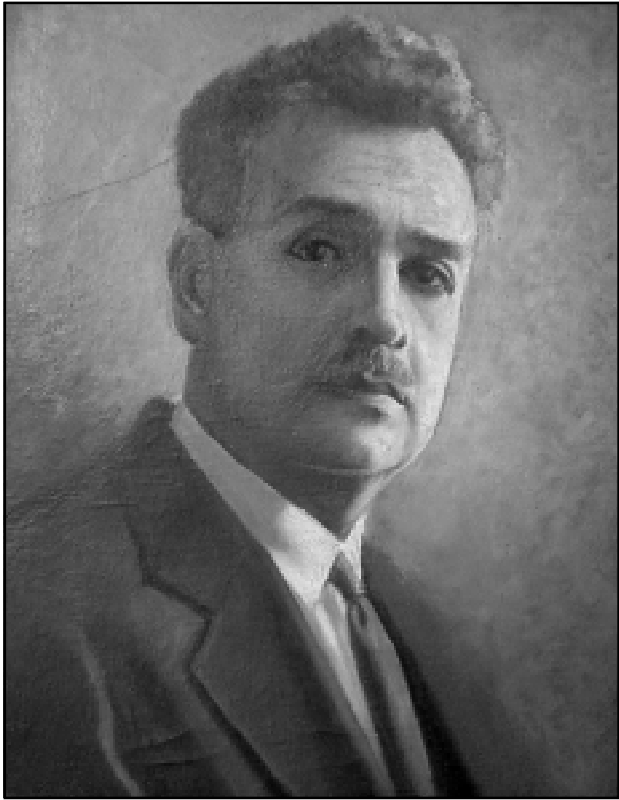
y en las cavernas artificiales formadas por esas tormentas geológicas, que formaron espacios vacíos, soluciones de continuidad, en una de las cuales encontraron asilo los restos humanos de que vamos a tratar.

El terreno está en declive brusco, lo cual forma un natural avenamiento, que le comunica una absoluta sequedad, lo cual contribuyó en máxima parte a la conservación por siglos de los cadáveres momificados, de las telas y utensilios que allí se depositaron por cualquier motivo. La Mesa alta y la circunstancia de bañarla vientos muy frescos del N.E. venidos de las cumbres de la Mesa de Juan Rodríguez, distantes dos miriámetros 5 kilómetros en línea recta, determinan en ella un temperamento sano y delicioso, y alejan la molesta persistencia de los aguaceros que durante el invierno caen sobre las llanuras inferiores.

Antes de la conquista era el lugar preferido por el jefe Guanentá para su residencia, llevado por la bondad del clima y la fertilidad entonces de sus tierras, hoy muy agotadas por el persistente cultivo desde entonces. “Dánse con facilidad las semillas y frutas de Castilla, dice Lucas Fernández de Piedrahita, y produzcan con abundancia las viñas si los que habitan en Jéridas se aplicaran a tenerlas”.

Hablando con el señor Justus Wolfram Schottelius, enviado por el Ministerio de Educación para estudiar este cementerio, le trataba de mis personales impresiones al respecto, pues el estudio de nuestras modalidades raciales, de los recuerdos dejados por los indígenas han de cotejarse con las tradiciones todavía conservadas entre sus descendientes, con los recuerdos conservados ya por el recuento de nuestros historiadores, ya por la observación continua de las costumbres todavía existentes, para sacar las consecuencias de veracidad que puedan quedar. Es en realidad a nosotros que nos pertenece esta tarea, y la ayuda que pueda darnos una alta mentalidad como la del señor Schottelius es muy importante. A él le di mis ideas, puse a su





*Martín Carvajal*

disposición mis colecciones ya de cerámicas, de las cuales tomó todos los dibujos que creyó importantes, tomó fotos de las telas y tejidos que en mi poder tengo y analizamos los datos etnológicos y etnográficos pertinentes al caso. Vaya para el cultivado humanista Schottelius un recuerdo amistoso muy cordial.

Los Guanes tenían también como vecinos a los Agataes, por el Occidente; los Laches, por el Oriente y los Yariguíes, casi mezclados entre ellos, más éstos habitaban las laderas de los ríos Lebrija, Opón y Sogamoso. Sus últimos sobrevivientes representativos de esa raza fuerte están en el Opón, donde han hecho una tenaz resistencia a la civilización, y no han querido nunca entrar en relaciones amistosas con los blancos. Se dan la mano con los motilones salvajes y crueles, que antes perecerán en entrar en relaciones con nosotros.

El medio en que esta tribu ha vivido siempre, es muy agresiva para la vida, pues son laderas de climas ardientes, infectadas de paludismo, selvas milenarias, pobladas de animales salvajes y feroces. Ya cuenta don Juan de Castellanos el suceso de que a un soldado de Quesada, en algún campamento de esta región, lo sacó un jaguar de su hamaca, rescatado por sus compañeros, volvió a su puesto, donde no amaneció, pues la misma fiera logró darle muerte. Así están todavía esas selvas: incultas, malsanas y llenas de peligros. Es admirable la resistencia física y la tenacidad moral de los conquistadores cuando pudieron vencer tantos inconvenientes, sin caminos, sin rumbos, sin quinina, sin elementos mayores de defensa, fuera de su gran voluntad. Hemos de tributar a la Madre España un voto de admiración por esos sus hijos valerosos como ningunos; fuertes como sus castillos; tenaces como sus aragoneses; inteligentes y constantes en la finalidad que se proponían.

Muy escasos son los recuerdos que esa tribu ha dejado, pues su vida misma nómada, errabunda y sin tener fijeza de residencia, hace que no dejaran mayores recuerdos. Eran piratas de agua

dulce que se daban la mano con los Caribes del Magdalena y el mar de su nombre. Vivían de la pesca, la caza y las depredaciones. No tenían cultivo, y por la gran extensión de su influencia, se comprende que no vivían en poblados fijos. Todavía hay cerca del actual Puerto Wilches un pequeño puerto en una ensenada llamado Puerto de Yariguíes. Sobre el río Lebrija, cerca de Chocó, hay otro así llamado también. En el vecindario de Girón hay un sitio que por tradición se llama Yariguíes. Distantes estos puestos unos de otros, fueron teatro de sus hazañas, y así quedaron en el recuerdo.

Da esto impresión de un pueblo que tiene ideas sobre la muerte rudimentarias, pues esos restos se guardaron así, no por la convicción de una supervivencia, como en las demás tribus donde se acompañan los cadáveres con alimentos, bebidas y artefactos que les sirvan en el viaje que supone la muerte, sino por una vanidad humana, muy explicable en el hijo que quiere conservar el cadáver o parte del cadáver de su padre, de su hijo, de su madre, de su esposa, y eso previo sometimiento frío a la acción del despojo por los peces de sus ríos de las sustancias que impiden esa conservación por la putrefacción que sobreviene pronto a causa del clima.

En los cementerios donde se hallan restos no se encuentra nada más si no los huesos: ni un arma, ni una joya, ni una cerámica, fuera de las urnas. Es el pueblo no tanto bárbaro, sino salvaje. Es un contraste muy acentuado el que hace con la tribu de Guanes de que nos ocupamos: pueblo fabril, de avanzada civilización como lo veremos, de ideas sociales, de organización muy regular.

La raza de los Yariguíes es una raza fuerte, pues sus huesos denotan una estatura alta, hasta 1.78, huesos resistentes, muy ricos en sales de cal, pues tenían un alimentación fosfatada muy rica por los pescados, quelonides, carne de animales grandes como dantas, jaguares, osos y algunos vegetales silvestres que tenían en esas laderas, pues huertas no tenían.

Hablaremos luego algo de los Laches y los Agataes para entrar en el estudio de nuestra gran tribu, los Guanes, tan importantes como los Chibchas, con quienes tienen tantos nexos de todo orden y manifiestos puntos de contacto.

### **Tribus que habitaban la región**

Tres grandes tribus poblaban este macizo andino: los Guanes, de la cual especialmente nos ocuparemos, Chitareros y Yariguíes. Dos palabras sobre los Chitareros vecinos de nuestros guanes, y lo mismo de los Yariguíes. Los primeros confinaban con los Guanes por el Oriente especialmente, pues llegaban hasta Tona y Matanza, llegando hasta el río Cañaverales. Era tribu muy pacífica, extensa, de costumbres agrícolas, con cultivos lentos de tierra fría, con numerosas dependencias independientes unas de otras, mas con cierta afinidad no sólo racial y de lengua, sino de política. Era una derivación psicológica de los Tundamas, a su vez dependencia de los Chibchas, los cuales se asemejaban a sus vecinos tanto en lengua como en sus costumbres, religión y aun sus industrias, por medio de un elemento de civilización más influyente que el oro y las esmeraldas: la sal de su salina de Zipaquirá.

Eran, a juzgar por sus actuales descendientes, muy bien conservados en algunas regiones como en Guaca, Cácuta de Velasco y otras. Eran delgados, pequeños, de ojos oblicuos, claros, patizambos. Los huesos que he tenido oportunidad de estudiar denotan una estatura mas bien baja, 1,60, con un porcentaje de osales de cal proporcionada a la alimentación escasa en proteicos que usaban. Los caracteres faciales son los clásicos de su raza, y el hueso Wermiano se halla invariablemente en el encuentro de las suturas parietotemporales afirmando la raza cobriza típica.

Las muestras de su cerámica, halladas en las tumbas donde se recogieron los huesos para su estudio, denotan una industria

bastante adelantada y paciente. Las mezclas de arcilla y arena fina han sido cuidadosamente trabadas y amasadas y la ejecución da idea de un sentido artístico que si rudimentario, no deja de ser original. Quisieron representar en sus vasijas para agua y chicha, frutas, caras, y tienen adornos un tanto monótonos, mas de alguna inventiva. Hállanse capas de anchura pródiga, probablemente para recibir los tubérculos que sostenían gran parte de su alimentación, cuyos bordes tienen orlas onduladas, distintas casi todas, sin repetir los motivos, hendidas con punzones de piedra antes de ser sometidas a la cocción. Esta se hacía con bastante cuidado, pues los hornos daban un calor repartido con igualdad, pues las piezas están igualmente endurecidas. Me detengo en el estudio de esas cerámicas de los Chitareros, pues hemos de compararlas con las de los Yariguíes y las de los Guanes, especialmente para deducir de allí las consecuencias que esta comparación nos da en el sentido de similitud de razas, de industrias, de grado de cultura y de tendencias sociales.

En estas tumbas de los Chitareros no se hallan ídolos de ninguna clase, ni muestras de oro. Algunas hachas de piedra cortas, y como adornos, collares de huesos de aves cortadas al través, aprovechando el hueco medular para insertarlas. También caracoles marinos perforados, por cierto ya en perfecta calcinación por la acción del tiempo y la humedad, denotando su edad de depósito en esas tumbas, muchas de ellas de muchos años antes de la conquista.

Las dimensiones de esta momia son también muy importantes de estudiar, pues afirman las características de su raza y las condiciones especiales de su género de vida. Tiene una longitud de 1,62 centímetros, con un diámetro torácico de 78 centímetros. Debió tener un peso aproximado de 50 kilos, teniendo en cuenta el aspecto general, la musculatura etc. Un pecho muy amplio y unas caderas simétricas, con huesos coales fuertes. Senos bien desarrollados, pues lo enjuto de los tejidos que permiten todavía calcular su tamaño, así lo dejan ver. Es, pues, una formación

femenina bien aceptable. Las facciones, con todo y destrucción de los tabiques nasales, se aprecian bien, y dan idea de una mujer no fea, de facciones finas y de piel verdosa, la piel de su raza.

Veamos ahora algo sobre la tribu de los Yariguíes, habitantes de la ladera de los ríos Lebrija y Magdalena, en lo correspondiente a Santander y Sogamoso y a Opón, en donde actualmente se hallan sus últimos representantes. Muy escasos son los recuerdos dejados de esta tribu. En la región de Mosquitos, en la banda oriental del Lebrija al río de Cañaverales, se ha encontrado un cementerio de dicha tribu, donde he tenido oportunidad de estudiar sus huellas en los vasos sepulcrales donde depositaban sus muertos, y en los esqueletos allí conservados.

Esta tribu era belicosa, nómada, fuerte y trashumante. De alta estatura, pues tenían 1,78, de huesos largos, fuertes, de tejido óseo muy denso, pues en la alimentación entraba en mucha parte el pescado, del cual disponían en gran cantidad, carne de animales grandes, como osos, pumas, váquiros y aves de todas clases, mas plátanos y yucas.

Al morir, amarraban los cadáveres con bejucos y los sumergían en sus ríos para que los peces devoraran los tejidos y una vez desprovistos de éstos, lo secaban al sol y al fuego para desarticularlos y ponerlos en unas ánforas de tamaño suficiente para contener los huesos y con una tapa donde se representaba al muerto, que contuvieran, un doble egipcio, en los cuales se pueden estudiar las facciones de esta raza. Narices aguileñas, ojos oblicuos, orejas exageradas, boca horizontal, y a los ojos dábanles expresión poniendo, a guisa de pupilas, tierras blandas que por cierto surtían el efecto que se proponían. A las mujeres las representaban sentadas en tierra, en tanto que los varones estaban colocados en sillas bajas, con las manos apoyadas en las rodillas y teniendo éstas algún signo de trabajo: hachas, flechas etc. Las urnas tenían asas muy graciosas, cuyas forma eran cabezas de tortugas, con las patas delanteras apoyadas en el

cuerpo de las ánforas, de sierpes cuyo cuerpo se enroscaba en el vientre de las ánforas.

Si la imaginación de estos alfareros era más fértil que la de los Chitareros, pues las figuras humanas que entre éstos no se hallan, tiene expresión muy acentuada, en cambio la porción de la materia prima era perfectamente simple, puesto que hacían mezclas de resistencia, empleaban el barro arenoso sin ductibilidad, como se halla en las orillas de esos ríos. La cocción muy imperfecta, pues en muchas vasijas apenas sí estaban secadas al sol ardiente de esa región calientísima.

En las tumbas no se halla, fuera de las urnas y los huesos, ni armas, ni utensilios, ni nada que dé idea de sus costumbres. Alguna madera fosilizada es lo que se ha encontrado allí. Raza de bárbaros, perezosa, trashumante y nómades.

## **Agataes y Laches**

Otras tribus con las cuales tenían los Guanes algún contacto fueron los Agataes y los Laches. Con los primeros en Poima u Oiba, y en Chipete, en cuya importante feria semanal se encontraban con ellos para cambiar algodón, principal producción de los Guanes, por oro que los Agataes tenían, y el cual cambiaban por mantas, lo mismo que los Chibchas, que entregaban en cambio sal y joyas manufacturadas, ya que eran grandes orfebres.

Martín Galeano, fundador y conquistador de Vélez y de los Guanes, los dominó con sumo trabajo, pues según las referencias del gran cronista don Juan de Castellanos, luego de combatir al cacique Cocomé, una expedición castellana fue destrozada por los Agataes y aun dieron muerte al soldado Juan de Cuéllar. Entonces hicieron una irrupción en forma contra ellos, y con mucho trabajo y con ayuda de perros de presa y caballos, logró dominarlos en recia batalla. “Luego, dice el cronista, vieron

cubiertos los altos y las lomas de fieros Agataes con penachos soberbios y posturas arrogantes; los arcos en las manos y de tiros y carcajes; otros con lanzas, dardos y pertrechos con que suelen poner en confusión a los contrarios”. Era, pues, un pueblo aguerrido, valeroso y unido bajo el mando de un jefe independiente de todo otro dominio extraño. Sin duda los guanes recibieron de ellos ejemplos de valentía y mantenían con ellos relaciones amistosas, pues los cronistas no dicen de haber estado nunca en guerra. Se respetaban mutuamente.

Los Laches limitaban con los Guanes por el Noreste, llegando sus dominios hasta el río Manco, al pie de la Mesa de Jéridas, el Chicamocha, pasando por la confluencia del río Onzaga, el Chiscas y el Chiteno, pues los Guanes dominaban el río Suapaga, cerca de Cerinza. Esta tribu era muy pacífica y todavía subsisten sus descendientes, trabajadores de las salinas de Chita, y cultivadores de la agricultura intensa de tierra fría de esos páramos, llegando hasta el páramo del Almorzadero.

La extensión de la tribu de los Guanes, alrededor de la Mesa de Jéridas, hacia el sur limitaba por Guanentá, San Gil, Charalá, Oiba, Chipatá, Moniquirá y Saboyá, hasta donde vienen los Chibchas, y por el Oriente, por toda la ladera del Chicamocha, como ya se dijo.

¿Cuál sería la población de los Guanes? Volvemos a tomar de don Juan de Castellanos, el famoso beneficiado de Tunja, quien dedicó cincuenta años de su vida de cura de Tunja a escribir esos recuerdos que son los verdaderos sobre todas estas cosas vagas en la penumbra de los tiempos. Confirman la veracidad del beneficiado las relaciones de fray Pedro Simón y del P. Aguado, con datos independientes, que hacen sean fuente de verdad en esta disquisición. Dice que en la expedición de Martín Galeano, el conquistador de la tribu, llevaba sus caballos herrados con oro bajo, por ser su suelo lapidoso, y es verdad, pues quien transite por esos caminos verá lo ingrato de sus veredas, a causa de ser arrugados sus terrenos, y por sus pedregales. Aquí Castellanos: “Donde la mayor parte de los indios tienen población



innumerable, pues en el circuito solamente de lo que propiamente llaman Guane, había treinta mil casa pobladas, a dos y tres vecinos cada una, y en ellas sus mujeres y familias, de manera que la provincia toda era manantial de naturales. Dieron en Guanentá donde hervía innumerable gente.”

## **Raza**

La raza, según el profesor Montadón, “es un grupo de hombres emparentados únicamente por sus caracteres físicos, es decir, anatómicos y fisiológicos; en otras palabras, por sus caracteres somáticos”. La raza de los guanes es la indígena pura en la variación etnológica chibcha. Esta tribu en una rama de la especie humana, pues bien sabido es que el género hombre es un ser más antiguo y menos adaptable a los medios que lo puedan modificar que otros animales, como los antropoides.

En estos especímenes americanos el monogéismo es claro, pues el examen de los huesos humanos de toda época, tanto los de antes de la conquista que se encuentran, denotan una muy remota antigüedad. Se han hallado huesos humanos fosilizados, en cavernas, de la época clásica sin duda, y son idénticos a los que de la época de la conquista, y lo mismo a los de la época actual de su raza.

Estos indígenas son descendientes de la rama tardía septentrional, de donde arranca el tronco americano asiático, y constituyen su primera rama precoz. La similitud de medidas, cuidadosamente tomadas y comparadas, así lo prueban, unido eso a la observación atenta de ritos funerarios y costumbres que pueden observarse exactamente.

Encontramos diferencias, no substanciales, pero sí muy acentuadas en la raza, según los climas y el género de vida, de alimentación y costumbres. Viene toda la raza indígena nuestra

de emigraciones que desde Centro América llegaron, dejando habitantes en las costas: caribes, zenues, bondas, tairones, yariguíes etc. Luego, siguiendo el curso de los ríos Magdalena, Cauca, Lebrija, que las repartieron en Guanes, Chitareros, Laches, Chibchas, Tundamas, Colimas, Muzos, Agataes, Quimbayas etc., los cuales se asilaron sobre los restos de una antigua civilización muy adelantada, quizá los Mayas, cuyos recuerdos están en las ruinas pétreas de San Agustín, enigma que se oculta en la noche de millares de años del pasado.

Los Yariguíes recibieron una influencia especial por su género de vida y alimentación. Conservaron de sus primitivos genitores, la alta estatura, el color rojizo, la cara ovalada, los ojos rasgados, la boca pequeña y de labios brotados, la nariz aguileña. Los Guanes recibieron la modificación del medio ambiente. Su alimentación, carne siempre, pero sin pescados y con muchos vegetales, deprimieron la fortaleza de sus huesos, conservaron la nariz aguileña, la estatura bajó unos centímetros, la piel se modificó en color, pues ya el sol ardiente del río Magdalena y Lebrija no actuaron tanto, menos usaron los coloretos defensores de los mosquitos y el calor. La estatura era de 1,70 y la de los Caribes y Yariguíes llegaba a 1,80 con frecuencia. La latitud en que habitaban no les exigían grandes esfuerzos de respiración, y por lo tanto la nariz no tiene esa chatez que necesita el Chibcha para absorber un oxígeno escaso por los 3.000 metros de altura, ni la boca de éstos, ancha y prolongada, que tiraba la piel de la cara y les daba el aspecto feo de los ojos oblicuos, por estas razones; si no que su boca era pequeña, no brotaba como la de los Caribes y Yariguíes, sino armoniosa, como se ve en las momias, ya de hombres como de mujeres, observada en los especímenes hallados en la Mesa de Jéridas. Los Chibchas por estas razones eran feos, pequeños, color cobrizo, frente aplanada y angosta, cráneo escasamente poniente, cabellos negros y lacios, y esto sí lo tienen los Guanes: nariz chata, ojos pequeños, pómulos salientes y sin barba.

Examinadas dos momias, de hombre y de mujer de estas halladas en Los Santos (Mesa de Jéridas), hallamos en el hombre estas medidas que nos da una idea exacta del conjunto somático: perímetro torácico, 90 centímetros, con una longitud de 1,70, y ponemos un peso aproximado de 60 kilos, a juzgar por el aspecto del conjunto, por la conservación muy buena de los tejidos, por los restos de músculos, por el estado de los dientes. Aplicamos entonces las reglas de Quinet, para formarnos idea de ese organismo, sumamos el perímetro 90 con el posible peso, el cual ponemos por lo bajo en 60 kilos, y restamos de 170; el resultado o diferencia nos da 20, lo cual según esa regla aceptada para el examen de conscriptos en Francia, es de hombre muy robusto. Y así es, pues la momia da impresión de hombre fuerte, sano, que murió durmiéndose voluntariamente, por la posición tranquila, inclinándose a un lado, apoyada la cabeza sobre el lado derecho en una almohada o piedra, o algo levantado. No murió en posición supina como los que mueren de enfermedad ordinariamente, sino de quien duerme tranquilamente. Las manos las colocó, una debajo de su cara y la otra a lo largo del cuerpo. La mujer tiene una ligera curvatura a favor del lado derecho, sobre el que murió. En su cara se puede todavía ver una expresión de tranquilidad, la boca cerrada, las piernas ligeramente encogidas, sobre todo a la izquierda, posición de tranquilidad.

Esta momia estaba tocada de un gorro, el cual conservo perfectamente en mis colecciones, donde pueden verse los cuidadosos tejidos que manufacturaban, de lo cual nos ocuparemos más tarde, rellenos de algodón en rama, perfectamente ajustado a su cabeza, provista ésta de una cabellera negra, abundante. El cráneo es ovoide, braquicéfalo, mandíbulas cortas, de un conjunto armonioso, sin salientes pomulares, signo de inferioridad muy acentuado en los Chibchas y Chitareros, como se puede ver en sus descendientes actuales.

En la momia masculina ya estudiada, hay un detalle muy importante, que da idea de las costumbres de la raza, y son los

pies. Estudiados con toda atención se nota un talón levantado como en las razas inferiores, por ejemplo, la raza negra. Los pies son un tanto anchos, de dedos largos, no cortos, como en las razas mongolas, diferenciándose así las distintas costumbres y el género de labores a que se dedican, pues si bien son del mismo tronco asiático, de que ya hablamos, la influencia del medio ambiente modificó en mucho esta disposición. Los dedos están separados en forma de flor, con pulgares fuertes. La piel, que se conserva muy bien, indica perfectamente que estaba en continuo roce con el piso, es decir, que no usaba calzado de ninguna clase, y entre las cosas halladas ahí, se encuentran igualmente muy conservadas, mantas, camisas, hamacas, mochilas. No hay muestra alguna de calzado, cosa que yo estuve investigando con mucho cuidado, pues es detalle muy significativo. La civilización humana se debe a la delicadeza y cuidado de los pies entre otras cosas. Dice Buffón que si el hombre hubiere tenido duros, carnosos, jamás habría salido de los bosques y breñas. Los pies de la momia indican una labor agrícola muy acentuada. La planta es muy explayada, casi plana, por el esfuerzo sin defensa. Corresponde esto a los fuertes músculos del muslo y la pierna, especialmente de los gemelos con un tendón de Aquiles muy ancho y poderoso. Las manos tienen las mismas características de los pies. No son las manos cuadradas y anchas de las razas inferiores, sino largas, relativamente finas y fuertes, con índices inteligentes y pulgares no chatos, con tendones extensos.

Tengo otra cabeza de muchacha, muy bien conservada, la cual tiene la misma actitud de terrible espanto y angustia suprema cuando le vino la muerte. En esta se ve mejor el horror de esos últimos momentos, pues la torcedura de la cabeza es absoluta. El mentón de la barba está sobre el hombro derecho, la boca abierta y torcida, en actitud de gemir o gritar. Nada tiene de raza blanca. No hay sino que observarla con atención para ver la indiecita de 18 años, enterrada o encerrada vida entre esa caverna, ya por un rito, ya por huir de las depredaciones del conquistador

desatadas en la comarca, y que viendo estas gentes su impotencia, como dice don Lucas Fernández Piedrahita, prefirieron enterrarse vivos por huir de los feroces conquistadores, y se asilaron en la caverna donde antes depositaban sus muertos, lugar muy recóndito y casi inaccesible por entonces y aún hoy. En estas cavernas nada español se ha hallado. Sus utensilios, armas, saetas, jabalinas, flechas, punzones, todo de la madera de los indios; y si alguna cosa española se ha hallado, proviene sin duda de haberla obtenido en algún combate, o en algún punto olvidada por los conquistadores.

## Huesos

Tengo a mi vista un cráneo indígena el cual estudio comparándolo con uno de raza blanca, caucásica, en cualquiera de sus dos grandes ramas aria y semítica, o asiática y africana. El ángulo facial del indígena es menor que recto, en cambio en la blanca tenemos un ángulo de 45 grados. El cráneo es deprimido hasta ser oblongo, cosa que en las razas blancas jamás existe, ni aun en las deformaciones sifilíticas. Los ángulos infero-anteriores de los parietales son muy agudos; en la raza semítica son rectos, o muy próximos a los 45 grados. Los huesos propios de la nariz están levantados, y aun había algunos aguileños. Los malares muy desarrollados, con ligera, y mejor, muy acentuada inclinación oblicua hacia abajo y hacia fuera, orientación que en la otra raza es perfectamente horizontal. La línea media de las órbitas tiene la misma inclinación oblicua de los malares, cuando en la raza blanca es horizontal, y este detalle es precisamente una de las características raciales. Las medidas de distancias de los malares, del frontal, de los parietales, entre sí, del occipital al frontal, etc., no corresponden a las ordinarias de las razas semíticas o arias.

Tengo un cráneo de niño de 10 meses, extraído de allí mismo, momificado, el cual presenta ya las mismas características del de adulto, que venimos analizando. En este se acentúa más la

dirección de las órbitas, es muy oblongo, la nariz muy deprimida. Absolutamente distinto a cráneo de niño de otra raza. En el del adulto se ve el hueso de Worm, hueso triangular, incrustado entre los parietales y el occipital, hueso que sólo se encuentra en la raza americana y en ninguna otra. En varios ejemplares de cráneos indígenas que he examinado nunca falta.

En cuanto a la calidad de los huesos, nada nos puede decir esto de la raza, pero sí del género de alimentación que pudieran tener. En el adulto, son densos, de tejidos muy duros y firmes, dientes muy bien implantados, en este caso sin caries, salvo alguna pieza. Muestra una edad de alrededor de cuarenta años. Los fémures son fuertes, bien desarrollados, con agujeros nutricios amplios, lo cual demuestra la buena irrigación que tenía y la circulación aceptable de que disfrutó. Los coxales son del a misma calidad y densidad de los fémures. Vértebras anchas, de tejidos un tanto esponjoso, conapófisis prolongadas donde se ven los lugares de inserción de los músculos, que denotan fuerza también. Omoplatos anchos, rugosos para la inserción de los músculos de la espalda.

En conjunto, los huesos de esta raza, desaparecida en gran parte, da la impresión de una raza fuerte. Ya hemos visto que por el examen de la talla y aplicando las reglas de Riquet, tenemos que los hombres eran fuertes, y los cronistas nos dan la noticia de haber sido muy aguerridos, hasta el punto de que Galeano hubo de apelar a todos los esfuerzos superiores de que disponía para vencerlos, y cuando lo hubo logrado luego de muchos esfuerzos y luchas, ellos convencidos, los indígenas, de su impotencia en presencia de la absoluta superioridad de armas y estrategia de los conquistadores, resolvieron huir, ocultarse y sepultarse en sus riscos y cavernas. De ahí la existencia de esos amontonamientos de huesos para ese entonces, unos recientes, y otros de data anterior, pues sin duda escogieron los lugares ocultos donde ellos acostumbraban depositar sus muertos. Por eso se hallan huesos antiguos a la época y momias que, sin lugar a duda, proceden de personas enterradas o encerradas vivas, y

que murieron allí de una muerte atroz, como se ve por las actitudes de que ya se ha hablado.

Las mujeres eran de muy aceptable fisonomía, y los cronistas dicen de ser muy bellas y muy amables, como lo sugiere don Juan de Castellanos, Fray Pedro Simón y Lucas Fernández de Piedrahita, y al examinar las momias bien se comprende ser esto bastante verdadero. También se encuentran cadáveres de niños momificados, en los cuales se descubren los mismo caracteres raciales de los adultos: ojos bastante oblicuos, malares pronunciados, frentes deprimidas y echadas hacia atrás, propias de la raza exclusivamente americana, no europea.

## **Costumbres**

Los Guanes fueron un pueblo agrícola especialmente, fabril y guerrero. Es decir que tuvieron una civilización bien adelantada, comparable en un todo con la de los Chibchas, con los cuales tenían muchos puntos de contacto, comerciaban con ellos, a quienes les daban sobre todo algodón, ya manufacturado, hilaturas de fique, frutos de tierras templadas, y recibían de ellos sal de las salinas de Zipaquirá, Nemocón y Tausa, objetos de oro manufacturados por los hábiles orfebres que estos tenían.

Como guerreros ya sabemos por don Juan de Castellanos que en las llanuras de Macaregua combatían en cuadros, “como hubieran estado en Flandes”, dice el beneficiado de Tunja. La resistencia que hicieron a Martín Galeano fue tremenda, hasta preferir no dejarse vencer, sino más bien sepultarse en sus cavernas con sus mujeres e hijos, antes de entregarse al conquistador. En mi colección tengo armas de macana, flechas y, sobre todo, jabalinas muy agudas, de una longitud de cerca de dos metros, cuidadosamente preparadas, hachas de combate, distintas de las hachas domésticas. Estas son anchas, cortas y muy afiladas. Aquellas son largas, redondeadas, aguzadas por un lado y afiladas por el otro extremo, las cuales montaban entes

un palo rajado y aseguradas con cabuyas, arma terrible en manos esforzadas. Tengo dos ejemplares de éstas, y varias de las otras, todas de diorita, porfirita y otras piedras muy finas.

Entre los utensilios que poseo veo objetos de macana, como los aditamentos de telares, los cuales muestran los cortes finos de estas hachas domésticas, que cortaban perfectamente esa dura madera. No tenían hierro, elemento de civilización en las edades de la humanidad, pues marca una etapa más importante que la del bronce, esta, la mezcla de cobre y estaño, sólo supone un adelanto en la ejecución de obras de arte, mientras que el hierro fue el ayudante de la agricultura y la guerra, factores indiscutibles de civilización. Los Guanes, o mejor los Chibchas, tuvieron cobre, y explotaban esas minas, y se servían de este metal casi exclusivamente para las aligaciones de las joyas de oro, y para hacer argollas y algunos adornos de poco valor entre ellos.

Pueblo agricultor, cultivaban principalmente el maíz, del cual conocían algunas variedades. Molinado en piedras ligeramente cóncavas, sirviéndose de otra piedra, la mano, que era un rollo aplanado en la parte inferior, el cual movían con las dos manos. Preparaban con el maíz la chicha, con la cual se embriagaban, vicio muy extendido entre ellos, como en toda la humanidad, que tiende a la embriaguez desde el padre Noé hasta nuestros días, y que creo no terminará si no con la humanidad. Además, hacían pastas en forma de bollos, envueltos en hojas, mazamorra, llamada suque, nombre que ha perdurado entre el pueblo, que llama masuque todavía la mazamorra espesa. Tenían papas y otros tubérculos, fríjoles, calabazas, ahuyamas y tomates y usaban el ají como condimento.

Muchas estimaban el hayo o coca, de uso general entre ellos por cualidades tónicas del jugo de su hoja, entre los objetos hallados en este cementerio, tengo un calabacillo que contiene polvo de cal, proveniente de la calcinación de caracoles, pues



hallo fragmentos de este caparazón imperfectamente calcinados. Chupaban esta cal, luego de masticar las hojas de coca, cuando se sentían desfallecer, o cuando sentían hambre, pues la acción tónica y analgesiante de la cocaína les era muy grata, tal como ahora también a los aficionados a tan feo y desastroso vicio, y neutralizaban instintivamente el efecto ácido del jugo de las hojas del hayo con la alcalinidad de la cal. Todavía entre las tribus salvajes de Casanare y del Sarare, entre los goajiros, tunebos y motilones es corriente el cultivo de la coca y el uso de la cal, que la llevan siempre entre calabacillos. Allí se halló este que poseo con cal, al lado de un cadáver de cuya pertenencia hubo de ser. Esto no lo usaban naturalmente los españoles de entonces ni los de ahora. Junto al calabacillo se halló una cucharilla finamente labrada, de una madera dura, de la cual se servía el dueño del calabacillo de cal para absorberla. Otros indios usan un plato que humedecen en saliva previamente, y luego echan entre la cal, y chupan la cantidad que se adhiera al platillo. Tal el uso actual entre los salvajes.

Cultivaban la coca, y entre nosotros se conserva la planta salvaje, que por cierto se desarrolla muy bien, muy frondosa. Tenían frutas como aguacates, guamas, piñas, las mejores del mundo quizá por su dulzura y por la abundancia de jugos azucarados, guayabas, pitahayas, guanábanas. A su alimentación vegetal añadían carne de venados, prohibida entre los Chibchas para el pueblo, únicamente permitida a los jefes; curíes, conejos y aves silvestres como palomas, perdices y patos. Tenían los peces de sus ríos. Ya vimos que los huesos examinados dan idea de la alimentación que tenían, y ésta de la industria agrícola. La principal era el cultivo del algodón, en cuyo beneficio eran muy hábiles.

## **Utensilios**

Examinamos ahora unos objetos hallados cerca de una momia femenina, sin duda pertenecientes a ella. Una mujer joven, muerta en asfixia como ya se estudió, de una belleza relativa, y en una

angustiosa posición. Son una rueca que poseo en mi colección, cuyo tallo de macana, la eterna madera de los indios, la **Bactrix** macana, palma de la cual hacían todos sus instrumentos de resistencia; sus armas, sus telares, al menos las piezas de éstos de movilidad, como las lanzaderas y los tallos de apretar el cruce de la urdiembre, de los cuales también poseo en mi colección varios ejemplares. El huso que poseo es de unos cuarenta centímetros de longitud, con un grosor correspondiente. En la parte de arriba, la más delgada, tiene una nariz donde se engarza el hilo que se va torciendo de algodón. Para darle impulso, tiene un tortero de piedra blanca, perfectamente labrado y adornado con figuras caprichosas, rectangulares, de un diámetro de diez centímetros, lo cual indica que se torcía en este huso gran cantidad de hilo de algodón, pues tengo otros de torteros más pequeños y de tallos menos largos. Todavía se usa ese adminículo entre las gentes del campo que hilan lana o algodón, haciendo girar el tortero dentro de una totuma, y con mucha habilidad van dando materia, algodón o lana, a la extremidad del huso, y con los dedos hábilmente van alimentado la torsión, igualando la densidad de la cuerda.

En una arca o petaca de cañas aplanadas, de que luego hablaré, se encontró un rollo de algodón hilado, muy curioso. No es una madeja continua de longitud apreciable, sino trozos de alrededor de un metro, muy igual al grosor, anudado cuidadosamente, lo cual da a entender que lo hacían así para sacar las cuerdas que necesitaran para los tejidos manuales que hacían. No así para los telares, en los cuales necesitaban largos hilados de algodón. La calidad de este hilo es de primer orden, por su uniformidad y por su densidad.

La petaca de que hablo es de una factura curiosísima. La materia es de caña-brava, de las gramíneas, el **Ginerium sacharoides** de Linneo, cuidadosamente preparadas las cintas o trozos de caña, teñidas de colores ocre y alternando con el color natural blanco de la caña, hoy amarillento y sucio por el tiempo de su encierro en la caverna. El tejido o trabazón es

simétrico, apretado y uniforme, con pespuntos o dobladillos en los bordes, que refuerzan la forma cuadrada y en los ángulos tiene un refuerzo de las mismas hiladas de caña. Dividida en las dos partes esenciales, el fondo y la tapa. El fondo es amplio y la tapa muy agraciada y pequeña en su altura. Contenía hilos de algodón, y una cosa lo más curiosa y la más diciente: un capador o flauta de Pan, hecho de carrizos o pequeños tallos de caña, escogidos de calibre y longitud diferentes, sin duda para procurar sonidos distintos, y unidas las partes por medio de cuerdas de algodón compactadas por una especie de resina o cera vegetal, o tal vez de la cera de las abejas negras que ellos tenían. Allí en ese instrumento se tocarían las guabinas que inmortalizó el nunca olvidado maestro Lelio Olarte, de feliz memoria, esos aires netamente indígenas, en tonos menores, donde gime el espíritu de esa raza hoy vencida y casi anulada. El capador es pequeño, de unos quince centímetros de longitud, con unos doce de longitud en su mayor altura. De la noche de los tiempos surge ese pequeño instrumento para hablarnos de una población que tenía ese gusto por la música, denotando así su grado de civilización, que junto con las hilaturas, las armas y, sobre todo, los tejidos y las cerámicas de que luego se hablará, un pueblo tranquilo, laborioso, agrícola, con instituciones asentadas que dan a entender los años que llevaban de vida en pueblos, con instituciones comunales, con vida, si bárbara, no salvaje, pues cosa muy distinta es la barbarie de la vida salvaje, palabra convencional en relación con los pueblos llamados civilizados, ya por los adelantos de la ciencia, ya por las comodidades relativas en las que viven, que quizá no por los hechos y la conducta pública, pues fuera de las ideas morales cristianas, lo demás es convencional y de muy poca significación en lo que se refiere a civilización.

Dice fray Pedro Simón en el tomo II, página 298, que los jefes Chibchas daban como regalos a sus súbditos de estimación, mantas muy ricas. En las procesiones y carreras reales, el Zipa caminaba sobre mantas extendidas bajo sus pies. A los vencederos en las carreras clásicas, por las calzadas que todavía

existen en hullas y restos, los premiaban con mantas también. Las solicitudes de matrimonio se hacían mediante un regalo a los padres de la novia, principalmente de mantas, carnes y legumbres. Los cobradores de impuestos ganaban su sueldo en la misma especie de mantas que recolectaban. A los muertos se les vestía con especiales mantas también. Véase por todo esto la importancia de los tejidos, y por ende del cultivo y elaboración del algodón, especialmente entre los Guanes, cuyos territorios eran y son muy propicios para el cultivo de la benéfica planta. Por cierto que la tradición de las famosas mantas se conservó entre ellos, en especial en las poblaciones del Sur, el Socorro, que hasta hace treinta años producía cortes para pantalón del pueblo y de los niños, bayetas para faldas de mujer, azul de índigo, y roja para ropas interiores, lienzo que llamaban gordo, para camisas, pabellones para toldillos, sobrecamas muy bellas y muy bien labradas, toallas o paños de manos, servilletas etc., todo esto era una herencia y tradición de los Guanes. Tenían también telas finas en esa clase, pues por ejemplo, el General Santander usaba vestidos de esas mantas finas del Socorro. Casi ha desaparecido esa industria por la invasión de telas extranjeras, que empezó por los driles ingleses y las mantas que llamaban italianas, que desalojaron completamente la fructuosa industria que era para la región fuente de gran riqueza, pues desde las mantas para vestidos hasta las criznejas y fajas y las capelladas para las alpargatas, todo era ganancia para el pueblo fabril que se ocupaba en sembrar, hilar y tejer el algodón.

Teñían sus telas por medio de colores vegetales, de los cuales todavía hay tradición en los pueblos del sur y del norte del Departamento, pues hay que advertir que en la raza, las costumbres y aun los dialectos, eran no uniformes pero sí muy cercanos entre los Chibchas, los Guanes y los Chitareros, y las tradiciones que se conservan en muchas cosas, como en los ritos de los muertos, en las cerámicas, en los cultivos y en las costumbres todas, eran casi unos mismos.

El añil, el **indigofre indica**, lo empleaban para el color azul, tan en uso entre nosotros hasta que lo derrotaron las anilinas sintéticas alemanas, y les daba una gama azul muy extensa, desde el azul casi negro hasta el celeste pálido. La cochinilla, desarrollada en las hojas de la tuna o nopal, la **opuntia**, entre las cuales está la **miconia mille flora**, llamada en el Socorro Azucarero, las cuales, además del parásito que da el color púrpura tan bello, émulo del murice de Tiro de que nos habla Bello en la *Oda a la zona tórrida*, tiene tanino, que servía para fijar el color en las telas. El morado lo obtenían de la **oreodafne laurinea**; el amarillo del azafrán, **crotis sativa** y un bermellón naranja que extraían y obtenían del tropeto, **Beconia frutescens**. Tenían otro rojo de la llamada Barba de piedra, **Usneas de las Stereocaulonias**, líquenes muy abundantes en las tierras frías, criptogamas muy bellas y muy en uso hasta hace algunos años.

Para la fijación de los colores u obtención de los mordientes, empleaban las saleféricas del gurapo de los aguacates, la sal de cocina y las lejías de cenizas, especialmente de ciertas maderas como las **laurineas**, muy ricas en tanino, mezclados con yerbabuena o **menta piperita** y sumergían en barro fermentado las telas para obtener un negro muy acentuado. Mezclaban los colores para obtener gradaciones especiales, y añadían ubilla, **cestrura tintorium**, Gamón, **dianela dubia**, raque, **vallea stipularis**. Vemos cuán perfecta era esa industria entre estos indios, casi mejor que ahora en que nos atenemos a lo que nos venga del exterior, cuando no nos bastamos a nosotros mismos en estas necesidades.

Además de las mantas y camisetas tenían otras prendas muy curiosas y muy bien manufacturadas, como gorros, de los cuales ya dije tengo un ejemplar, hecho de tiras anchas de tejido, con listas carmelitas, adosadas alrededor de un aro de la misma materia, duro y fuerte, forrado al interior con algodón en rama. Tal vez sería para uso de un enfermo, pues se halló en la cabeza de un

cadáver momificado, muy bien ajustado al cráneo, por cierto que en el algodón se hallaron gran cantidad de cabellos desprendidos de la cabeza del dueño de tal prenda. En las figurillas, ya de oro, ya de tierra coicha, se ven prendas diversas de vestidos, y aun en alguna terracota se ven como amago de pantalones, que apenas se han visto en esa representación. En hamacas tengo unos restos con los asideros muy bien trabados, y una hamaca de hilo, con cinturas de agarre tejidas de fique, por cierto de un tejido fino y resistente, distinto y superior a las hilaturas actuales.

### **Clases de tejidos, mochilas, mantas, dibujos etc.**

No he podido encontrar restos de calzado, y el examen de los pies de las momias, ya masculinas, ya femeninas, denotan claramente la ausencia de este uso, pues la piel se ve endurecida por el continuo contacto, sobre todo hacia los talones, donde el tejido especial de esta parte da idea de la continua fricción con el suelo: los bordes de la planta doblados en su espesor, los dedos separados, no recogidos como en quienes usan calzado.

Sombreros quizá no tuvieran, mas sí gorras de uso muy común, y el descrito da idea de práctica en su hechura, por cierto muy agraciada, pues este que poseo es muy simétrico, adornado por telas en tiras, con listas de colores vivos. Todos los idolillos y las terracotas chibchas, y las halladas aquí en las tumbas, llevan todas invariablemente cubierta la cabeza, lo cual indica que nunca prescindían de esta prenda.

Hay una pequeña hamaca, para niño sin duda, hallada junto con los huesos de un niño de menos de diez meses, por la irrupción de los dientes, y es un artículo muy curioso. El tejido es como siempre, de algodón, y los extremos, antes del engarce, tienen una faja finísimamente tejida de la misma materia, y lo correspondiente a los anillos o agarraderas, es de hilos separados, formando un conjunto fuerte para guindarla en sus casas.

Usaban mucho para diversos menesteres mochilas, o bolsas de tamaños diversos. El tejido de éstas era muy distinto del de las camisetas y de las mantas. Mientras que en éstas el tejido era apretado, denso, para lo cual tenían largos rodillos de pasada madera, que en la urdiembre los pasaban luego de pasado el hilo que llevaba la lanzadera, haciendo tracción hacia el tejedor, lo cual daba densidad a voluntad de las telas y mantas, uso que yo he visto en otros tiempos ejecutar lo mismo en la tejida de frazadas y ruanas de lana, en los mismos primitivos telares de los Guanes y Chitareros, en las mochilas no, pues las ejecutaban a mano y entre dos palillos, usando un tejido de hilos más o menos gruesos, según como quisieran el tejido; daban así artefactos muy bellos, muy simétricos en su forma redonda, con el orillo reforzado por un pespunte del mismo tejido, del cual arrancaban dos cordezuelas fuertes para llevarlo ya en la mano, ya terciado. Los ejemplares que tengo, el uno contenía calabacillos de hayo, con el palillo de extraer la cal para reducir la acción ácida de la masticación de la coca. La otra contenía simplemente algodón y unos torteros lisos para hilar, con su correspondiente tallo de madera negra, el marfil.

Las mantas eran, ya para cama, ya para cubrirse, con listas o maures, como ellos las llamaban, y todavía en algunas partes conservan esa denominación, lo mismo que las liquiras o camisetas. Los listados de éstas eran muy simétricos, de colores muy vivos, especialmente rojo, que contrastaba con el fondo blanco del color natural del algodón, o amarillo, obtenido como ya lo dije, por medio del trompeto y alguna otra planta tintórea, como el **hematoxilon brasileto**, o palo de Brasil, que da la más bella coloración púrpura, del cual hay bastante cantidad todavía a orillas del Chicamocha, usado todavía entre las gentes del campo para teñir lanas actualmente, aunque en desuso por la introducción de las anilinas. Mas cualquiera que quiera ensayarlo, aquí en Bucaramanga se puede conseguir, sin dificultad, a título de curiosidad.

¿Cuál sería el precio que tuvieran estos objetos? A ese respecto el P. Aguado tiene un capítulo muy ilustrativo. En su *recopilación historial*, página 268, dice así: “Pues preguntándoles a estos tales indios que cómo habían y traían el hayo y el algodón, (se refiere a los Chibchas, que no tenían ni una ni otra cosa), de las partes referidas, y lo que en cada cosa interesaban, a lo cual decían que el algodón lo iban a comprar donde lo había y que traído a su tierra, aderezándolo, hilándolo y tejiéndolo, hacían de ella otra tan buena manta como la que habían dado, y cuatro mantas chingamanales que llaman de este nombre por ser pequeñas y bastas y mal torcidas y peor tejidas, y suelen dar por una manta buena y fina, tres o cuatro de estas chingamanales y es todo lo que interesan y granjean en el algodón”.

Hasta aquí el P. Aguado. Esto nos dice claramente que el precio del algodón era de dos mantas finas por cuatro arrobas de algodón, que es lo que podía cargar un indio. El comercio principal de este artículo de los Chibchas era con los Guanes en los dichos mercados de Sorocotá, Moniquirá y Saboyá, donde se hacían los intercambios.

Las mantas eran densas, las mochilas ralas, de tejido como el de las redes de pescar de todo mundo conocidas. Las fajas de las hamacas, fuertes, apretadas y perfectamente simétricas, ya en el reparto de los colores como en las conducción y posición de los hilos de urdiembre, pues eran cenojiles suaves e iguales perfectamente. Sin duda estas fajas con las cuales llevaban cargados sus hijos, las apoyaban en la frente las madres y por ello cuidaban de que fueran de esa fortaleza y esa suavidad. Una faja que he observado tiene las huellas del uso y de la grasa de la piel de quien la usaba sin duda con frecuencia.

En mi colección tengo otro gorro de una factura especial y muy ilustrativa sobre la gran habilidad que tenían estos indios en sus tejidos. El contorno inferior del gorro, en el cual engarza la



tela, está reforzado por un cordón tejido de pelo humano, cabellos de mujer, trenzado en cadenillas muy bien trabadas entre sí, de modo que formaba un conjunto igual, simétrico y resistente. Algunas extremidades sobresalen, es decir, las puntas de los cabellos que terminaban ahí, y se sustituían por nuevos cabellos que continuaban el trenzado y las extremidades se confunden, de modo que no se sabe cuál es el principio. Hechura es esta de una delicadeza asombrosa, pues hoy mismo hacen leontinas de cabellos, no tan cuidadosas como esta. La tela del gorro es muy fina, con labores de color carmelita. Hacia la mitad del gorro tiene un refuerzo de pelo humano también, pero no redondo como el orillo, sino plano, tejido en crizneja, con absoluta simetría en cuanto a la anchura, y también le da la vuelta al gorro. Todas las figurillas de oro, las terracotas halladas, representan ya sus dioses, ya sus caciques, tocados invariablemente con un gorro. No se ha hallado ninguna a quien falte ese adminículo, cosa muy particular.

El adorno de este de que tratamos presenta las fantasías peculiares de todos los adornos de sus cerámicas, ondulados y con interrupciones de rayas simétricas, trabadas muy bien en el tejido, al manufacturarlo.

Los tejidos eran de varias clases. Las mochilas o guambias eran de malla, ralas, con la parte abierta reforzada por triple vueltas de hilos de algodón. De otra materia, como lana o pelo de algún animal, nada he hallado en las cosas que poseo, todas pertenecientes a estos habitantes de esta caverna.

El cordón y trencilla de pelo humano es sin duda la más alta muestra de habilidad de los tejidos, pues es una obra de mano, de arte positivo y muy dicente en lo relacionado con un pueblo fabril, artístico y de una civilización muy avanzada, de una vida sedentaria, doméstica muy acentuada. Para mí tengo que esta obra es quizá lo mejor que se haya hallado en este cementerio, pues indica el cuidado, la atención de este admirable tejido, y si se interpreta más lentamente, como todavía significa entre

nosotros una dedicación especial, un recuerdo afecto de una mujer para su amado, pues no otra cosa indica el cuidado de tejer con cabellos femeninos, largos y cuidados un objeto de uso especial, y más si se considera la finura del artefacto, el color de los adornos y el tamaño para adulto, pues no era para niño. Digno objeto de atención especial, pues nos dice qué clase de pueblo era este Guane, y hasta dónde llegaron en el difícil y cuidadoso arte de los tejidos.

También obtenían el rojo, además de la cochinilla y el palo del Brasil, con la bruja o puca (Rubian itida), la Bixina o principio del rojo del achiote, ya mencionado, el cual empleaban para teñido del cuerpo, a lo cual eran muy aficionados, y que los preservaba del calor excesivo y de la picadura de insectos, especialmente a los niños, la chica (Bignomia), los frutos de la phitolacas (Guaba de Pamplona). Tintes azules y violáceos, y además del añil, base de tintas, la manzanida, árnica, no la especie de montaña, sino la Senecio crepidifolius, la pschotria y cyanococca, cuyos frutos o bayas son azules.

El resto de otra manta roja, es de otro estilo distinto del anterior, de la tela blanca y fina de la liquira o camiseta. Esta era precisamente el tipo de las mantas comunes, ordinarias y abundantes que tejían. La urdiembre era distinta, pues las manufacturaban, si anchas en los telares, pues de otra manera no podrían haberlas ejecutado. Si angostas, como las tiras de los gorros y fajas, en planos manuales, como tablas, y aun sobre horquetas y sosteniéndolas en las piernas para mejor comodidad y precisión.

El tejido es grueso, muy apretado y muy parejo, hecho sobre una tabla, como ya dije. Estudiándolo detenidamente y hábil o con persona muy entendida en estos tejidos, me dijo ser el correspondiente al árabe macramé de los franceses. Nihil novum sub sole, como dijo Horacio. Allí templaban los hilos verticales y entreveraban los horizontales, encargados éstos de actuar para

el avance del tejido. Las ornamentaciones son ya dibujos rectos, a lo largo del tejido, ya en zig-zag, ya en ángulos, creneladuras que dicen los franceses, siempre con hilos de distinto color al del fondo, previamente teñidos, otros ondulados.

Este tejido, más grueso, más consistente, de hilos más robustos, pues suponían la mayor resistencia para un uso diario, y de roce mayor. Al examinar cuidadosamente esta materia laborable, vi que además del algodón tenía otra clase de fibra, muy difícil de analizar, hasta que hallé en uno de los gorros, mullido al interior con algodón en rama, una materia distinta en color y en consistencia, la cual me permitió analizarla mejor, y caí en cuenta al mirar las fibras al microscopio, ser vegetales y producto de las drupas del balso o lano, (*Ocrhoma tomentosum*), ceiba de lana, **esterculiácea**, que suministra una especie de lana vegetal en la borra de sus frutos. De este hay especies que suministran textiles, no desconocidas por los indios como el (***Heliocarpus payanensis***) **Tiliacea** que da una fibra textil.

Remataban estas tiras y mantas con flecos que es el remate de los hilos del tejido por medio de unos palitos, de que se hallan especímenes muy usados y brillantes. Antes de hacer este remate en el fleco, tejían una cadeneta que le daba solidez al resto anterior y no permitían se desflecara la manta. Hay flecos de una suma elegancia por la longitud de los hilos, recogidos en manojos, donde acumulaban los colores distintos que les habían servido para las aplicaciones y dibujos ornamentales.

Resumiendo, el arte del tejido adquirió una notoriedad muy acentuada, y por las muestras examinadas tenemos idea completa del cuidado, la fantasía, el gusto y la laboriosidad de las mujeres, sin duda las encargadas de esta ejecución. He visto reproducciones de tejidos aztecas, nada inferiores a estos estudiados, y por cierto muy similares en la coloración, en los dibujos y el gusto que allí aplicaban. Sabemos por todo lo estudiado como eran sus vestidos y cual la industria de los tejidos.

Ahora entramos al análisis de las cerámicas halladas en este cementerio, libro muy elocuente de su vida doméstica e industrial, cuyas páginas nos hablarán también de una civilización muy adelantada en un pueblo de vida sedentaria, de larga data en la región, y con tendencia a una estabilidad prolongada, como que todavía se conserva la tradición de esta manufactura en las cuales ponían, lo mismo que en los tejidos, todo su espíritu, todo su cuidado, y donde se reflejan sus costumbres, sus creencias y sus gustos.

Ya hablé de los telares de madera en que ejecutaban estas piezas de tejidos con tanto arte y tanta paciencia. Se hallaron aquí numerosos palillos de los empleados para atar los hilos que tramaban a voluntad, siguiendo los diversos dibujos que ponían en las fimbrias o en los extremos de sus mantas, en los cuales palillos se ven envueltos los hilos de diversos colores que empleaban para el efecto de las figuras y diversidad de ornamentos. Halláronse en éstos cantidades bastante, lo mismo que torteros y husillos, denotando esto la intensidad de la industria.

Hasta ahora no se tenían muestra de mantas ni telas de esta procedencia, salvo una pequeña existente en el museo nacional, citada por don Vicente Restrepo. Hasta ahora con este hallazgo precioso en el cual se ha podido estudiar a cabalidad lo relativo a estas costumbres indígenas.

A fines del siglo XVIII, durante el virreinato de Messia de la Zerda, se hallaron unas momias y mantas en la jurisdicción de Ocaña, de que da cuenta la obra de P. Julián de Palavicini “La Perla de América”, de lo cual será bien dar una referencia que asegure lo aseverado por nosotros en este estudio. Dice el P. Julián: “Es una de las sierras que rodean la ciudad de Ocaña hay ciertas cavernas donde se hallan indios muertos sin corrupción alguna. A más de los cuerpos se hallan mantas y colchas de cama, tejidos de algodón, enteras y sin lesión alguna, aptas al servicio. El señor virrey Messia de la Zerda hizo llevar uno incorrupto a Santafé, y lo mostraba a las personas de su amistad.

Estaba en cuclillas, abrazando con las manos las rodillas y mostraba en el cuello una gran herida de sable”. Hasta aquí la transcripción del P. Palaviccini.

## **Cerámicas**

Ahora entramos en el estudio y análisis de las cerámicas halladas, piezas muy elocuentes que nos hablan de su vida doméstica también, al par que los tejidos, y que en sus mudas páginas nos permiten leer y comprender cuadros de la vida de esa tribu adelantada, manufacturas en las cuales ponían mucho de su espíritu, todo cuidado, y donde se reflejan sus costumbres, sus creencias y sus gustos artísticos, testigos del adelanto que tenían en una vida estable de pueblo de relativa civilización.

He hallado en una tumba de las cercanías de Girón unos ejemplares de botijas exactamente iguales a algunas de las de Los Santos. Eso quizá pueda probar la identidad de raza, de costumbres y la comunidad de tribu, y que no poblaban este valle Chitareros, sino Guanes, bien que entre estas tribus, Chitareros y Chibchas, no había grandes diferencias, pues hasta las palabras que se conservan designando sitios, son idénticas, y las mismas se hallan en Boyacá y Cundinamarca que en Tona, Oiba, Socorro, Silos, Pamplona y Cácota de Velasco, donde he hecho mis observaciones al respecto.

La calidad de la materia prima es muy importante de notar. Tenían desde una greda ferruginosa, la cual empleaban ordinariamente en utensilios comunes, hasta arcillas plásticas ya muy densas, con kaolines de porcelana muy finos, empleados para vasos y jarros, los cuales ornamentaban con gusto y atención.

Las ánforas funerarias que poseo, extraídas de las tumbas de los Yariguíes, son de gredas y areniscas muy ordinarias, las cuales apenas tenían cohesión, y los adornos de monstruos, cabezas de

tortugas y serpientes, cedanillas que rodeaban la boca de las vasijas, apenas sí permitían diseños groseros y burdos, pues las fisonomías que trataron de hacer, no tienen mayor expresión y los detalles son apenas perceptibles. La cocción sufrida por estas piezas es muy imperfecta. Al sacarlas están muy húmedas, y para poder conservarlas hay necesidad de dejarlas largo tiempo al sol, pues de otra manera se deshacen en las manos.

No así estas otras obras de los Guanes, en las cuales se nota la escogencia cuidadosa de la greda plástica, mezclada con arena muy fina y lavada, la cual le da ciertas piezas aspecto brillante por las partículas de mica muy abundante.

Las formas son muy diversas como diversos eran los usos a que estaban destinadas. Ánforas sin duda para contener chicha, de vientre dilatado y boca estrecha, mas no tanto que no pudiera dar cabida a la mano. Jarros de cuellos prolongados, con abolladuras dobles en esta extremidad, otros de cuello alargado y uniforme. Vasos en forma de tazas muy uniformemente hechos, en perfecta circunferencia, con adornos cuidadosos en los bordes. Uno empleado sin duda para beber, tiene unos medios arcos, levantados, en la inversión que guardan, en cada ángulo hay una pequeña rana, cuyas manos forman la continuación del medio arco. Este vaso es muy curioso, ya por la materia plástica, un kaolín muy fino, por la forma caprichosa, y por las cuatro ranas que se destacan perfectamente en el borde. La rana era entre los indígenas motivo muy socorrido de adorno, sin duda por ser símbolo, parece que del agua, el elemento para ellos, como para todo el pueblo agricultor, de primer orden por la absoluta necesidad de su intervención en las cosechas y siembras. Otro jarro o taza abierta tiene también ranas en los bordes, y está ornamentado a mano y con pincel, apelando a una química pictórica muy curiosa, en que los rojos y los blancos alternan para hacer contrastes de mucho efecto.

La perfecta simetría de una taza de estas me ha inclinado a pensar que usarían quizá tornos para modelar las arcillas, pues

sería muestra de suma habilidad el conseguir esta uniformidad en el esparcimiento de la greda, tanto al interior como en el exterior, donde no se notan huellas ningunas de simetría, por ligera que sea. No está hecho este vaso en molde, pues no tiene señal alguna y no se comprende lo emplearan.

El arte de los vasos ha sido tema de civilización de la humanidad. La aparición de los vasos campaniformes marca una etapa de buen gusto, de cuidado en la alfarería, que sólo empezó en la Etruria, luego en Grecia, naciones o civilizaciones que nos dejaron muestras de su altísima civilización, ya en la forma campaniforme, ya en los decorados sin iguales que se ven en ellos, motivos mitológicos, guerreros, danzas, decoraciones de flores y de frutas, caras, animales. El Renacimiento no hizo sino imitar estas estilizaciones clásicas. En estos vasos, naturalmente no de la altura de aquellos, pero sí relativamente perfectos, pues si no tuvieron formas como los antiguos, muestran curvas, ondulaciones, alargamientos de muy buen gusto. Ahora las decoraciones hechas a pincel y con un conocimiento de química pictórica bien apreciable, pues los rojos resaltan sobre la blancura, y las lineamientos blancas se destacan en fondos ocres de muy buen gusto. Estas líneas rojas están ejecutadas con materias que impregnadas de silicatos, las hacían indelebles y no atacables por el agua ni por el tiempo. Este especial vaso de que hablo es una delicada muestra de todo esto.

Otras decoraciones las ejecutaban en la arcilla blanda, con punzones, y trazaban imitaciones del sol, de la luna, ya en menguante ya en creciente y, cosa particular, sobre lo que le llamaba la atención al Profesor Schottelius, que algunas decoraciones de estas jarras repetían exactamente los trazados de la túnica blanca hallada cubriendo una momia. Las mismas representaciones del pincel en la tela están hendidas en el dorso de algunas jarras. Debieron ser motivos iguales, usuales y simbólicos.

El fondo del vaso de que hablamos tiene una cuidadosa y muy bella decoración: líneas paralelas, luego cruzadas, cruces que debieron ser para ellos estrellas, trazadas con mano firme, buen gusto y toda simetría, y motivo de estudio y de interpretación muy llamativos.

Ya vimos los vasos, espécimen muy importante y de mucha significación. Ahora examinemos otras piezas, muy abundantes, sin duda por el empleo continuo que se hacía de ellas, y son los jarros. Hay de diversos tamaños: pequeños, y aun algunos que son juguetes de las niñas, pues no parece que fueran de uso útil alguno. Al menos tengo tres de una capacidad mínima de algunos decímetros cúbicos, bellamente adornados, siempre con las mismas coloraciones rojas, con asas graciosas, prolongadas, fuertes y de manufactura cuidadosa, bien que no como las de los vasos de beber, en los cuales aparecen las meticulosidades pictóricas atentas, simétricas y de una rara fantasía.

Hay unos artefactos a manera de soperas, sin asas, siempre hechas con una admirable simetría, pulimentadas al interior y al exterior, donde no se notan huellas digitales, ni desviación alguna en la materia prima, antes bien, con un pulimento como logrado por medio de los tornos que ahora usan los alfareros actuales, de alfarería ordinaria, en la fina de fábrica de porcelanas y lozas finas, prueba de que sí los usaban para dar obras de esta finura.

El exterior de estas especies de soperas está pintado con rayas rectas, en algún espécimen, y en otros con líneas onduladas, que se cruzan graciosamente, y en los espacios angulares hay cruces o estrellas cuyas ramas terminan en líneas cruzadas a su vez, dando un conjunto armonioso y muy delicado. Los bordes son delineados, acordonados con un tejido como el de las trenzas o criznejas que tejían en sus mantas. Otras tienen anchas fajas de pintura, que se cruzan alrededor de las vasijas, resaltando mucho el ocre de la ornamentación, con el color ya casi blanco del caolín, ya oscuro de las gredas ferruginosas que empleaban para las vasijas de menor aprecio.



Tanto en ese cementerio como en otras partes, por ejemplo en la parte alta de la ciudad, en tumbas allí halladas se encuentran unas copas de gran tamaño, asentadas en pies amplios, no macizos, sino huecos, y algunas tienen en estos pies pepitas de tierra cocida. Estas copas tienen un diámetro en su parte alta hasta de treinta centímetros. Hay la observación que tanto las halladas en este cementerio, como las encontradas en las tumbas de la parte alta de la ciudad, en el barrio agreste que está urbanizando el doctor Rueda Rueda, y las extraídas de tumbas en los altos de Palonegro, y en el sitio llamado Vijagual, son idénticas en su forma, en la materia prima empleada que es una arcilla plástica no muy fina, pero sí bien mezclada con arena y con gredas amarillas.

Las ornamentaciones están alrededor de la parte ancha, en los bordes, y están constituidas por pinturas en bajo relieve, hechas con punzones tal vez metálicos, pues los indígenas disponían de cobre de las minas de Moniquirá, con el cual sin duda hacían instrumentos de resistencia, de los cuales se servían para perforar otras joyas de oro y de cobre, como veremos más adelante cuando estudiemos las halladas allí, que son adornos del cuerpo.

Estos dibujos son muy variados: ya son rayas en ángulos, que se tocan por los vértices o por las líneas laterales, ya onduladas, mas con diversas fantasías y de una perfecta simetría, de modo que examinándolas cuidadosamente no se puede precisar donde empezó el orfebre el trabajo de ornamentación, pues las líneas todas se encuentran imperceptiblemente en algún punto calculado de antemano, de modo que no tiene solución de continuidad, ni punto de terminación.

Su empleo es muy difícil de determinar. Siempre se han encontrado al lado de los cadáveres, y sin duda contenían alimentos, junto con las ánforas que debieron contener la chicha que suponían necesitaba el muerto para el largo viaje que emprendían con la muerte. Allí depositarían los tubérculos que

eran parte de su ordinaria alimentación, de que ya hablamos: papas, habias, cubios, rubias y yucas. Al desenterrar estos utensilios no se hallaba en ellos sino tierra, pues los centenares de años que estuvieron enterrados habían destruido completamente la materia que contenían. Sólo en algunas ánforas pequeñas, y de boca estrecha, se hallaron huellas de maíz machacado, de la chicha que contuvieran primitivamente.

## **Joyas y adornos**

Curiosa cosa es que esta tribu de los Guanes, poseedores del oro de aluvi6n en muchos de sus r6os, con relaciones con los Sutagaos, productores de dicho metal, no dejaran en sus tumbas mayores muestras de orfebrería. No así los Chibchas, quienes no teniendo minas algunas, obtenían a cambio de sal y de mantas, el oro de los Sutagaos y aun de estos indígenas de por aquí que lo poseían. Lo que no tenían estos eran joyeros, que tan sólo los Chibchas adelantaron esa industria, hasta el punto, cuenta fray Pedro Sim6n, que el Zaque envi6, por pedido del Zipa, hasta dos mil joyeros, quienes se introdujeron en los dominios del Bogotá, para luego servir de soldados, antes de espías, cuando llegara la ocasi6n. Una quinta columna anticipada a las nuestras actuales. Esto da la idea de la importancia que tuviera la manufactura de joyas de oro entre esa tribu, y así es, pues hay que ver y pesar la enorme cantidad de chunzos o tunjos, que se han encontrado en la altiplanicie, hasta nuestros días. El doctor Liborio Zerda, quien escribió un interesante tratado sobre esto, “El Dorado”, hace caer en cuenta de ello, y en alguna ocasi6n cuando seguíamos con él un curso de química, nos refiri6, con motivo de explicar el ensayo de los quilates del oro, que alguna vez una familia dueña de una hacienda en la Sabana le había enviado alrededor de dos arrobas de oro en tunjos para ensayarlo y para fundirlas y hacer unos jarrones ornamentales.

Entre los Guanes he hallado escasísimas figurillas de oro, en tumbas de Palonegro, Vijagual y San Vicente. Al examinarlas con atención, he hallado ser de origen chibcha, que no originales: son imágenes de caciques, pájaros, peces, hallados en Barichara, que están hechos por comprensión, tal como lo acostumbraban los Chibchas. Un idolillo hallado en San Vicente es una figura humana, que difiere mucho de las concepciones mitológicas chibchas, y mejor parece ser de hechura Zenú, donde trabajaban muy bien el oro, y donde se han hallado preciosas muestras de su orfebrería.

Las rocas cuaternarias que pertenecen a los aluviones auríferos procedentes del lavado de rocas primitivas están en Baja y Vetas, y de ahí vinieron también los aluviones del Río del Oro donde se pulverizó mecánicamente el metal primitivamente insertado en las rocas, que cataclismos enormes destrozó y pulverizó. Mas no aprovecharon los Guanes esos yacimientos para sus joyas, pues preferían llevar sus algodones y sus mantas a Funza y allí obtener las joyuelas que aquí hallamos.

Narigueras tengo halladas en tumbas guanes, ya semilunares y lisas, alguna con adornos repujados, y una, de las cavernas de Los Santos, ancha, lisa y sin mayor arte. Esta sí me parece ser factura guane, pues no tiene el primor de las de los orfebres chibchas.

Mas algo superior a esto sí tenían los Guanes, y es un hecho de gran significación, y son unas láminas caprichosas de cobre rojo, y una gran medialuna, también de cobre rojo, adorno para el pecho, lisas, pero de una laminación perfecta, con perforaciones irregulares, hechas sin duda con punzones del mismo metal, pues se nota que esos agujeros fueron hechos cuidadosamente, mas sin llegar a formar un agujero redondo, sino de bordes irregulares, casi cuadrados.

La presencia del cobre es de mayor significación que el oro, pues este lo hallaban en los aluviones, y aun en las minas roqueñas

lo extraían con dificultad, pero podían fundirlo en crisoles, de los cuales tengo también muestras halladas aquí en Bucaramanga, en la parte alta de la población, en excavaciones hechas para abrir las carreteras.

La obtención del cobre requería de parte de los indígenas un conocimiento más complejo de orden mineralógico. En Moniquirá hay cobre en malaquita, incrustada en filones de cuarzo. Este era el que los Chibchas mezclaban con el oro, y que los españoles llamaban tumbaga. En otras partes del territorio Guane hay lo llamado marmaja –calcosina o sulfuro de cobre– el cual sin duda fundían en sus crisoles y así obtenían el cobre rojo, del cual son las piezas halladas en estas cavernas. Es un cobre muy puro, muy bien laminado y bien cortado, pues la medialuna que poseo, de gran tamaño, no presenta irregularidad alguna. En el encuentro de los cornezuelos se rompió a su dueño la joya, y entonces unió estos extremos por medio de una pieza de madera dura, de la infalible macana, y envolvió el remiendo con hilo de algodón encerado abundantemente. No soldaban, pues para esto sí tenían necesidad de mayores medios, como sopletes, o manera de producir chorros de calor continuo y graduado.

Laminaban por medio de presión en yunques de piedra, con superposición de otra lámina lisa, muy bien pulimentada, y de esa manera era también como repujaban, tal un pescadito hallado en Barichara que tengo en mis colecciones. En el museo diocesano de Pamplona hay un yunque de estos, hallado en jurisdicción de San Andrés. Curiosa piedra que nadie se explicaba que pudiera ser, cuando era la muestra de ese arte. He hallado trozos de alambre de cobre, hilado con maestría, en el cual ahilaban los discos de huesos con que hacían sus collares, de que trataré en la siguiente parte.

Ya vimos lo poco que se ha hallado en joyas ornamentales de oro, y las más importantes, de cobre, y ya dijimos la significación de este, pues el laboreo del cobre supone mayores conocimientos

mineralógicos que el oro. Las placas halladas, aparte de la medialuna de gran tamaño, son placas de gusto y estilo egipcio, irregulares por sus bordes, y regulares por la orientación de los lados, los cuales riman uno a otro paralelamente. Estas placas estaban engarzadas entre sartas de caracoles perforados, caracoles marinos pequeños, cuidadosamente perforados, y probablemente ensartados en hilos de algodón que el tiempo había destruido.

Eran collares de huesos de aves y de pequeños roedores, pues conservan su forma oval, pulimentados cuidadosamente y muy simétricamente recortados. Llama la atención el recorte delicado y preciso, pues los bordes de estos discos son todos iguales. Hay algunos de menos de medio centímetro de diámetro, cosa singular, por ser obra de finura enorme, y más que son por millares que se hallan. Sin duda disponían de instrumentos de corte que no eran las brascas hachas de orita y selenita que se encuentran, y que debían ser empleadas para corte de maderas y para oficios domésticos, y otras, las alargadas, agudas de un lado y cortantes en otra extremidad, de que he hablado en otras ocasiones. Estos instrumentos debieron ser de cobre, igual que los punzones con los cuales perforaban las joyas colgantes, que necesitaban agujeros para prenderlas y asegurarlas en los collares.

También he hallado en estas cavernas sartas de anillos de un diámetro mayor que para los dedos y menos que para los brazos, hechos de ingeniosa manera, de madera, endurecida por el fuego, pues todavía se nota su influencia en ellos. Fueron adornos que en hiladas llevaban en los brazos hombres y mujeres, pues en las momias se hallaron así. Los guerreros debieron usarlas en profusión. Algunas sartas estaban todavía ahiladas en alambres de cobre rojo.

En estos adornos entraban figurillas de piedra negra, y verde, ónices y malaquitas, simulando pájaros y figuras esbozadas humanas, y quizá ídolos, aunque tengo la idea de que estos indios

no tenían ídolos, aunque tengo la idea de que estos indios no tenían ídolos, sino que tenían una teogonía más alta y eran monoteístas, como todas las tribus aisladas que le rendían culto al ser Supremo, uniformemente concebido en el Sol. En las telas halladas se nota claramente el dibujo del Sol y de la Luna ya en su creciente, ya en la menguante, denotando esto el culto rendido. Figuras humanas muy pocas se han hallado, al menos hasta ahora, pues lo que los orfebres y alfareros representaban en sus obras eran animales, serpientes, tortugas y ranas, y algunas veces en las vasijas de depositar la chicha, se ven caras bastante bien representadas, mas como simples adornos y no como dioses.

Tenían también sartas de huesos, ya no en discos sino alargados, de cerca de tres y cuatro centímetros, todos ennegrecidos, pues en este caso, no conservaban el color marfileño del hueso, como en los torteritos, sino que los sometían a un tratamiento por el fuego y el humo cuidadosamente, sin duda para que resaltaran con la blancura amarillenta de los de huesos. Tengo muchos ejemplares de estos especímenes.

Una ajorca se ha hallado, de tumbaga, del diámetro necesario para ser pasado por los brazos hasta de un hombre. Único adorno rico hallado en estas tumbas, junto con las pocas narigueras y los adornos aludidos. Era tribu pobre en metales, pues no se ha hallado nada de consideración, al contrario de los Chibchas que dejaron quizá toneladas de oro en figurillas, adornos y representaciones de animales. En cambio, fuera de la habilidad de los alfareros de Ráquira, estos indígenas dejaron obras muy apreciables de alfarería.

Para terminar haré un resumen de mis impresiones sobre la civilización de este pueblo, y algunas consideraciones de lo que dejaron y que todavía se conserva como tradición en sus escasos descendientes. Deja en el espíritu este estudio, hecho sobre la meticolosa observación de los documentos abandonados en estas cavernas, la idea de un gran pueblo.

Por las narraciones de los cronistas, especialmente don Juan de Castellanos, el P. Simón y don Lucas Fernández de Piedrahita, se ve claramente la densidad de población, no tan exagerada como que en el territorio había treinta mil casas, mas al juzgar por el número de huesos, momias y utensilios examinados aquí, que será sin duda una muy mínima parte, pues todavía no se han descubierto quizá ni la vigésima parte de las tumbas. Las osamentas aquí halladas indican el número de habitantes numerosos, que ahí se asilaron para morir, amén de los cadáveres ahí depositados antes, como lo indican los huesos limpios, sin piel, al lado de las momias halladas.

Su grado de civilización ya lo hemos probado por sus cerámicas, por los finos tejidos, por lo telares, por las armas, picas, flechas y jabalinas en gran número, hachas y hondas. Era un pueblo pacífico, mas no inerte, y las mismas crónicas dan cuenta de la resistencia que hubo de presentar ante la invasión española, y el trabajo que Galeano, su conquistador, tuvo para dominarlo.

La despoblación no fue exagerada como en otras regiones, donde se aniquiló la raza. Quedó un excedente de consideración para proseguir los trabajos agrícolas, principal industria de los guanes, más los hilados y tejidos, tradición que quedó por muchos años. Durante la colonia, en esta región se producían las telas necesarias para ellos y para los conquistadores, quienes recibían de España con mucha dificultad los paños de Segovia y las telas finas, a precios muy altos, y con mucha dilación.

Las mantas hasta hace cuarenta años eran de gran calidad, lo mismo que las ropas de cama, colchas, cobertores, toldos, capelladas para alpargatas, el calzado del pueblo. Durante la Revolución de la Independencia proveyó el Socorro y con él la región, a miles de soldados de vestidos fuertes y abrigados. En la preparación de la guerra del Perú, el Libertador exigía del General Santander que allegase del Socorro mantas y fornituras para aviar los batallones que enviaría al Sur. Hoy esta industria está casi terminada por la

invasión de telas extranjeras que han desalojado las antiguas mantas socorranas, de tan buena presentación y tanta resistencia.

Formaron con los Chibchas, Chitareros, Laches y Agataes casi un solo pueblo, pues hasta el idioma era uno mismo, con ligeras variaciones, como puede verse en las denominaciones de lugares, todos de terminaciones similares, y hasta el nombre Guane era una palabra que en el léxico del P. Lugo sobre el idioma de los Chibchas, significaba ALISO, el nombre de un árbol –el *Alnus ferruginea*– muy común en las latitudes. Las terminaciones en *á* acentuada, las desinencias de ciertas palabras perfectamente comunes con el idioma de la altiplanicie, prueban la similitud de lengua, igual que la similitud de costumbres, oficios etc.

Acerca de sus mitos, es muy poco lo que podemos decir, pues las observaciones hechas en sus utensilios no dan cabida a ninguna interpretación.

Las escasas pictografías que quedan tienen también los símbolos chibchas, la rana, el sol, la luna, rayas en ángulos, esferas, parábolas, igual que las pictografías de la Sabana. No eran idólatras, pues ya dije que todas las tribus aisladas eran monoteístas, y si se referían al sol, era para referirse al Ser Supremo. Ídolos propiamente no se han hallado. Si fueran idólatras no faltarían las figuras en sus cerámicas. Creían en la vida que viene después de la muerte, puesto que todas las tumbas lo indican.

Los descendientes que quedan son de talla muy bien proporcionada, y las mujeres son de cierta hermosura. No son las indias angulosas, de cara triangular de la Sabana, sino altas, de piel clara, dientes parejos y de buena calidad.

Todos estos descendientes tienen el hábito de la agricultura, herencia legítima de sus antepasados. Laboriosos, constantes, frugales y sanos. La embriaguez no es común entre ellos, y eso prueba, junto con la conservación de una raza hermosa, que sus ancestralismos no tienen alcohol.



He aquí mi modesta contribución para sacar del olvido algo de lo tanto que el alejamiento de los tiempos ha ocultado, y que en la mudez de las tumbas hay escrito todavía. Otros han de continuar hasta extraer del fondo de la oscuridad esa historia indígena, tan rica de detalles, y que nos traerá sin duda muchas sorpresas.



**A** mediados del año 1938 llegó a Bogotá un profesor alemán, muy buen arqueólogo, con excelente técnica para la arqueología, especializado en culturas mexicanas. Vino con su esposa, creyendo encontrar trabajo en Colombia. Yo noté cómo se sentía muy desilusionado, ya que Cecilia<sup>3</sup> les había dicho que aquí se podían encarrilar y todo eso. Como la señora Schottelius era judía y Hitler había ordenado la persecución de los que vivían en Berlín, entonces se vinieron y dejaron allá su biblioteca, su piano, todo. ¿Se imagina? La señora Carla Schottelius era una pianista destacada, y además experta en música gregoriana. El profesor Schottelius tenía 38 años cuando murió pero parecía de cien. ¡Lo que sufrió ese hombre en nuestro país! A mí me partía el alma. Hablaba todo cancaniado. ¡Las hambres que aguantaban! Cecilia los instaló en Bogotá en la casa de la familia Herrera Galindo. Yo no sé de dónde, pero esta niña los conocía. Allá, en un tercer patio, junto a un lavadero de ropas, consiguió un cuarto para Schottelius y su señora. ¡Allá fue! Puercamente instalados y

---

<sup>2</sup> Esta entrevista fue realizada en Bogotá por la señora Helena Reichel Dussán, nieta de la declarante, durante la década de los años sesenta del siglo XX.

<sup>3</sup> Cecilia Quijano Caballero, hija del cónsul de Colombia en Berlín (Joaquín Quijano Mantilla), quien luego fue la esposa de Gilberto Vieira White.

todo. ¡Y a comer aire! La señora Schottelius le cosía a otros judíos, corbatas, que ella misma hacía, porque era una maravilla en obras de mano, a un centavo. ¡A uno! ¡Uno, uno, uno! Para poderse tomar una taza de café a medio día. ¡Ah! La miseria y las hambres y todo.

Un día la señora Schottelius me dijo:

- ¿Para qué nos vinimos? Para nosotros hubiera sido muy, muy ganancioso, que Hitler nos hubiera metido en una cámara de gas, y no esto. ¡Lo que nosotros estamos viviendo aquí!

Ella tenía toda la razón. Entera razón. Aquí no los apreciaron. A Cecilia no le fue fácil conseguirle alguna ocupación<sup>4</sup>. Mucho se valió de Gustavo Santos<sup>5</sup> y nadie hizo nada por ellos. En esa miseria, en esa tragedia tan horrible. Entonces un día mi hermana Josefina leyó en el periódico que habían descubierto en Santander unas cuevas indígenas y llamó para decirme:

- Mirá, decíle al profesor Schottelius que haga la excavación, que no se qué, que vaya él.

Entonces llamé a Schottelius y le dije:

- Profesor: que en la prensa hay esta novedad, que no se qué.

---

<sup>4</sup> Un año después de haber llegado a Bogotá pudo conseguir una cátedra de arqueología (dos horas semanales de clase) en la Escuela Normal Superior. El pago que recibía por este trabajo era mínimo. Cada clase semanal le tomaba días y noches de preparación pues su competencia en la lengua castellana era casi nula en el momento de su llegada a Colombia.

<sup>5</sup> Gustavo Santos Montejo, hermano del presidente de la República, Eduardo Santos (1938-1942). En ese momento era el director de extensión cultural del Ministerio de Educación Nacional.

Schottelius contestó que dónde, que cuándo, que gracias, que voy a averiguar.

Sí, que de asombro son las cuevas de Los Santos. Son unas rocas enormes, sumamente estrechas, y en esta parte y en ésta el cementerio, todos los indios empacados en mantas, preciosamente trabajadas, como sardinas puestos ahí, todos envueltos en sus lindas mantas. Eso era. Pero los que descubrieron la cueva se entraron y rompieron las mantas. Entraron con lámparas de petróleo y para limpiarlas destrozaron todo lo que tenían los indios. Pero, ¿cómo se iba Schottelius? ¿con qué plata? ¿y con qué nada? Entonces se logró allá, con Duque Gómez<sup>6</sup>, que le dieran un nombramiento para ir. Y eso porque el pobre Schottelius lloraba y decía:

- Cuando estaba yo en Europa veía tan lejana Sudamérica y tan imposible poder ver estas civilizaciones. Y hoy que las tengo aquí, al alcance de mi mano, no las puedo disfrutar.

Lo decía con una amargura que partía el alma. Schottelius era como todos los científicos de esa clase. Entonces a mí me quedaba como muy penoso ofrecerle plata. Además yo tenía poca. Pero bueno, había que ofrecerle algo. ¿Pero cómo le iba a decir al profesor que qué necesita? Entonces un día estuvo en la casa de visita y le dije:

- Pero bueno, profesor, ¿qué le dieron el nombramiento para que se fuera a ver la cosa esa? Usted sabe que estoy a sus órdenes. ¿Qué se le ofrece?

---

<sup>6</sup> Luis Duque Gómez, alumno predilecto de Schottelius en la Escuela Normal Superior, quien recibió su legado de libros y papeles. Fue director del Instituto Etnológico Nacional y posteriormente de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

Y él dijo:

- Esto es lo que podríamos llamar la “Compañía anónima de la cueva de Santander”.

Uno le dio cinco, otro le dio diez, y así entre los amigos recogió cualquier centavo y se fue. Y entonces allá entró a las cuevas esas, amarrado claro, porque era sumamente estrecho y peligrosísimo. Yo conozco la región por fuera. A él se le zafó el pie y quedó oscilando entre las dos rocas, y golpéese así, golpéese así, golpéese así como un péndulo de un reloj. Es que la suerte de Schottelius era renegra, ¿oyó? Bueno, entre las cosas que encontró había pedazos de tela, de esas maravillosas, untadas todavía del mugre del petróleo de los salvajes que fueron a destrozarlo todo. Él las recogió, las trajo, las lavó y las reconstruyó. Algunas de ellas están en el Museo Nacional. Todavía las tienen. Y encontró una urna funeraria de incineración, chiquita, con restos de pelo de un niño. Y eso significaba muchísimo científicamente. Bueno, salió con los costillas rotas de su entrada tan accidentada a la cueva. Llegó a Bucaramanga y avisó a la Escuela Normal Superior de Bogotá. Él se imaginó que con ello le mandarían algo para regresarse, algo, algo, algo. ¡Nada! Nada como la naranja helada. Él iba al Correo y nada. Y con la urna como un gran tesoro, y con lo que había alcanzado a pescar ahí en la cueva. Entonces en ese momento el “pobre viejo” me decía (tan joven que era):

- Yo un día dije en Bucaramanga que iba a pedir de mis fondos particulares para regresarme, pero era pensando en usted, doña Lucrecia.

Para que le prestara para poder regresarse de Bucaramanga. Pues la empleada del Correo en Bucaramanga, tan decente, que le prestó hasta para el taxi. Y todo el camino con la urnita alzada. Bueno, como un tesoro. Llegó aquí y se imaginó que Duque Gómez y todos iban a estar encantados, sorprendidos, y listos

para recibirlo, o algo, ¿no? ¡Nadie! Nadie salió, nadie lo ponderó, nadie habló, nadie nombró. Por supuesto que esa desilusión si los iba matando. Yo no sé dónde estarían en ese momento su papá<sup>7</sup> y su mamá. Tal vez Gerardo trabajando y Alicia estudiando todavía. No creo que Alicia estuviera todavía en la Normal. En 1940 Alicia estaba estudiando en la Universidad Nacional la carrera de Derecho. A Schottelius le tocó meter los huesos y todo debajo de la cama del cuartito de ellos, donde abundaban los ratones, y su urna como una maravilla de tesoro.

Ya después le facilitaron pasarlos a la Escuela Normal, porque él daba clases allá, y luego le dieron un salón para exponerlos en la Biblioteca Nacional, y para allá pasaron esas cosas porque él iba a hablar sobre eso<sup>8</sup>. Allá estuve yo. Allá estaba Gustavo Santos Montejo, en ese entonces funcionario del Ministerio de Educación, que era quien hablaba de los indios, de toda esa cosa, y había algo de gente.

Cuando la señora Schottelius y yo íbamos para la Biblioteca Nacional hubo un momento en el que teníamos que atravesar la Carrera Séptima con Calle 24. Cuando era el momento de que todos los vehículos pasaran, se bota la señora Schottelius a que la machuquen. Yo la alcancé a agarrar. Y entonces, con ojos de loca, hacía así señas con las manos que le echaran los vehículos encima. Todo el mundo frenó: rrrrrr. Y la señora en la mitad de la calle. Y yo no la podía agarrar más. Cuando ya pasó eso, yo la pasé al otro lado y nos fuimos hacia la Biblioteca. Entonces me dijo:

---

<sup>7</sup> Gerardo Reichel-Dolmatoff apenas llegó a Colombia en el año 1939, procedente de París. Al año siguiente se vinculó al Instituto Etnológico Nacional y comenzó sus primeros trabajos arqueológicos en los llanos Orientales, la serranía de Perijá y la cuenca del río Magdalena.

<sup>8</sup> Una conferencia pública del doctor Schottelius fue anunciada en la Biblioteca Nacional para comunicar al público el hallazgo de las cuevas de la Mesa de los Santos.

- Doña Lucrecia: ¡esto no tiene razón de ser! Hubiera sido preferible que Hitler nos hubiera asfixiado en una cámara de gas y no la vida que estamos pasando aquí. Aquí nadie aprecia a mi marido. Para mí lo más cerca de mi corazón es él, y aquí no lo notan, aquí no lo entienden, y aquí no saben lo que este hombre vale.

¡No!... en un grado de desengaño... Y con toda la razón... Y furiosa. Con toda la razón. Seguimos camino para la Biblioteca. Habló Gustavo Santos Montejo ante las pocas personas que estaban presentes en el acto. No ponderó a Schottelius. No dijo nada de lo que se encontró en la cueva ni de esos indios de allá, sino que se puso a hablar de los de aquí. Cuatro pendejadas. Y entonces los fotógrafos no iban a poner en el grupo a Schottelius ni a su señora. ¡Ahhhh! ¡Me iba a morir de vergüenza con esta gente! Pero así fue, sentí caerme de la pena. Entonces ya alguien insinuó que se acercaran al grupo. La señora se había venido de vestido largo y majísima, como para ocupar un lugar notable en este evento. Para salirles, al fin y al cabo, con todo esto que estoy diciendo.

Después de este evento público ya le dieron un salón en la Escuela Normal y llevaron todo para allá, para analizar y reconstruir las telas, para todo lo que tocaba hacer. La señora Schottelius decía:

- Aquí, para muchos éstas son chiros, andrajos. Para mi esposo éstas son telas preciosas. Pero aquí nadie nota nada, aquí no aprecian nada.

¡Qué iban a apreciarlo, ni que pan caliente! Me acuerdo un día en que yo estaba en la Normal para que el profesor me mostrara la colección, y me estaba explicando qué es esto, y qué es esto, con un interés de ver que yo me interesaba realmente por lo que él decía. Pasó don Agustín Nieto Caballero y dijo:



- Ju, ju, ju, ji; ¿trabajando usted con un sabio?

Y siguió de largo. ¡Esas cosas me engarruñan! ¡Me matan! No entiendo. ¿Cómo un profesor de esa categoría no entra a preguntar la importancia que tenga, o algo, aunque no le interese. “ju, ju, ju, ji: ¿trabajando usted con un sabio?” Y me provocó decirle:

- ¡Ni lo dude, porque sí es!

¡Ay, pobre gente! Él tenía pésima la dentadura, y una dentista alemana que había aquí le había dicho que ella le arreglaba la boca porque era peligrosísimo, que estaba infectado de no se qué. Y se acabó de infectar con la ida a las sepulturas esas y lentamente se fue empeorando. Alicia llegó a la casa una noche y me dijo:

- ¡Mamá!: se está muriendo Schottelius. Muriendo de verdad.

Yo estaba en pésimas condiciones de salud y me levanté para ir a la clínica Marly. Lo tenían en el pabellón de los pobres. Bueno, entonces yo fui a ver que se ofrecía o qué. Y salió la señora Schottelius con unos ojos de loca y me dijo:

- ¡Mi pobrecito esposo! ¡Usted no puede verlo! ¡No puede verlo!
- No, señora Schottelius; yo vengo es a ver si puedo ser útil en alguna cosa, a informarme cómo sigue el profesor.

Y él me oyó y me mandó llamar. Salió la enfermera y dice:

- El profesor dice que siga la señora.

Era un cuarto chiquitico. Tuve que sentarme a los pies de la cama. Estaba así de hinchado, tenía angina de pecho, que para eso hoy hay remedio, pero entonces no existía. Y entonces, por

consiguiente, la infección se extiende por la carne, las venas, por todas partes. La infección no se localiza, como si lo hace una placa de angina. Entonces me dio miedo. Schottelius casi no podía hablar porque tenía todo cerrado por dentro, y se le escurrían las babas. Pero aún tenía unos ojos muy vivos. Me miraba, me miraba así...

- ¿Qué cómo están las niñas?, me preguntó.
- Bien profesor, le mandan abrazos. No sabía yo, sino hasta este momento, que usted estaba enfermo.

Yo estaba muy mal, me ponía nerviosa que se me prendiera esa enfermedad, sentada como estaba yo en el filo de esa cama, y el profesor ahí sentado. Y fue entonces cuando percibí lo que él se sabía ya de memoria, lo que él quería: ¡dejarme la señora! Y para mí era un problema del diablo: Alemania estaba en plena guerra y ella era judía. La encartada no era cualquier cosa para mí si este moribundo me llega a decir: ¡se la dejo! ¡Pues imagínese! Bueno, estaba yo así muy impresionada, horriblemente condolida y sufriendo con esta gente, cuando entonces le dije:

- Profesor: ¿usted quiere hablar conmigo, no?
- Si -, me dijo con sus ojitos azules.
- Yo vengo mañana ¿no? ¿usted quiere que venga mañana a ver que quiere decirme?
- Que sí, que sí, decía...

Yo sabía qué era: dejarme la señora, porque él se estaba muriendo. Bueno, al otro día fue la muerte de Schottelius. Lo pusieron en cámara ardiente. Él no alcanzó realmente a decirme lo que quería, pero yo sabía que él quería dejarme la señora porque no tenían a nadie más aquí. Y ella era una señora bastante enloquecida por la guerra. Contaba que la

hija de ella, que era niña cuando estalló la guerra, la habían mandado a Buenos Aires a donde un hermano del profesor.<sup>9</sup>

- ¡Ma hija!, ¡ma hija!, decía ella.

Sin poder volver a ver a su hijita ni nada. ¡No!, es que la crueldad de la guerra... Y entonces Duque Gómez se manejó muy bien. Se llevó a la señora Schottelius para la Escuela Normal y la instaló allá. La atendieron muchísimo. El profesor había alcanzado a escribir una carta diciendo que si en algo habían apreciado sus servicios, lo único que pedía era que le costearan a su señora el pasaje para que se fuera a Buenos Aires a reunirse con su hija. Pero la plata no alcanzaba. Estaba recién llegado Paul Rivet y me decía:

- Llegué tarde para Schottelius, doña Lucrecia. ¡Llegué tarde!

¡Pues sí!. Porque este profesor no alcanzó sino a aguantar hambres y todas las desgracias. Bueno, entonces tuvieron a Schottelius en cámara ardiente en la Normal Superior. Allá fui

---

<sup>9</sup> Efectivamente, Renate Schottelius, nacida en 1921 en Alemania, donde estudió danza moderna, llegó a Buenos Aires en 1936. Allí se integró, en 1944, a la troupe de danza de la norteamericana Myriam Winslow, junto a Ana Itelman y otros. Posteriormente se perfeccionó en los EE. UU. con los maestros (Martha Graham, José Limón y Doris Humphrey) y se convirtió en una de las más afamadas bailarinas y coreógrafas de Argentina. En 1961 inauguró el teatro General San Martín con una coreografía de su creación, "Estamos Sólus", desempeñándose en adelante como maestra de técnica y composición coreográfica del ballet de dicho teatro. Durante la década de 1960 repartió su vida entre Buenos Aires y los Estados Unidos, donde impartía clases de técnica y composición. En los años noventa fue asesora de la dirección del ballet del teatro San Martín. De técnica impecable como bailarina y de un rigor germánico en la composición y la enseñanza, al final de sus días llamó a un amigo y le dijo, con absoluta calma: "He vivido una hermosa vida. Ahora, esto es el final". Falleció el 27 de septiembre de 1998 en Buenos Aires.

yo, con la señora. Ella llevaba unos botones de rosas rojas, y tenían abierto el ataúd. La señora le puso las rosas rojas y después miró a los muchachos normalistas de la guardia de honor, y a todos, y dijo recio, con energía y frustración:

- ¡Esto para mí es nada! ¡Para mí es nada! Si apreciaban a mi marido: ¿por qué lo dejaron morir de hambre? ¡Mejor el campo de concentración! ¡Mejor una cámara de gas! ¡Para mí es nada! ¡Para mí es nada! Si lo apreciaban: ¿por qué no se lo manifestaron? ¿por qué lo dejaron morir de hambre?<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Justus W. Schottelius murió en avanzado estado de desnutrición y extrema miseria. Pero su entierro fue suntuoso, gracias a que el famoso profesor Paul Rivet – entonces director del Museo del Hombre de París, exilado político por la guerra europea – informó del suceso al presidente Eduardo Santos. Hubo cámara ardiente, lluvia de coronas y traslado del cajón en hombros desde la Escuela Normal hasta el cementerio.

## 1. ETNOHISTORIA GENERAL:

AGUADO, fray Pedro. Recopilación historial. Bogotá : Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956.

ARDILA DIAZ, Isáías. El pueblo de los guanés : Raíz gloriosa y fecunda de Santander. Bogotá : SENA, 1978. 345 p. 2 ed. en Bogotá : Colcultura, 1986. 552 p (Colección autores nacionales, No. 4).

DUQUE GOMEZ, Luis. Prehistoria : Etnohistoria y arqueología. Bogotá : Lerner, 1965 (Historia extensa de Colombia, vol. I, tomo II, cap. VIII). El capítulo VIII («La cordillera oriental», pp. 589-605) identifica los principales elementos culturales de los guanés. La descripción del tipo físico, vestido, adornos y agricultura se funda en la noticias dada por el cronista Juan de Castellanos. La de la cerámica en las colecciones formadas por Shottelius (examinada por Edith Jiménez Arbeláez, 1947). Hace una reseña de los sitios arqueológicos examinados: la Cueva de los Indios (Shottelius, 1940), Mesa de los Santos (Gabriel Giraldo Jaramillo, 1941), Guapotá (Such Martin, 1945)

JIMENEZ ARBELAEZ, Edith. Los guanés : Lecciones de prehistoria para primeros conocimientos. En: Boletín de arqueología; vol. 1, No. 3 (1945). Bogotá. p. 249-255.

MANZINI, Giorgio M. Los guanés : Población del oriente de Colombia. En: La Antigua. Panamá; vol. 7, No. 10 (mayo 1978). p. 71-83.

MARTÍNEZ GARNICA, Armando. Preliminar historia de la etnia guane. En: Memoria del pueblo guane. Bogotá: Museo de Arte Moderno de Bucaramanga, Fondo Mixto para la promoción de la cultura y las artes de Santander, 1995 (Cartilla inventario patrimonial, 1), pp. 8-11.

RIBERO GIRALDO, Haydee. Un recorrido por la provincia de los indígenas guanes del departamento de Santander : Desde la época prehispánica hasta su desaparición. Tesis para optar al título de antropóloga. Bogotá : Universidad de Los Andes, Dpto. de antropología, 1986. 130 h. : il. + Mapas.

RODRIGUEZ PLATA, Horacio. Los guanes. En: Estudio; Nos. 94-96 (1939), p. 312-336. Reproducido en la compilación de artículos suyos titulada Temas históricos. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1978, pp. 1-39.

SIMÓN, fray Pedro. Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá: Talleres gráficos del Banco Popular, 1982. 7 vols. (Biblioteca Banco Popular, 103-108). La primera parte de estas Noticias se publicó en Cuenca (1627). La primera edición completa se hizo en Bogotá entre 1882-1892 (Imp. de Medardo Rivas, 5 tomos). Esta obra contiene la siguiente información relativa a los santanderes: Entrada de la hueste española a la provincia de Chipatá (Noticia 1, cap. 34). Fundación de Vélez (Not. 5, cap. 1). Castigo de los agataes (Not. 5, cap. 2-3). Guane y descripción de Vélez (Not. 5, cap. IV-X). Rio del Oro, los chitareros y fundación de Pamplona (Not. 6, cap. 28). Chanchón y yariguies (Not. 6, cap. 43-44). Rebelión de los yariguies y carares. Pipatón (Not. 7, cap. 48-56). Fundación de Mérida (Not. 7, cap. 16-18).

## 2. HALLAZGO Y EXAMEN DE RESIDUOS:

### 2.1. SITIOS ARQUEOLÓGICOS:

ACEVEDO DIAZ, Mario. Los guanes : Apuntes para una conferencia. Bucaramanga : Mimeografiado, 1971. Registro de sitios arqueológicos relacionados con los guanes.

ACEVEDO DÍAZ, Mario. La Mesa de los Santos. En: Revista Jiménez de Quesada, vol. II, nos. 8-9 (1955), p. 43-47.

ARDILA DIAZ, Benjamín. Un monumento de los indios Guane. En: Estudio, 73-74 (ene.-feb. 1938), pp. 35-56. Relato sobre el hallazgo de cinco tumbas en el sitio El Ensayadero, jurisdicción de Guane.

CADAVID CAMARGO, Gilberto. Investigaciones arqueológicas en el área guane. En: Morales G., Jorge y -----. Investigaciones etnohistóricas y arqueológicas en el área guane. Bogotá : FINARCO, pp. 75-163.

CADAVID CAMARGO, Gilberto. La montaña santandereana. En: Colombia prehispánica : regiones arqueológicas. Bogotá: ICAN, p. 69-75. Reseña histórica de las investigaciones arqueológicas realizadas en el área guane:

-1939: los hermanos Bárcenas, guaqueros, encuentran el material de las cuevas de los Indios y la Loma. Denunciados, el Ministerio de Educación comisionó al arqueólogo alemán Justus W. Schottelius para realizar allí una exploración. Ésta se realizó en 1940 y 1941, excavándose en las dos cuevas mencionadas. Se encuentran dos clases de enterramiento: secundario (urnas funerarias en el estrato inferior) y primario (momificación en el estrato superior). Se plantean dos ocupaciones humanas distintas: la más antigua de origen caribe y la más reciente la propiamente guane. El material se conserva en el Museo Nacional.

-1940: Informe preliminar de Martín Carvajal sobre los cráneos hallados por Schottelius en la cueva de los Indios.

-1945: Análisis del material cerámico de Schottelius por Edith Jiménez Arbeláez.

-1949: Gabriel Giraldo Jaramillo excava de nuevo en la cueva de los Indios y obtiene más cerámica.

-1971: Excavaciones de pozos de tumba y cámara lateral por Donald Sutherland en una amplia zona (Curití, Barichara, Jordán, Curití, Pinchote, Charalá y Oiba)

-1980: Excavación por Arturo Vargas de una tumba de pozo con cámara lateral en el barrio Mutis de Bucaramanga. Encontró

cerámica guane, cuentas de collar en concha de caracol y una nariguera de oro. A partir de entonces se extiende el territorio guane hasta Bucaramanga.

-1981: Excavaciones de Gilberto Cadavid y Jorge Morales en la Mesa de los Santos y en la vereda Los Teres. Se precisa el territorio guane y se diferencia con nitidez lo muisca de lo guane. Se identifican terrazas de cultivo en la ladera que desciende de la Mesa al río Chicamocha y las pictografías de esa zona. Se encuentran miles de conchas de gasterópodos y se infiere que fueron un recurso alimenticio de los guanés.

-1981-82: Excavaciones de Arturo Vargas y Roberto Lleras en el sitio Palo Gordo, vereda El Espinal (Villanueva). Encuentran nuevo patrón de enterramiento: fosas simples.

-1983: Marianne de Schrimppff estudia los textiles encontrados en la Mesa de los Santos por Mario Acevedo Díaz.

-1984: excavación de rescate en Cañaveral de Curití por Gilberto Cadavid. Una tumba de pozo y cámara con una persona que tenía un collar de cuentas de concha.

-1984: Excavaciones de Cadavid en Llano de Palmas.

-1988: Hallazgo de textiles y cráneos en las cuevas del Duende y el Conde por Humberto Castellanos. Examen de las mantas por Marianne Cardale y de los cráneos por José Vicente Rodríguez.

CARVAJAL, Martín. Cerámicas y restos indígenas de Santander. En: Estudio; No. 83-84 (nov-dic. 1938), p.321-331.

CARVAJAL, Martín. Recuerdos arqueológicos de Santander. En: Estudio; No. 105-107 (1940), p. 303-334.

CARVAJAL, Martín. Mesa de Jéridas. En: Revista Santander, 8 (mayo 1948), pp. 35-48.

CHAVEZ MENDOZA, Álvaro y Gilberto Cadavid Camargo. Salvamento arqueológico en Cañaveral Curití, Santander. Bucaramanga: Proyecto ICAN-Casa de Bolívar, 1984. Informe de la excavación de una tumba de pozo y cámara realizada en el sitio Cañaveral de Curití, donde se localizó un enterramiento secundario y un ajuar funerario sencillo. Se encontró en tumbas aledañas, ya saqueadas, cerámica guane.



CIFUENTES T., Arturo. Reseña de un sitio arqueológico en la Mesa de los Santos (Santander). En: Boletín de Arqueología; Año 4, No. 2 (mayo 1989). Bogotá. p. 33-40. Informe de los hallazgos realizados por el autor en las cuevas que fueron guaqueadas por Humberto Castellanos (El Conde y El Duende), vereda La Purnia, en abril de 1988. Reseña de la cerámica y adornos encontrados. Los cráneos que recogió fueron enviados al examen de José Vicente Rodríguez.

GIRALDO JARAMILLO, Gabriel. El cementerio indígena de Los Santos. En: Boletín de Historia y antigüedades; vol. 28, No.317-318 (mar-abr 1941), p. 308-322. También publicado en la revista Estudio, No. 108-111 (abr. 1941), p. 42-57.

GUTIERREZ, José Fulgencio. Importante hallazgo de una sepultura indígena. En: Vanguardia Liberal, suplemento literario; Tomo 1, No. 16 (25 feb. 1934), p. 244-245. El recorte de este artículo puede verse en la serie Otero D'Costa, carpeta 1, del Archivo Histórico de la UIS.

LEON AMAYA, R. Declaraciones del doctor Schotellius sobre el cementerio indígena de Los Santos, en Santander. En: Hacaritama; Vol. 6 (feb. 1942). Ocaña. p. 67-71.

LLERAS PÉREZ, Roberto y Arturo Vargas Escobar. Palogordo: La prehistoria de Santander en los Andes Orientales. En: Museo del Oro; No. 26 (ene-mar 1990). Bogotá. p. 65-129. Descripción de hallazgos y arqueología del sitio Palogordo, en el municipio de Villanueva. Discusión de los trabajos arqueológicos referentes al área Guane y de la tipología cerámica.

LLERAS PEREZ, Roberto. Palogordo : Una aldea guane temprana. En: Boletín de arqueología; Año 1, No. 2 (mayo 1986). Bogotá. p. 44-46. Informe sobre un sitio guane localizado en el municipio de Villanueva.

MORA DIAZ, fray Francisco. Arqueología guane. En: Boletín de Historia y antigüedades; Vol. 17 (1929). Bogotá. p.581-582.

MORA DIAZ, fray Francisco. Lugares célebres en tradiciones prehistóricas. En: Estudio, 140-142 (1943), pp. 246-252.

PÉREZ R., Pablo F. Arqueología en el Municipio de Oiba. Bogotá: FINARCO, 2000. Informe inédito.

PÉREZ R., Pablo F. Estudio de factibilidad para el diseño y adecuación de un parque museo guane en el municipio de Encino (Santander) con fines turísticos (componente arqueológico y etnohistórico). Bogotá: FONADE, Gobernación de Santander, IDEADE, U. Javeriana, 1997. Inédito.

SANCHEZ DE BALCERO, Inés. Reconocimiento arqueológico preliminar en Lebrija, Santander. En: revista Humanidades-UIS, vol. 3, no. 3 (enero 1970), pp. 11-16.

SCHOTELLIUS, Justus Wolfram. Arqueología de la Mesa de los Santos. En: Boletín de arqueología; Vol. 2, No. 3 (1946). Bogotá. p. 213-225. Publicado también en las revistas Educación (Bogotá, No. 2-3, sep-dic 1941, p. 137-150) y Hojas de Cultura Popular Colombiana (Bogotá, No. 49, 1955, p. 37-ss). Informe sobre el registro de las cuevas de la Mesa de los Santos, donde extrajo textiles que fueron datados por Reichel-Dolmatoff (1964) en 1185 AD + 85. Al establecer dos niveles estratigráficos en una cueva, planteó la posibilidad de que un grupo étnico pre-guane pudo haber ocupado antes La Mesa.

SCHOTELLIUS, Justus Wolfram. Informe presentado al Ministro de Educación Pública sobre la visita practicada a la cueva de los Indios, en el municipio de Los Santos. Bogotá, febrero de 1940. Se anexan dos informes más sobre lo mismo. Mecanografiado. Centro de Documentación del ICAN, Arq. 281 y Arq. 321.

SUCH MARTIN, Miguel. Investigaciones arqueológicas en Santander. En: Revista Santander. Bucaramanga, Nos. 1 a 4 (1945).

SUCH MARTIN, Miguel. Informe sobre la exploración preliminar de las necrópolis de Guapotá. En: Estudio. Bucaramanga, 120-123 (abril 1942), pp. 12-13.

SUTHERLAND, Donald Ralph. Preliminary Investigations into the Prehistory of Santander, Colombia. Tulane : Tulane University, 1971. 303 p. : il + mapas. Hay traducción

española disponible (inérita) en la Biblioteca de la UIS. Informe de las excavaciones realizadas en territorio guane durante seis meses (1966-1967) y comparación de sus hallazgos cerámicos (datados en 1100 DC) con las colecciones cerámicas existentes.

VARGAS ESCOBAR, Arturo. Informe sobre excavaciones arqueológicas en Bucaramanga. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1981. Manuscrito. Informe de una operación de arqueología de rescate en el barrio Mutis de Bucaramanga.

## 2.2. CERÁMICA:

COLOMBIA. MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL. Colección arqueológica de Los Santos. Bogotá, Instituto Gráfico, 31 p.

JIMENEZ DE MUÑOZ, Edith. Una colección de cerámica guane. En: Boletín de arqueología. Bogotá; Vol. 2, No. 5-6 (ene-dic 1949), pp. 413-422. Se trata del examen de la colección de cerámica recogida en la cueva de los Indios por Schottelius en 1940.

LLERAS PEREZ, Roberto. Un conjunto orfebre asociado a cerámica guane. En: Revista colombiana de antropología. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1988.

LLERAS PEREZ, Roberto. Arqueología de Santander : Los guanés. Bogotá : Fondo de promoción de la cultura del Banco Popular, 1989. p. 17-24 (Colección Tesoros precolombinos).

LLERAS PEREZ, Roberto y Arturo Vargas Escobar. Palogordo: La prehistoria de Santander en los Andes Orientales. En: Museo del Oro; No. 26 (ene-mar 1990). Bogotá. p. 65-129. Discusión sobre los trabajos arqueológicos realizados en 1981-82 el sitio Palogordo de la vereda El Espinal en el municipio de Villanueva.

SCHOTELLIUS, Justus Wolfram. Colección arqueológica de Los Santos. En: Guía del Museo Arqueológico Nacional. Bogotá. 31 p.

URIBE, María Victoria y Santiago Mora Camargo. Colombia prehispánica. En: Jorge Orlando Melo (dir.) : Gran Enciclopedia de Colombia. Bogotá. Tomo 1 (Historia), p. 1-38. NOTAS DE CONTENIDO: Contiene una reseña de las dos fases culturales del área guane prehispánica: Guane Temprano (siglos IX al XII d.C.) y Guane Tardío (siglos XIII al XVI d.C.).

### 2.3. TEXTILES:

CARDALE DE SCHRIMPF, Marianne. Painted textiles from caves in the Eastern Cordillera, Colombia. En: Ann Rowe (ed.) : The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles. Washington. Informe sobre las telas pintadas halladas en la Mesa de los Santos.

CARDALE DE SCHRIMPF, Marianne. Informe preliminar sobre el hallazgo de textiles y otros elementos perecederos, conservados en cuevas en Purnia, Mesa de los Santos. En: Boletín de arqueología; Año 2, No. 3 (sep 1987). Bogotá. p. 3-23. Publicado también, con una ligera variación, en la revista Estudio, No. 310 (feb. 1989). Reseña de los 60 fragmentos de textiles hallados en las cuevas El Conde y El Duende, vereda La Purnia, Mesa de los Santos, por Humberto Castellanos en 1988. En la cueva del Conde se hallaron 12 telas de algodón, blancas o con listas café, cráneos, narigueras y orejeras de hueso, cuentas de collar en concha de caracol grande de agua dulce, totumas con carbonato de calcio (para mambear coca), cucharas de totuma y madera, volantes de huso (piedra, madera), una pieza de cerámica. El resultado de la datación dió 1450 + 70 DC. En la cueva del Duende se hallaron 50 fragmentos textiles, un propulsor de madera con ganchos, fragmentos de copa, peine de madera, un gorro de algodón, mantas rojas con listas crema y negro. La datación dió 1090 + 70DC

CARDALE DE SCHRIMPF, Marianne. Techniques of Hand-wearing and allied arts in Colombia. Oxford : University of Oxford, 1972. 3 tomos. Tesis de doctorado presentada ante la Universidad de Oxford.

CARDALE DE SCHRIMPPFF, Mariane y Beatriz Devia. Textiles arqueológicos colombianos. En: Colombia: Ciencia y tecnología; Vol. 12, No. 2 (abril-jun 1994). pp. 23-29. Informe sobre el proyecto de investigación que adelantan las autoras bajo el título de «Contribución al conocimiento de los colorantes empleados en textiles arqueológicos colombianos», con el apoyo financiero de Colciencias.

CARDALE DE SCHRIMPPFF, Marianne; Martín Carvajal y Lucila González. El arte del tejido en el país de Guane. Catálogo de la exposición de tejidos guanes. Bogotá : Banco de la República, 1994, 40 p. Contiene un catálogo de todos los fragmentos textiles de origen guane hasta ahora localizados.

CARDALE DE SCHRIMPPFF, Marianne. Textiles arqueológicos de la cordillera oriental colombiana. Diseños y contextos. En: Estudio, 329 (febrero 2003), pp. 33-54.

CORTES MORENO, Emilia. Industria textil precolombina colombiana. En: Boletín del Museo del Oro. Bogotá; No. 18 (ene-abr. 1987), pp. 99-103.

GONZÁLEZ ARANDA, Lucila. Antecedentes de la exposición “El arte del tejido en el País Guane”. En: Estudio, No. 326 (agosto 2001), p. 17-26.

MARTINEZ GARNICA, Armando. Consideraciones históricas sobre la fabricación de las mantas muiscas y guanes. En: Estudio; No. 317 (jun. 1991), p. 82-91.

TAVERA de Téllez, Gladis y Carmen Urbina. Textiles arqueológicos Guane: las fibras, las herramientas, los colorantes, el proceso”. Bogotá: Universidad de los Andes, 1983.

#### 2.4. DEFORMACIONES CRANEALES:

GALARZA SALAMANCA, Martha Emilia. La deformación craneal en Colombia. Bogotá : Universidad Nacional, 1978. Contiene registro de cráneos deformados hallados en la Mesa de los Santos.

PEREZ MARTÍNEZ, Carlos. Cranial deformations among Guanes indians of Colombia. En: American Journal of Orthodontics; Saint Louis, Vol. 46, No. 7 (1960).

## 2.5. PINTURAS RUPESTRES:

ACEVEDO TARAZONA, Alvaro; Héctor Pinto Torres y Oscar Armando Pinto Malaver. Arte rupestre guane en la Mesa de los Santos. Bucaramanga : Casa de la Cultura Piedra del Sol de Floridablanca, 1994. 96 p. : fotos.

RINCON, Luis Domingo. Pictogramas guanés y reinterpretaciones libres. En: Cuadernos de agroindustria y economía rural; No. 17, (jul-dic 1986). Bogotá. p. 157-168. Reproducción de diseños guanés aparecidos en piedras.

## 2.6. MORFOLOGÍA Y POBLACIÓN:

ARAQUE FLOREZ, Ramona y Graciela CAMARGO PINEDA. Extinción de la población indígena Guane en Santander. Bucaramanga : Univ. Cooperativa de Colombia, Fac. Sociología, 1982. 207p.+il+26 fotos.

CORREAL URREGO, Gonzalo. Enfermedades en la población guane. Fenotipo y creaneoplastias. En: Boletín de Historia y antigüedades, XCI, no. 824 (enero-marzo 2004), pp. 55-71.

CORREAL URREGO, Gonzalo e I. Flórez. Estudio de las momias guanés de la Mesa de los Santos. En: Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, No. 70 (1992), p. 283-289.

GALVIS GALARZA, O.H. Determinación de características patológicas bucodentales en una muestra de la población prehispánica Guane. Trabajo para optar al título de especialista en antropología forense. Bogotá: Universidad

Nacional, Departamento de Antropología, 2000.

RODRIGUEZ, José Vicente. La variación morfológica de la población prehispánica de la cordillera oriental y su interpretación biológica e histórica. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia, 1991. 44 p. + tablas + figuras. Informe de investigación. Análisis estadístico de varias series de cráneos de la cordillera oriental, entre ellas una proveniente de la Purnia, en la Mesa de los Santos, y otra de Silos. Se plantea el concepto de deriva genética para explicar la rareza morfológica de la etnia prehispánica guane. No se corroboran las tesis de migraciones tardías hacia el territorio muisca.

RODRIGUEZ, José Vicente. Características físicas de la población prehispánica de la cordillera oriental : implicaciones etnogenéticas. En: Maguaré. Revista del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia; No. 8 (1992), pp. 7-45. Recurriendo al análisis estadístico se examinan los grados de afinidad existentes entre las series de cráneos prehispanicos encontrados en la Cordillera Oriental de Colombia y otros de Colombia y América. Se sugiere la existencia de una microevolución en esta cordillera a partir de sus primeros pobladores, con tendencia a la braquicefalización. Se plantea deriva genética como mecanismo evolutivo para explicar la especificidad morfológica de los indios guanés de la Mesa de los Santos.

Plantea un aspecto físico guane completamente diferenciado de sus vecinos: caucasoide. Una caja craneal muy baja, de tal modo que el rostro es poco ancho, más perfilado, con pómulos menos sobresalientes si se compara con sus vecinos muisca y chitareros. Las narices son entonces de las más pronunciadas y angostas del área americana, de tal modo que este tipo morfológico (facial y nasal) es único en el territorio colombiano de los tiempos prehispánicos. Sobresale por su gracilidad y aspecto «caucasoide» en cuanto al grado de aplanamiento transversal facial, por su perfilación y anchura nasal; y por la pigmentación de la piel, menos oscura que todos sus vecinos. La interpretación biológica dada a esta peculiaridad de los rasgos guanoides es la presencia de un fenómeno de deriva genética propiciada por una población relativamente poco densa en un

